

MUERTE EN ROMA

Annotation

más importantes de la posguerra.

Escrita desde la distancia de un espíritu irónico y con toda la energía del moralista,es la historia de un puñado de personas ¿víctimas, verdugos, precursores e hijos póstumos del horror¿ que coincide en esta ciudad después de la Segunda Guerra Mundial. Es en Roma, ciudad de César y Mussolini, Ciudad Santa y sede de ambiguos placeres, donde el pasado sale a la luz y se enreda con el presente. Los recuerdos, el esfuerzo o la conveniencia de olvidar y el peso de la culpa que persigue a estos personajes son tremendos.

WOLFGANG KOEPPEN

Muerte en Roma

Traducción de Carlos Fortea

RBA

Sinopsis

más importantes de la posguerra.

Escrita desde la distancia de un espíritu irónico y con toda la energía del moralista,es la historia de un puñado de personas ¿víctimas, verdugos, precursores e hijos póstumos del horror¿ que coincide en esta ciudad después de la Segunda Guerra Mundial. Es en Roma, ciudad de César y Mussolini, Ciudad Santa y sede de ambiguos placeres, donde el pasado sale a la luz y se enreda con el presente. Los recuerdos, el esfuerzo o la conveniencia de olvidar y el peso de la culpa que persigue a estos personajes son tremendos.

Título Original: *Der Tod in Rom*
Traductor: Fortea, Carlos
Autor: Koeppen, Wolfgang

ISBN: 9788479019068
Generado con: QualityEbook v0.87

Wolfgang Koeppen

Muerte en Roma

TÍTULO original: *Der Tod in Rom*
Autor: Wolfgang Koeppen
Traducción: Carlos Fortea
2002, RBA
Primera edición: octubre 2002
ISBN: 84-7901-906-9

il mal seme d'Adamo

Infierno, DANTE

Y ese mismo día, un mundo respetuosamente conmovido recibió la noticia de su muerte.

La muerte en Venecia, THOMAS MANN

I

ÉRASE una vez un tiempo en que esta ciudad fue morada de dioses. Ahora Rafael, un semidiós aún, un favorito de Apolo, está enterrado en el Panteón, pero qué tristes cadáveres se le unieron después: un cardenal de olvidados méritos, unos cuantos reyes, sus ciegos generales, funcionarios de alto rango, eruditos que alcanzaron la Enciclopedia, artistas de académicas dignidades. ¿A quién le importa su vida? Los viajeros se detienen asombrados en la clásica bóveda y alzan la vista con expresión confusa hacia la luz que cae como lluvia sobre ellos por la única ventana de la estancia, la abertura redonda en la cúpula antaño cubierta de bronceados ladrillos. ¿Es una lluvia de oro? Dánae se deja llevar por Cook y el ente público de turismo italiano; pero no siente placer. Así que tampoco alza sus vestidos para recibir al dios. Perseo no nace. La medusa conserva su cabeza y se arregla como una burguesa. ¿Y Júpiter? ¿Se encuentra, un modesto pensionista, entre nosotros, los mortales? ¿Es quizá el anciano caballero de la compañía American Express, el pupilo de la agencia de viajes germano-europea? ¿O habita detrás de los muros del límite de la ciudad, encerrado en el manicomio y analizado por psiquiatras curiosos, arrojado a las cárceles del Estado? Bajo el Capitolio se ha encerrado entre rejas a una loba, un animal enfermo y desesperado, lejos de amamantar a Rómulo y Remo. Los rostros de los turistas parecen una masa a la luz del Panteón. ¿Qué panadero la amasará, qué horno le dará color?

La música sonaba mal, ya no le conmovía, le resultaba casi tan antipática como su propia voz, que oye por vez primera en un altavoz, encerrada en una cinta magnetofónica, y piensa, ése soy yo, ese petimetre hinchado, ese embustero, hipócrita y chiquillo vanidoso, los violines sobre todo no pegaban, sonaban demasiado bien, eso no era el viento inquietante en los árboles, no era la conversación que los niños mantienen con el demonio al anochecer, así no era el temor a la existencia, no era tan mesurado, no era ni con mucho tan bien temperado, el miedo antiquísimo les atormenta de un modo más íntimo, retiembla ante el verde del bosque, ante la anchura del cielo, ante las nubes que pasan… Eso era lo que había querido cantar Siegfried, le había salido completamente mal, y como sus fuerzas no habían bastado, ahora se sentía débil y desanimado, habría podido llorar, pero Kürenberg estaba de buen humor y elogió la sinfonía. Siegfried admiraba la forma en que Kürenberg servía a las notas y las gobernaba con la batuta; pero había momentos en que Siegfried se

sentía violado por Kürenberg. Entonces se indignaba por no resistirse. No podía; Kürenberg sabía y entendía tanto, y Siegfried había aprendido poco y era inferior a él en el terreno teórico. Kürenberg alisaba, articulaba, acentuaba la partitura de Siegfried, y lo que era dolorosa sensación en Siegfried, la búsqueda de un sonido, el recuerdo de un jardín anterior a todo nacimiento, una aproximación a la verdad de las cosas, que no podía ser sino inhumana, se volvía humana y luminosa bajo la mano directriz de Kürenberg, una música para oyentes instruidos, pero a Siegfried le sonaba ajena y decepcionante, la sensación refrenada aspiraba a la armonía, y Siegfried estaba inquieto, pero al fin y al cabo tenía sentido artístico y se alegraba de la precisión de la pureza de los instrumentos, del cuidado con el que los cien artistas de la famosa orquesta tocaban su composición.

En la sala crecían laureles en jardineras pintadas de verde, también podían ser adelfas; en los crematorios había esas mismas plantas, que incluso en verano hacían pensar en fríos días de invierno. *Variaciones sobre la muerte y el color de las adelfas*, había llamado Siegfried a su primer trabajo importante, un septeto, que no había sido estrenado. En la primera versión había pensado en la muerte de su abuela, la única persona de su familia a la que había querido; quizá porque había caminado tan silenciosa y ajena por la muy visitada casa de sus padres, ruidosa, retumbante de botas de marcha. ¡Y qué brillante y triste fue su incineración! La abuela era la viuda de un pastor protestante, y si hubiera podido mirar no le habría gustado ver con cuánta técnica y confort, cuán cómoda e higiénica, con qué insensible y diestra prédica había sido borrada de la faz de la tierra, y seguro que tampoco la corona con el estridente lazo en forma de cruz gamada, aportada por la liga de mujeres, le habría gustado, aunque nunca se hubiera pronunciado en contra. En cambio, en la segunda versión del septeto, Siegfried había querido expresar algo más general, más ambiguo con sus siete instrumentos, secreta resistencia, parpadeantes, reprimidos, románticos y quebradizos sentimientos, y en los movimientos obstinados su intento se asemejaba a un torso de mármol envuelto en rosas, el torso de un joven guerrero o el de un hermafrodita en las ardientes ruinas de una armería; era la rebelión de Siegfried contra su entorno, contra el campo de prisioneros de guerra, el alambre de espino, los compañeros, cuyas conversaciones le aburrían, la guerra, que atribuía a sus padres, y la patria entera, poseída y llevada por los demonios. A todos ellos quería irritar Siegfried, y había pedido a Kürenberg, un director antaño conocido también en casa, del que había leído en un periódico inglés que estaba en Edimburgo, que le enviara ejemplos de música dodecafónica, una forma de composición indeseable en el reino de la juventud de Siegfried, que sólo le atraía porque había sido proscrita por los

poderosos, los odiados educadores militares, el temido tío Judejahn, ese hombre robusto cuyo sombrío retrato con el aborrecido uniforme colgaba sobre el despreciado escritorio del padre, y Kürenberg había enviado al campo, con una amable carta, la obra de Schonberg y Webern. Eran viejos cuadernos de música de la editorial Universal, que llegaban así hasta Siegfried y que habían sido publicados en Viena demasiado pronto para que él los hubiera conocido, antes de que dejaran de venderse después de la unificación de Alemania y Austria. Así que esa música fue para Siegfried un mundo nuevo, una puerta que le hacía salir de una jaula, no sólo del aprisco de alambre de espino de la prisión de guerra, no, de una estrechez más angustiosa, y no se retiró debajo del yugo, como él lo llamaba, la guerra estaba perdida, y al menos él había sido liberado y ya no se doblegaba a las visiones de la estirpe en la que siempre había considerado espantoso haber nacido.

El arbusto de la sala parecía polvoriento, y sin embargo era laurel, porque las hojas tenían el aspecto de esas especias secas quebradizas y sin cocer que, sin duda mojadas, flotan en la sopa. El matorral deprimió a Siegfried, que no quería estar triste en Roma. Pero las hojas le recordaban demasiado una sopa que no le había gustado, el cocido de la escuela del partido, a la que su padre le había enviado por deseo de Judejahn, la marmita del rancho del ejército, al que Siegfried había huido desde esa escuela; también en la escuela de dirigentes del partido verdeaba el laurel, y en el cuartel había hojas de roble con zarcillos hasta en las condecoraciones y en las tumbas, y siempre una imagen de ese tipo amargado y arrugado, el Führer, con su bigote a lo Chaplin, miraba benévolo la manada de ovejas sacrificiales, a los muchachos embutidos en sus uniformes listos para el matadero. Aquí, bajo el laurel y las adelfas de la sala de conciertos, en ese bosquecillo artificialmente helado, un viejo retrato del maestro Palestrina, de rostro nada benévolo, sino más bien severo y reprochante, pendía sobre los esfuerzos de la orquesta. El Concilio de Trento había reconocido la música de Palestrina. El Congreso de Roma rechazaría la música de Siegfried. Al deprimido Siegfried le agobiaba ya esta prueba orquestal, aunque había ido a Roma esperando el rechazo, y se decía a sí mismo que le era indiferente.

Hay un foso tendido en torno al Panteón que un día fue una calle que llevaba del templo de Todos los dioses a las termas de Agripa, el imperio romano se derrumbó, la ruina cubrió el foso, los arqueólogos lo excavaron, aparecen trozos de muralla devastados y cubiertos de musgo, y en sus muñones se albergan los gatos. En Roma hay gatos por todas partes, son la familia más antigua de la ciudad, una estirpe orgullosa como los Orsini y los Colonna, son realmente los últimos

verdaderos romanos, pero estos de aquí son venidos a menos. ¡Nombres cesáreos! Se llaman Otelo, Calígula, Nerón, Tiberio. Los niños se arremolinan a su alrededor, llaman a los gatos y se burlan de ellos. Los niños tienen voces fuertes, estridentes, apresuradas, encantadoras para los extraños. Los niños se tumban boca abajo en el muro que circunda el foso. Sus lazos escolares transforman sus caras mocosas en pequeños Renoirs. Los babis escolares están arremangados, los pantalones son diminutos, y las piernas parecen los miembros de esculturas de metal fundido bajo una pátina de polvo y sol. Ésta es la belleza de Italia. Ahora se alzan risas. Se están riendo de una anciana. La compasión aparece siempre en una figura desvalida. La anciana camina trabajosamente ayudándose de un bastón, y trae comida a los gatos. Un periódico asquerosamente traspasado de humedad envuelve la comida. Son cabezas de pescado. En la foto impresa manchada de sangre, el Secretario de Estado americano y el ministro de Exteriores ruso se estrechan las manos. Ambos cortos de vista. Los cristales de sus gafas centellean. Labios apretados imitan una sonrisa. Los gatos se gruñen y bufan. La anciana tira el papel al foso. Cabezas cortadas de los cadáveres del mar, ojos rotos, desteñidas agallas, tornasoladas escamas, caen bajo la turba que maúlla y mueve las colas. Carroña, un áspero olor a micciones, a secreción, a ansia reproductora, un aroma dulzón a podredumbre de la vejez y pus se alza en el aire y se mezcla con los vapores de la gasolina de la calle y el fresco y estimulante aroma del café del bar Espresso de la esquina de la Piazza della Rotonda. Los gatos se revuelcan entre los desperdicios. Se trata de su vida. ¡Desdichada criatura, por qué se multiplicó! Estos gatos están expuestos a centenares, están hambrientos a centenares, son lujuriosos, se preñan, son caníbales, están enfermos y perdidos, y han caído tan bajo como puede caer un gato. Un gato de cráneo poderoso, de color azufrado y corto pelo, reina malvado sobre los más débiles. Da zarpazos. Reparte. Se lleva. Lleva en el rostro los zarpazos de las luchas por el poder. Tiene la herida de una mordedura en la oreja... Esa guerra la perdió. La sarna se ceba en su piel. Los niños llaman tiernamente «Benito» a ese gato.

Estaba sentado a una mesa de aluminio, en una silla de aluminio, ligero como si el viento fuera a llevárseme, era feliz, me decía que estaba en Roma, en Roma, en Roma, estaba sentado en Roma delante del bar Espresso, en la esquina de la Piazza della Rotonda, tomando una copa de aguardiente. También el aguardiente era volátil, ligero, levemente metálico, como hecho de aluminio, una *grappa*, y lo bebía porque había leído en Hemingway que eso se bebe en Italia. Quería estar alegre, pero no lo estaba. Me afligía algo. Quizá me afligía la mísera horda de gatos. A nadie le gusta la pobreza, y en este caso no

se podía rescatar con unos centavos. En esos casos, nunca sé lo que debo hacer. Miro hacia otro lado. Muchos lo hacen, pero a mí me atormenta. Hemingway no parece saber nada de aguardientes. La *grappa* sabía a sintético y a podrido. Sabía cómo un aguardiente alemán del mercado negro de los tiempos del marco devaluado. En una ocasión, había cambiado diez botellas de un aguardiente parecido por un Lenbach. El Lenbach era un estudio de Bismarck; lo compró un falso cubano con uniforme americano. El aguardiente había sido destilado con el combustible de los cohetes V2 destinados a aniquilar Londres; al beberlo saltaba por los aires, pero no había nada que temer, también el Lenbach era falso. Ahora teníamos en Alemania el milagro económico y buenos aguardientes. También los italianos tenían buenos aguardientes, pero no tenían un milagro económico.

Observé la plaza. Allí se engañaba al Estado. Una muchacha de sucio delantal traficaba con cigarrillos americanos. Otra vez me vinieron a la mente los gatos. La mujer era la hermana humana de esa pobre criatura, harapienta, desgreñada, llena de úlceras abiertas. Era mísera y depravada; también su especie se había multiplicado demasiado, y la lascivia y el hambre la habían llevado a la depravación. Ahora, la mujer esperaba hacerse rica furtivamente. Estaba dispuesta a adorar al becerro de oro; pero no sé si el becerro de oro la escuchará. Se me ocurre que la mujer podría ser asesinada. Me la imagino estrangulada; cuando se veía ya hecha una fina mujer de negocios, una auténtica *signora*, sentada en un respetable quiosco. El becerro de oro se ha dejado llevar a la Piazza, a lamer un poco a la mujer. Parecía bien conocida aquí. Estaba plantada como una boya en medio de la corriente del denso tráfico, y pequeños y ágiles Fíat ponían rumbo a ella con pericia y osadía. ¡Cómo rechinaban los frenos! Los conductores, hombres hermosos, de cabellos rizados, ondulados, engominados, calvas llenas de crema, pulidas, perfumadas, uñas a las que se había hecho la manicura, sacaban dinero por las ventanillas de los coches, recibían sus paquetitos, y el pequeño Fíat salía corriendo en dirección a otros negocios y a quitarle lo suyo a otro sabio, el Estado. Una joven comunista venía caminando. La reconocí por el pañuelo rojo chillón encima de su cazadora azul. ¡Un rostro orgulloso! Pensé: por qué serás tan arrogante, lo niegas todo, niegas a la anciana que trae comida a los gatos, e incluso niegas la compasión. En un camino cerrado acechaba un individuo, sucio, como si lo hubieran pasado por aceite. Era el amigo de la vendedora de cigarrillos, su protegido o su protector; quizá incluso fuera su jefe, un hombre de negocios serio, preocupado por los beneficios, y en cualquier caso creo que era el diablo que había decidido el destino de esta mujer. A intervalos regulares, la pareja se encontraba en la Piazza como por azar. Ella le entregaba los sucios billetes de liras que había

conseguido y él le daba nuevos paquetitos, limpiamente envueltos en celofán. Había allí un carabinero con su elegante uniforme, plantado como si fuera su propia estatua, mirando aburrido y despreciativo hacia el Panteón. Pensé: tú y la pequeña comunista haréis una espléndida pareja, los gatos se llamarán gatos estatales, la vieja y compasiva mujer morirá en un asilo del Estado, las cabezas de pez pasarán a propiedad pública y todo estará terriblemente ordenado. Pero aún había desorden y sensaciones. Los vendedores voceaban con voz voluptuosa y ronca los periódicos de la tarde. Siempre los he admirado. Son los rapsodas y panegiristas del crimen, de las desgracias, de los escándalos y de las agitaciones nacionales. La fortaleza blanca en la jungla indochina[1] estaba a punto de caer. En esos días se trataba de la guerra y la paz, pero no lo sabíamos. Nos enteramos de la aniquilación que nos había amenazado sólo mucho después, por periódicos que ahora aún no estaban impresos. Quién podía comía bien. Tomábamos nuestro café, nuestra copita; trabajábamos para poder gastar dinero, y cuando las cosas se daban bien, nos acostábamos juntos. Roma es una ciudad maravillosa para los hombres. Yo me interesaba por la música, y daba la impresión de que también otros en Roma se interesaban por la nueva música. Habían venido de muchos países al congreso en la vieja capital. ¿Asia? Asia estaba lejos. Asia estaba a diez horas de vuelo y era inquietante y grande como la ola de Hokusai.[2] Esa ola se acercaba. Lamía las playas de Ostia, donde se había encontrado el cadáver de una joven. La pobre muerta recorría Roma como un fantasma, y los ministros se sobresaltaban ante su pálido reflejo; pero pudieron arreglar las cosas en su beneficio. La ola se acercaba a las rocas de Antibes. «*Bon soir, Monsieur Aga Khan*!» ¿Me atrevo a decir que no me concierne? No poseo una cuenta bancaria, oro ni piedras preciosas, no van a contrapesarme con nada; soy libre, no tengo caballos de carreras ni jóvenes actrices que defender. Me llamo Siegfried Pfaffrath. Sé que es un nombre ridículo. Pero no más ridículo que muchos otros. ¿Por qué lo desprecio tanto? No lo he escogido yo. Me gusta meterme sin vergüenza en la conversación, pero me avergüenzo, me porto de manera irrespetuosa y anhelo poder respetar. Soy compositor. Es decir, cuando no se escribe el gran concierto soñado, un oficio tan ridículo como mi nombre. Siegfried Pfaffrath aparece ahora en programas de conciertos. ¿Por qué no me busco un seudónimo? No lo sé. ¿Tengo apego incluso a ese nombre odiado, sigo teniéndole apego? ¿No me libro de mi estirpe? Y sin embargo, creo que todo lo sucedido, pensado, soñado, arruinado, todo en el universo, incluso lo invisible y lo incomprensible, me concierne y me llama.

Un gran automóvil, reluciente, negro, de silenciosa transmisión,

un oscuro ataúd centelleante, con las ventanillas como espejos y opacas, había pasado ante el Panteón. El coche parecía el de una legación, el embajador de Plutón, el ministro del Infierno o de Marte podía sentarse dentro en acolchados asientos, y Siegfried, que tomaba su copa en la Piazza y soñaba, leyó, alzando la vista y contemplando un acontecer que sin duda percibía, pero no hallaba digno de mención, las letras árabes de la placa de matrícula. ¿Era un príncipe de *Las mil y una noches* el que allí venía, un rey exiliado? El chófer de tez morena y librea de corte militar saltó de su asiento, abrió de golpe la puerta del coupé y se mantuvo cerca, servicial, con diligencia de ayudante, tras un hombre envuelto en un cómodo traje gris. El traje era de franela inglesa y probablemente obra de un buen sastre, pero en el rechoncho cuerpo del hombre —maciza la nuca, anchos los hombros, alta la caja torácica, redondeado y elástico como un tenso saco de boxeo el vientre y robustos los muslos—, el traje recordaba el abrigo de *loden* de un campesino de las montañas. El hombre llevaba muy corto el tieso cabello gris, y unas grandes gafas de sol le daban un aspecto nada campesino, más bien misterioso, astuto, venido de muy lejos, de cuerpo diplomático o de audaz sujeto de busca y captura. ¿Era Ulises, que venía a visitar a los dioses? No era Ulises, el astuto rey de Itaca; ese hombre era un verdugo. Venía del reino de los muertos, le rodeaba un olor a carroña, él mismo era una Muerte, una Muerte brutal, vulgar, una Muerte tosca y sin imaginación. Hacía trece años que Siegfried no veía a su tío Judejahn, al que había temido de niño. A menudo lo habían castigado por esconderse de Judejahn, y el chico había terminado por ver en el tío Gottlieb la encarnación de todo lo temible y lo odioso, el símbolo de la violencia, de los desfiles, de la guerra, y aún creía oír a veces la voz tonante, siempre insultante, del hombre de cuello de toro, pero sólo se acordaba vagamente de las numerosas fotos del poderoso tribuno temido en todo el país, en los periódicos, las columnas publicitarias, como adorno en las paredes de los colegios, como sombras paralizantes en las pantallas de los cines, que mostraban al poderoso, la malvada cabeza inclinada, vestido con el pesado uniforme sin adornos del partido y con obtusas botas de marcha. Así que Siegfried, escapado entretanto hacia la libertad, bebiendo *grappa* igual que Hemingway, meditando acerca de la plaza romana y su música, que era su solitaria aventura, no reconoció a Gottlieb Judejahn, y ni siquiera sospechó que ese monstruo hubiera aparecido en Roma y estuviera a punto de resucitar de entre los muertos. Siegfried tan sólo observó de pasada y con involuntario escalofrío a un corpulento desconocido, probablemente acomodado, antipático y que representaba algo en el mundo, que atrajo al gato Benito, lo cogió por el pescuezo y se llevó al animal a su elegante vehículo entre el griterío de los niños. El chófer se quedó un segundo

petrificado en posición de firmes, como un soldado de plomo, y cerró respetuoso la puerta del coche detrás de Judejahn y Benito. El gran automóvil negro se deslizó sin ruido fuera de su aparcamiento, y Siegfried vio fugazmente centellear al sol de la tarde la caligrafía árabe de la placa de su matrícula, hasta que de repente —una nube había ocultado el sol—, se disolvió entre polvo y humo y desapareció.

Invitada al ensayo por Kürenberg, su esposo, Use se había sentado sin ser vista por Siegfried en la última fila de la sala —iluminada tan sólo encima de la orquesta—, junto a una de las jardineras verdes, y había escuchado la sinfonía. Le disgustó. Lo que oyó fueron disonancias, sonidos inarmónicos hostiles entre sí, una búsqueda sin objetivo, un experimento inconsistente, porque muchos caminos se abrían y volvían a ser abandonados, ninguna idea perduraba y todo era desde el principio quebradizo, lleno de dudas y dominado por la desesperación. A Use le parecía como si esas notas hubieran sido escritas por alguien que no sabía lo que quería. ¿Estaba desesperado porque no veía ningún camino, o no había ningún camino para él, porque la noche extendía su desesperación sobre todos los senderos y los volvía intransitables? Kürenberg había hablado mucho de Siegfried, pero Use aún no le había conocido. Hasta ahora le había resultado indiferente. Ahora, la música de Siegfried la inquietaba, y ella no quería ser inquietada. Había en ella un tono que le hacía sentir nostalgia, pero en su vida había experimentado que era mejor huir del dolor y de la nostalgia. No quería sufrir. Más no. Ya había sufrido bastante. Daba a los mendigos sumas desproporcionadamente grandes, pero no les preguntaba por qué mendigaban. Kürenberg hubiera podido dirigir en cualquier parte del mundo, en Nueva York o en Sydney, con mayores ingresos; Use no le había aconsejado no estudiar la sinfonía de Siegfried para el congreso en Roma, pero ahora lamentaba que gastara su esfuerzo en distracciones y cosas carentes de esperanza, en una manifestación, desvergonzada en su desnudez, de la pura e indigna desesperación.

Después del ensayo, los Kürenberg se fueron a comer. Les gustaba comer; comían fuera a menudo, y comían mucho y bien. Por suerte, no se les notaba. Toleraban la mucha y buena comida; ambos estaban bien proporcionados, no gordos, bien alimentados, no opulentos, iban bien juntos, como animales bien cuidados. Como Use guardaba silencio, Kürenberg supo que la sinfonía no le había gustado. Es difícil contradecir a alguien que calla, y al fin y al cabo Kürenberg elogiaba a Siegfried como el más dotado entre los nuevos. Había invitado a Siegfried esa noche. Ahora, no sabía si a Use le parecería bien. Se lo confesó de pasada, e Use preguntó:

—¿En el hotel?

Kürenberg dijo:

—Sí.

Ilse supo entonces que Kürenberg, que incluso en los viajes —y ellos viajaban siempre— era un apasionado cocinero, iba a cocinar, y eso era un signo de que realmente apreciaba a Siegfried y le cortejaba, y volvió a guardar silencio. ¿Por qué no iba a recibir a Siegfried? No le gustaba negarse. Tampoco quería discutir con Kürenberg. Apenas discutían. Llevaban un matrimonio sin disputas y habían atravesado sin discutir incluso la miseria y el peligro, por tierra y por mar. Bien, Siegfried podía venir al hotel, cocinarían para él, le parecía bien. Quizá fuera cierto lo que prometía Kürenberg, y Siegfried fuera agradable; pero su música, si no cambiaba en el futuro —e Ilse nunca creyó que pudiera cambiar, porque esos sonidos le resultaban sin duda detestables a ella, pero eran auténticos a su manera y, con toda su dispersión, una imagen del destino y por tanto inalterables—, esa música siempre le resultaría antipática, aunque Siegfried pudiera ser simpático. Ilse contempló a Kürenberg, caminando a su lado con su traje de gruesa lana escocesa, sus crujientes zapatos de doble suela, el cabello gris, bastante calvo, pero con unos ojos claros en su rostro bueno y sólido, de figura un poco tiesa, pero de paso firme y ágil en el inquieto bullir de las calles romanas. Kürenberg parecía ensimismado, dicho más claramente, descansando en sí mismo y viviendo en el espíritu, nunca se mostraba impaciente y nunca sentimental, y sin embargo Use creía que la protección otorgada a Siegfried estaba marcada por el sentimiento; le había movido a ella el hecho de que en el año cuarenta y cuatro un prisionero de guerra alemán de un campo inglés se hubiera dirigido a él, exiliado voluntario e involuntario voluntario de las fuerzas que asaltaron Langemarck en la Primera Guerra Mundial, y le hubiera pedido partituras de la Nueva Música. Para Kürenberg, la carta de *prisoner of war* de Siegfried había sido una señal, un mensaje venido de la Europa que se había vuelto bárbara, la paloma que decía que la marea estaba bajando.

Se sentaron al sol, gozaron del sol, se sentaron en la terraza del carísimo restaurante de la Piazza Navona, gozaron de sentarse allí, miraron el óvalo armonioso y tranquilizador de la antigua arena, gozaron de la dicha de que las luchas hubieran pasado, y comieron. Comieron pequeños y crujientes cangrejos gratinados, aves delicadamente hechas a la brasa, hojas secas de lechuga salpicadas de zumo de limón y aceite, fresones de un rojo voluptuoso, y bebieron un seco y estimulante vino de Frascati. Gozaron del vino. Gozaron de la comida. Bebieron con devoción. Comieron con devoción. Eran serios y tranquilos comedores. Eran serios y serenos bebedores. Apenas cambiaron una palabra; pero se querían mucho.

Después de comer, fueron en autobús al barrio de la estación, en

el que vivían. El autobús estaba, como siempre, repleto. Estaban apretados cuerpo a cuerpo y cuerpo a cuerpo con otros. Estaban silenciosos, tranquilos, satisfechos. En la estación, decidieron hacer una corta visita al Museo Nacional ubicado en los restos de las Termas de Diocleciano. Amaban la antigüedad clásica. Amaban el sólido mármol, las sublimes figuras que el hombre había creado a su imagen, los fríos sarcófagos, el promisorio abombamiento de las ánforas para mezclar el agua. Visitaron a los cupidos, los faunos, los dioses y los héroes. Contemplaron la inmensidad de la leyenda y, ensimismados, el bello cuerpo de la Venus de Cirene y la cabeza de la durmiente Euménide. Luego caminaron por el fresco y sombrío callejón crepuscular hundido entre los altos edificios detrás de su hotel, un aburrido albergue internacional en el que vivían cómodamente, entraron a la carnicería, vieron los hígados sin sangre, frescos, fríos, colgando abiertos de los terribles ganchos, las cabezas de oveja y de ternera sacrificadas, mansas y mudas, compraron los tiernos filetes apilados en la limpia y hermosa tabla inclinada de mármol del carnicero, filetes cuyo grado de frescura Kürenberg examinó con punzantes dedos, compraron fruta y verdura en los puestos al aire libre, aceite y vino en antiguas bodegas, y tras mucho buscar, y después de haberlo probado con los dientes, Kürenberg encontró un arroz que prometía una cocción entera. Ambos cargaron con los paquetes y los subieron en el ascensor a su habitación grande y luminosa, el aposento de representación de la casa. Estaban cansados, y gozaron del cansancio. Vieron la ancha cama, y disfrutaron de la sensación anticipada de la frescura y limpieza de la cama. Era por la tarde. No apagaron las luces. Se desnudaron a la luz, se tendieron entre las sábanas y se taparon. Pensaron en la hermosa Venus y pensaron en los saltarines faunos. Gozaron de sus pensamientos; gozaron del recuerdo; luego, gozaron de sí mismos y cayeron en un profundo sopor, en ese estado de muerte anticipada que representa un tercio de nuestra vida; pero Use soñó que era la Euménide, la Euménide durmiente a la que, para apaciguarla, se llamaba la Benévola, la diosa de la venganza.

Era tiempo, tenía que ir, ahora le tocaba a él, era la hora acordada, le esperaban, y entonces no quería, titubeaba, temía. Él, Judejahn, tenía miedo, ¿y cuál era su frase de cabecera y su lema en la vida? «Yo no sé qué es el miedo». La frase había engullido a muchos, habían mordido el polvo, los otros naturalmente, él había ordenado que cayeran en absurdos ataques, habían sostenido, para dar satisfacción a un insensato concepto del honor, posiciones perdidas de antemano, las habían sostenido hasta el último hombre, como Judejahn comunicaba luego a su Führer con el pecho abombado, y el que tenía miedo acababa colgado, balanceándose de árboles y farolas,

se columpiaba, con el vergonzoso letrero al cuello: «Fui demasiado cobarde para defender mi patria», al frío viento de los muertos. ¿Qué patria se trataba de defender? ¿La de Judejahn? El despótico reino y la agrupación de marcha de Judejahn eran buenos para el infierno, no sólo se colgaba, también se decapitaba, se martirizaba, fusilaba, se moría al pie de los muros y delante de los bosques, el enemigo apuntaba, naturalmente, el enemigo también disparaba, pero aquí era el compañero el que enviaba la bala, no encontrarás uno mejor, aquí era el compatriota el rabioso, el estimado y ensalzado compatriota, y el joven condenado sólo podía reflexionar demasiado tarde sobre quién era ahora el enemigo y quién el compañero. Judejahn hablaba paternalmente a «mis muchachos» y Judejahn decía, ordinario, arrabalero, «matad a esos cerdos», siempre estuvo próximo al pueblo y siempre fue un tipo estupendo, con chispa, el viejo asesino político de Landsberg, sangriento profesional del ejército negro en las fincas de Mecklenburg, calavera en el casco de acero, pero incluso ellos, los viejos dioses, habían sembrado la traición, Ehrhardt, el capitán, comía con literatos e intelectuales de mierda, y Rossbach recorría el país con chiquillos de mejillas lechosas, representaba misterios para alegría de maestros de escuela y curas, pero él, Judejahn, había seguido el camino recto, terco y siempre de frente, el camino hacia el Führer y el Reich y muchos honores.

Caminó por la habitación, recorrió la blanda alfombra, las paredes estaban enteladas, pantallas de seda recubrían las luces, sobre el damasco de la cama yacía Benito, el gato sarnoso, miraba a Judejahn, parpadeaba sarcástico, seguramente quería ronronear «aún vives», y miraba después con repugnancia el hígado asado a los pies de la cama, sobre una bandeja de plata. ¿Por qué había traído aquí a esa bestia? ¿Había magia en juego? Judejahn jamás veía fantasmas. No era más que un perro sentimental, no podía verlo, se había enfadado al ver que se reían de un animal tan imponente. ¡Benito! ¡Esos mocosos! Judejahn vivía en la Via Veneto, vivía en un hotel para embajadores y ministros, en un cuartel general del Pacto Atlántico, una casa de presidente de acería norteamericana, el hogar de un consejero de administración de una empresa de pinturas, una exposición de torsos cinematográficos, estafadores y cotorras tenían aquí sus jaulas, vaya pájaros acudían a Roma, barbas de moda de todos los cortes y tallas de sastre, para abarcarlas con una mano, vestidos de fantásticos precios, se podía ahogar a las chicas con esos talles, pero se agarraban fuerte unos pechos firmes y un culo firme, se sentía la carne atractiva y excitante balanceándose bajo la piel de nilón, el estrecho liguero que bajaba tenso por el vientre y los muslos hasta el velado tejido de las medias... No vivían cardenales en la casa.

Se había quitado las gafas azules. Ojos acuosos, disueltos en

blanco y azul. ¿No era una frivolidad por su parte alojarse aquí? No pudo menos de echarse a reír. En primer lugar, tenía razón y siempre había tenido razón, y en segundo lugar, según soplara el viento: perdonado y olvidado. Era una broma de Judejahn, y a Judejahn le gustaba bromear, haber parado precisamente en este hotel, con un pasaporte en el que su nombre no era su nombre y su país no era su país; pero el documento era por lo demás auténtico, tenía un visado diplomático, él era alguien, Judejahn, siempre había sido alguien y volvía a serlo. Podía permitirse alojarse aquí y disfrutar del recuerdo de sus grandes días: bajo este techo había residido, desde aquí había enviado embajadores al Palazzo Venezia, en el vestíbulo de esta casa había ordenado fusilar a los rehenes.

¿Qué debía ponerse? Iba de punta en blanco, tenía trajes de tela inglesa cortados por hábiles sastres árabes, se había convertido en un hombre de mundo, se perfumaba incluso antes de ir al burdel, a soltar energía, eso lo había aprendido de los jeques, pero con cualquier paño seguía siendo inconfundiblemente el viejo Judejahn, un arquetipo infantil, un sombrío héroe de la chiquillería que no podía olvidar que su padre, un maestro de escuela, le había dado una paliza porque no quería estudiar. ¿Quizá el traje oscuro? Había que dar solemnidad al reencuentro. Pero probablemente no era indicado perfumarse en este caso. No se apestaba a almizcle allá donde él iba. Se ocultaba el olor a chivo. Los ciudadanos alemanes habían vuelto a encontrarse. Volvían a ser gente refinada. ¿Iban a mirar de dónde venía? ¿Todos esos caminos de sangre, y ahora, la última imagen, el calor, la sequedad, la arena?

Venía de los chacales. Por las noches aullaban. Extrañas estrellas brillaban en el cielo. ¿Qué le importaban a él? Eran signos de orientación sobre el mapa del terreno. De lo contrario, no las veía. Tampoco oía a los chacales. Dormía. Dormía tranquila, pacíficamente, sin soñar. Caía todas las noches en el sueño como una piedra en una fuente profunda. Ninguna pesadilla, ninguna conciencia le apremiaba, ningún esqueleto se le aparecía. Sólo la diana despertó al durmiente. Ésa era una música familiar y bienvenida. En el desierto, soplaba la tormenta. El sonido de la corneta titubeó y se extinguió. El corneta era un perro blandengue; había que meterlo en cintura. La arena golpeaba la pared de los barracones. Judejahn se levantó del estrecho catre de campaña. Amaba el duro lecho. Amaba la habitación encalada con el armario de chapa, la mesa plegable, el aguamanil, las jarras y fuentes desvencijadas que empezaban a oxidarse. Habría podido alojarse en una villa en la ciudad real, siendo como era jefe de instructores, organizador del ejército, buscado y cotizado especialista. Pero amaba el cuartel. Le daba conciencia de sí mismo, sólo él le daba seguridad. El cuartel era patria, era camaradería, era sostén y orden. En realidad,

le sostenían frases, las frases del compañerismo. ¿Quién era camarada de Judejahn? Amaba la visión del desierto. No era su infinitud lo que le atraía, era su desnudez. El desierto era para Judejahn un gran campo de ejercicios, era el frente, un constante estímulo que le mantenía viril a uno. En la ciudad real, revolotearían a su alrededor criados de pies ligeros, se habría acostado con muchachas de cálido vientre, se habría perdido en sus senos, él, un pachá, habría podido bañarse en aguas aromáticas. En cambio, se enjabonaba en el campamento, se frotaba la piel hasta enrojecerla con cepillos de raíces, se afeitaba con la vieja maquinilla alemana que había llevado en el bolsillo del pantalón desde el puente de Weidendamm hasta el desierto. Se sentía bien. Pensó: como un jabalí chamuscado. Tenía un buen olfato. Oía el sonido de los hombres, el chapoteo de los lavados, el entrechocar de los cubos, los silbidos, obscenidades, maldiciones, órdenes, arrastrar de botas, cerrar de puertas. Olía el aire viciado del cuartel desde la prisión, servidumbre, grasa para cuero, aceite de armas, jabón agrio, pomada dulce, sudor ácido, café, cacharros calientes de aluminio y orina. Era el olor del miedo, pero Judejahn no sabía que era el olor del miedo. Él no conocía el miedo. Se lo dijo, fanfarrón, a su imagen en el espejo; desnudo, barrigón, se plantó ante el cristal manchado de cagadas de mosca. Se apretó el cinturón. En esto, era de la vieja escuela. Además, el cinturón hacía retroceder el vientre, y el culo se quedaba como colgado. Truco de viejos generales. Judejahn salió al corredor. Los hombres se apretaban a toda prisa contra la pared, se aplanaban, sombras sumisas. Él no los veía. Se abrió paso hasta el exterior. El sol flotaba sangriento, como arrastrado por la tormenta de arena. Judejahn pasó revista a las tropas. La tormenta tiraba del caqui de los uniformes. Los granos de arena cortaban la carne como astillas de cristal y azotaban los tanques como granizo. A Judejahn le divirtió la estampa. ¡La parada de los hijos del desierto! Los miró. Lo que veía eran ojos almendrados, oscuros, brillantes, traicioneros, era piel morena, eran rostros abrasados, rostros de moro, narices semíticas. ¡Sus hombres! Sus hombres estaban muertos. Yacían bajo el césped, bajo la nieve, bajo piedra y arena, reposaban en el círculo polar, en Francia, en Italia, en Creta, en el Cáucaso, y algunos yacían en cajas bajo el patio de una prisión. ¡Sus hombres! Ahora eran estos de aquí. Judejahn tenía poco sentido de la ironía del destino. Pasó revista a esos imbéciles y les miró con severidad a los ojos almendrados, brillantes, traicioneros, soñadores. Judejahn no vio reproche alguno en esos ojos. No leyó acusación alguna. Judejahn les había quitado la dulzura, la dulzura de las criaturas. Les había quitado el orgullo, el sentimiento natural de los hijos varones del harén. Los había quebrado al enseñarles una cosa: obediencia. Los había pulido bien, también eso conforme a la vieja

escuela. Ahora estaban ante él erguidos y equipados como soldados de plomo, y su alma estaba muerta. Eran soldados. Eran material humano. Estaban listos para ser empleados y podían ser quemados. Judejahn no había derrochado su tiempo. No había decepcionado a sus amos. Allá donde Judejahn daba órdenes estaba la antigua gloria de Prusia, y allá donde iba Judejahn su gran Alemania.

La arena del desierto seguía siendo la arena de la Marca de Brandeburgo. Judejahn había sido ahuyentado, pero no había sido desarraigado; llevaba su Alemania, que aún curaría al mundo, en su corazón. El mástil de la bandera se alzaba en medio de la tormenta, se alzaba solitario contra el sol velado por la arena, se elevaba alto y solitario hacia la nada sin dios. Se dieron las órdenes. Los gritos recorrieron los soldados como contactos eléctricos. ¡Se pusieron aún más firmes, y la bandera volvió a elevarse! ¡Qué espléndido símbolo del absurdo! Sobre el paño verde, resplandecía en rojo la estrella de la mañana. Aquí aún se podían vender invendibles, el embuste del Estado Nación, la médula de la lealtad y la hostilidad a los israelíes, esos hermanos siempre útiles a los que Judejahn volvía a deber hoy dinero, prestigio y posición.

El traje oscuro tampoco era el correcto. Judejahn parecía un gordo confirmando, y le irritó pensar que su padre, el maestro de escuela, le había obligado a caminar así vestido hasta el altar del Señor. Eso había sido en mil novecientos quince, él quería ir al campo de batalla, salir del colegio, pero no se llevaron al pequeño Gottlieb, y él se había vengado, le habían aprobado de cualquier manera el bachillerato acelerado en mil novecientos diecisiete y había ido a un curso de oficiales, no al frente, y luego se convirtió en teniente, no en el frente, pero luego las balas silbaron alrededor de Judejahn, la guerra de cuerpos francos, el asalto de Annaberg, las luchas espartaquistas, los días de Kapp, el maquis en el Ruhr y finalmente las patrullas de ejecución del bosque de la Vehma.[3] Esa fue su época bohemia, ésa fue su juventud, y la juventud es hermosa, decía la canción, y no vuelve. Al servicio de Hitler, Judejahn se aburguesó, ascendió, crió grasa, ostentó elevados títulos, se casó y emparentó con ese maricón, al fin y al cabo hermano de armas con Kapp, aprovechado y trepa, presidente de la audiencia y alcalde mayor, administrador de los fondos del Führer y simpatizante del tribunal de desnazificación y ahora otra vez arriba, viejo alcalde reelegido por el pueblo, estrictamente democrático, repuesto, se entiende, con él pues había emparentado, con Friedrich Wilhelm Pfaffrath, al que consideraba un hijo de puta y al que se había dado a conocer por escrito en un momento de debilidad, no debían preocuparse, él estaba bien, y luego había consentido ese estúpido reencuentro en Roma. El cuñado escribía que quería arreglarle las cosas. ¿Qué cosas? ¿El

regreso, la exculpación, el perdón y finalmente un puestecito? El hombre se hacía el importante. ¿Es que quería Judejahn regresar? ¿Necesitaba él el certificado de exculpación, la libertad del perdón? Era libre; aquí estaba la lista de sus negocios. Tenía que comprar armas, tanques, cañones, aviones, restos de existencias, máquinas que ya se habían vuelto irracionales para las grandes matanzas venideras, pero que aún eran utilizables para la pequeña guerra del desierto, para el golpe y la sublevación. Judejahn estaba acreditado ante los bancos, tenía plenos poderes. Tenía que tratar con traficantes de armas de ambos hemisferios. Tenía que cortejar a viejos camaradas. Estaba en el juego. Le divertía. ¿Qué importaba la familia? Un grupo de cagones. Había que ser duro. Pero Eva le había sido fiel, una fiel mujer alemana, un ejemplar modelo de aquello por lo que decían vivir y luchar; y a veces lo creían. Tenía miedo. Tenía miedo de Eva, sin maquillar y con un moño, la militante de la liga de mujeres, la creyente en la victoria final; estaba bien, sí, pero nada le atraía hacia ella. Además, probablemente estaría agotada por la lucha. ¿Y su hijo? Una extraña rata. ¿Qué había detrás de aquella increíble mascarada? En las cartas, se hacía alusión a cambios. No podía entenderlos.

Extendió ante sí un plano de Roma como si fuera un mapa del Estado Mayor. Tenía que bajar por la Via Ludovisi, luego la escalinata española, desde cuya altura dominaría la ciudad con una pieza de artillería, e ir luego por la Via Condotti, hasta el hotel pequeñoburgués en el que todos ellos estaban esperándolo. Naturalmente también él hubiera debido alojarse allí, en la casa preferida por los alemanes, como decían las guías de viaje, en medio de la estrechez patria y el olor familiar, y Friedrich Wilhelm Pfaffrath, el siempre razonable representante de los intereses nacionales razonables y realizables, Pfaffrath, que una vez más lo había conseguido y quizá se sentía el más inteligente porque volvía a estar en el pesebre y estaba dispuesto a una nueva ascensión alemana, su cuñado Pfaffrath, alcalde mayor y prestigioso ciudadano de la República Federal, había querido volver a tomarlo bajo su techo y bajo su protección, a él, el supuestamente perseguido, así lo había imaginado sin duda, quería llevar a su pecho al que vagaba sin rumbo, y se le habían perdonado expresamente las molestias, el miedo al cuestionario y la ropa de tribunal desnazificador. Qué iba a toserle Judejahn, había venido desde muy lejos para esta escena, el muerto o dado por muerto, el aplastado de Berlín, el echado de menos en la gran limpieza, el condenado en Nuremberg, en rebeldía y por si las moscas, se entiende, porque el Alto Tribunal que juzgaba sobre el destino, la fatalidad, la suerte de los hombres y el ciego actuar de la Historia, y vacilaba él mismo en el laberinto de la Historia, no una Justicia con los ojos vendados, sino una loca jugando a la gallina ciega

que, como dictaba Derecho sobre un territorio sin ley, estaba inmerso, preso y hundido en el fango del acontecer sin moral, el Alto Tribunal no había encontrado testigos de la muerte de Judejahn ni de su existencia terrenal, y así el Alto Juez que juzgaba sobre Judejahn, acusado ante el mundo de ser un monstruo, había condenado cuidadosamente al monstruo para el caso de que respirase en la oscuridad, le había asignado el destino de la muerte, en ausencia, como hemos dicho, lo que era inteligente y feliz, el abyecto escapaba inteligente y felizmente de la soga, con la que en aquellos días se procedía de forma demasiado apresurada, y al fin para el tribunal el que Judejahn no hubiera sido ahorcado era un error inteligente y felizmente evitado, porque Judejahn había sido inscrito como monstruo para su reutilización, y la guerra es un feo negocio. El alcalde mayor había venido a Roma probablemente en su propio coche, volvía a alcanzarle para un Mercedes, o la ciudad le prestó el vehículo para el hermoso viaje, Italia, país de la nostalgia, país de los alemanes, y Pfaffrath, el alemán, tenía su Goethe encuadernado en cuero en la biblioteca, y los *Comentarios fiscales* junto a los *Comentarios de 'Weimar*\ un tipo sospechoso, de Weimar nunca vino nada bueno, leyó con atención, y en todo caso a Judejahn le irritaba tener que volver a imaginarse a su cuñado en la abundancia..., era una traición, una infame traición, ese tipo tenía que haber reventado. Pero también Judejahn podía disponer de un coche, las cosas no estaban como para que tuviera que ir a pie, no, iba voluntariamente, quería ir a pie, peregrinar a pie hacia la vida civil, eso era apropiado aquí, adecuado a la situación y a la ciudad, quería ganar tiempo, y Roma, decían, Roma, donde los curas se habían asentado y las calles bullían de sotanas, Roma, decían, era una hermosa ciudad, también Judejahn podía echarle un vistazo, hasta ahora se lo había perdido, sólo había representado aquí, sólo había dado órdenes aquí, sólo se había enfurecido aquí, ahora podía caminar por Roma, podía llevarse consigo lo que la ciudad ofrecía en clima, lugares históricos, prostitutas refinadas y rica mesa. ¿Por qué iba a negárselo? Había estado mucho tiempo en el desierto, y Roma seguía allí y no estaba en ruinas. Eterna, llamaban a Roma.

Eran curas y profesores los que soñaban de ese modo. Judejahn mostró su rostro de asesino. Él sabía. Había visto desaparecer muchas ciudades.

Ella esperaba. Esperaba sola. Nadie la ayudaba a esperar, le acortaba el tiempo de espera con su conversación, y ella tampoco deseaba que se le acortara el tiempo y que se preocuparan por ella, porque sólo ella se afligía, sólo ella llevaba luto, e incluso Anna, su

hermana, no entendía que Eva Judejahn no llorase por las posesiones perdidas, por la posición perdida, por el prestigio perdido, y que ni siquiera el luto por Judejahn, al que había visto como héroe en el Walhalla, palideciera su rostro; ella guardaba luto por la Gran Alemania, lloraba al Führer, lloraba la idea de dicha universal germánica vencida por la traición y la perfidia y la alianza contra natura, el Tercer Reich de los mil años. Desde el vestíbulo de la casa, la risa penetraba por la escalera y los pasillos, desde el patio subía hasta su ventana, mezclada con el vapor de la comida, una canción bailable americana cantada por un pinche de cocina italiano; pero a ella no la alcanzaban ni la risa ni el alegre y joven blues negro iluminado por el *Bel canto* italiano, ella estaba vestida de negro en su cuarto, una jaula de piedra, locura, incomprensión y tiempo que se escapaba, estaba preñada de venganza, con fauces de lobo, enajenada en el mito, el inventado, cavilado y creído, entregada a los miedos más primarios, el auténtico del fusil y el lobo, el cabello pajizo empalidecido y agrisado, milenrama en el campo del trigo que quedaba cuando los asustados criados huyeron bajo la amenaza de la tormenta, ese cabello atado en un severo moño de mujer mayor sobre el pálido rostro rostro de cráneo alargado rostro de mandíbula angulosa rostro de aflicción rostro de horror consumido quemado una calavera como el signo que Judejahn llevaba en la alta gorra y tras el que había empezado, parecía un fantasma, no una Euménide, un fantasma nórdico, un fantasma de la niebla, que un loco había traído a Roma y encerrado en una habitación de hotel.

Era una habitación pequeña aquella en la que se encontraba, la más barata de la casa, ella misma lo había querido así, porque su cuñado Friedrich Wilhelm, que no quería darse cuenta de que era ella la que tenía que borrar el oprobio del nombre alemán, su cuñado Friedrich Wilhelm hacía el viaje por ella, eso decía también Anna, y Friedrich Wilhelm Pfaffrath palmeaba amablemente la espalda a Eva Judejahn y decía: «Bueno, déjalo Eva, es evidente que queremos recuperar a Gottlieb», y ella se estremecía y se mordía los labios porque él había dicho Gottlieb, antes nunca se hubiera atrevido, era traición llamar Gottlieb, grato a Dios, al jefe de estandarte, general de las SS y uno de los máximos dignatarios del partido sin Dios, porque Judejahn odiaba ese nombre que le había puesto el maestro de escuela Pfaffenschleim, él no quería ser grato a Dios y hacía que su familia y sus amigos le llamaran Gótz, mientras oficial y formalmente firmaba G. Judejahn, y Gótz era una derivación libre de Gottlieb de su época libre y salvaje en los cuerpos francos, pero Friedrich Wilhelm, el correcto propietario de la edición de Goethe encuadernada en cuero, había encontrado el nombre de Gótz indigno, alemán sin duda y vigoroso, pero recordaba la famosa cita, y además era un nombre

usurpado, un nombre ocupado, uno se llamaba como lo habían bautizado, y así volvía a decirlo ahora, cuando podía atreverse y se creía el más fuerte, Gottlieb, aunque él, también él, encontrara ese nombre ridículo e inadecuado para un hombre. Ella deambulaba vestida de negro. Deambulaba vestida de negro de la ventana del patio al espejo encima del lavabo, deambulaba como en una celda, como un animal preso y no domesticado; había llevado luto todos esos años, sólo en el campo de clasificación no había llevado luto porque la habían detenido con ropa de viaje, pero cuando la soltaron cogió a su hermana un vestido negro, porque sus propios vestidos habían desaparecido, los armarios estaban saqueados, y las casas que Judejahn había poseído le habían sido incautadas. Y cuando llegó la señal de vida de él, el dado por muerto, Eva no se quitó el luto, para sorpresa de la familia Pfaffrath, porque ella no había llorado por su esposo, el héroe dado por muerto, y el que viviera no hacía incluso más que aumentar las causas del luto, preguntaría por el hijo que ella no había podido conservar para él, y quizá el propio Judejahn se había dado por vencido y había criado grasa; ella no le tomaba a mal que se acostara con otras mujeres, siempre lo había hecho y siempre se lo había contado, eso formaba parte de la experiencia de la guerra, y si engendraba hijos, engendraba hijos de guerrero y buena raza, descendencia para las tropas de asalto y para el Führer, pero que se hubiera escondido en Oriente le inquietaba como si sospechara que también había cometido traición, traición a la raza y traición a la sangre en ese clima suave y enemigo, en la oscuridad del harén oliente a rosas, en cuevas apestosas a ajo con negras y semitas, que sólo esperaban venganza y lamían ansiosas el semen germano. Eva habría querido equipar un ejército para traer a casa a esos niños, los bastardos de Judejahn; había que examinar su condición, y debían vivir como alemanes o morir como mestizos. El pinche de cocina en el patio estaba silbando una, volvía a ser una canción de negros, estridentemente descarada y burlesca, y la risa que venía del vestíbulo atronaba gruesa, agradable y a veces cacareante escaleras arriba y por el pasillo.

El alcalde mayor Friedrich Wilhelm Pfaffrath estaba sentado con Anna, su esposa, y Dietrich, su hijo menor, en el salón social del hotel preferido de los alemanes, y ya habían entablado conversación con otros viajeros a Italia, compatriotas del mismo estrato e iguales opiniones, escapados, sacudidos un día por el terror y luego en proceso de olvidar como ellos, propietarios de Volkswagen, conductores de Mercedes, importadores de divisas curados con eficiencia alemana y ahora nuevamente bienvenidos, charlaban, bebían vermut dulce, y en las mesas había planos y guías de viaje, porque se aconsejaban sobre excursiones, querían ir a Tivoli y a

Frascati, pero también a la reconstruida abadía de Cassino, había que visitar los campos de batalla, que no eran espanto alguno para estos hombres, y uno buscaría y encontraría y gritaría: «Aquí estaba nuestra batería, desde aquí estuvimos escupiendo, aquí nos agarramos, aquí resistimos», y luego se vería qué tipo fino era, con respeto, porque él se admiraba como un luchador limpio, un deportista matador por así decirlo, hablaría de Tommy y de Ami y quizá incluso de los legionarios polacos del ejército de Anders, pero eso no era seguro, porque un polaco era un polaco, y en el cementerio militar se honraría a sí mismo y a los muertos con un sublime sentimiento por parte de todos. Los muertos no reían, estaban muertos, o no tenían tiempo, y les era indiferente cuál de los vivos viniera, estaban en transformación, pasaban de la vida, sucios y cargados de culpas que quizá ni siquiera eran culpa suya, a la rueda de los nacimientos, para una nueva existencia de expiación, un nuevo ser culpable, un nuevo e inútil existir. Friedrich Wilhelm Pfaffrath encontraba impropio por parte de Judejahn hacerlos esperar. Pero quizá aún no había llegado a Roma, quizá había tenido dificultades en el viaje, calamidades con el pasaporte, su caso seguía siendo delicado y había de ser tratado con cautela. No se podían precipitar las cosas, pero Pfaffrath estaba convencido de que era hora, ya que su cuñado estaba sorprendentemente vivo, de hacer desaparecer en silencio el expediente Judejahn, con cuidado, sin llamar la atención y sin escándalo, naturalmente, todavía era posible comprometerse, un pobre diablo apátrida podía ladrar, pero la época de los ahorcamientos había pasado de una vez por todas, por lo menos para ellos, los americanos habían entrado en razón, ahora tenían la mirada correcta para las circunstancias y la utilidad ale manas, y hacía mucho que los sentimientos de odio y las sentencias vengativas ya no eran inteligentes y educadas. Roosevelt estaba muerto y era sospechoso de colaboración con los comunistas. ¿Y quién era Morgenthau? ¡Un don nadie! Quien había sobrevivido a eso podía seguir viviendo. Y para Judejahn quizá se encontrara un puesto en la Federación Agrícola, más tarde ya se vería, y Eva dejaría de elucubrar, porque todo estaba muy bien, él, Friedrich Wilhelm Pfaffrath, era un nacionalista, pero se habían cometido errores, eso había que aceptarlo y volver a empezar desde el principio. ¡Prusia se había excedido en su hambre! ¿No lo había hecho el resto del país? Y acaso no se había vuelto a levantar, no en el hambre, había que tomarlo en sentido figurado, una edificante leyenda a partir de ese pasado magro en orgullo, porque de lo contrario el hambre era un gruñir de estómagos vacíos después de la guerra perdida por la traición, en la que era mejor no pensar, si no en el bienestar, que era aprehensible y en absoluto una leyenda, pensar, y defenderse, y por último: ¿No convencería el nuevo estado

de cuentas incluso a los hijos, las ovejas descarriadas de la disolución, los ahuyentados por el felizmente superado desorden, para que volvieran a casa y volvieran a vivir conforme a las costumbres de su estirpe? La Federación alemana tenía sus debilidades democráticas, eso era cierto y por el momento difícil de cambiar, pero en conjunto imperaba el orden en el país ocupado, y todo estaba listo para tensar las riendas, pronto se ensancharían las miras, las cosas no iban mal, y el pasado de Pfaffrath era el adecuado, le recomendaba de manera evidente; lo que pasaba con los hijos, su irracionalidad, su exaltación, sus supuestas decisiones en conciencia, eran manifestaciones temporales, enfermedades temporales, y pasarían con el tiempo como una pubertad demasiado larga. Friedrich Wilhelm Pfaffrath no pensaba tanto en este punto en Adolf Judejahn, su sobrino, como en Siegfried, el mayor de sus dos hijos, que le había abandonado, mientras podía estar satisfecho con Dietrich, el más joven, que ahora era un vándalo, había ingresado en la asociación estudiantil de su padre, había aprendido sus usos y costumbres, adquirido relaciones, se encontraba a punto de hacer las oposiciones y estaba feliz de visitar el campo de batalla de Cassino, como es lógico en gente joven. Pero Siegfried había degenerado. En nombre del demonio, quería..., quería ser director de orquesta; también en el mundo de la música había puestos muy bien pagados. Friedrich Wilhelm Pfaffrath era un hombre instruido, y se había enterado de que Siegfried estaba en Roma. Esto le parecía un signo, la posibilidad de conversar y reconciliarse. No sería fácil, porque Siegfried parecía nadar aún en la ciénaga, en sentido figurado, y el programa del congreso de música anunciaba surrealismo, bolchevismo cultural y nueva música negroide. ¿Es que el chico estaba ciego? Pero quizá hoy se hacía carrera de ese modo, ahora que los judíos volvían a estar en el negocio internacional y repartían fama y premios. Pfaffrath había leído que Kürenberg iba a dirigir la sinfonía de Siegfried, y se acordaba.

—¿Te acuerdas de Kürenberg —preguntó a su mujer—, que en el treinta y cuatro era Director General de Música con nosotros, e iba a irse a Berlín?

—Se casó con la Aufháuser —respondió Anna.

—Sí —dijo Pfaffrath—, por eso ya no pudo ir a Berlín, y tampoco nosotros pudimos retenerlo.

Y de alguna manera a Pfaffrath le pareció como si él, que entonces, cuando los jefes de distrito aún no se habían quedado con todo el poder, era Gobernador Civil de la provincia, hubiera promovido a Kürenberg, y eso le alegraba ahora, porque de ese modo era natural que Kürenberg se acordase con gratitud del padre cuando estrenara y diera a conocer la obra del hijo. Pero

Eva, arriba en su cuarto jaula, escuchaba el paso del vengador.

Expulsado por la puerta giratoria, la mano del portero en guante blanco mano de lacayo mano de verdugo mano de muerte, había dado impulso al carrusel de entrada y salida, con todos mis respetos su seguro servidor siempre a las órdenes del señor una muerte de propina, expulsado por él de la puerta giratoria, Judejahn se sentía arrojado fuera del hotel, expulsado de la seguridad que daban el dinero y el rango, del refugio del poder que estaba tras él, poder prestado esta vez, poder extranjero sin duda, de raza extraña incluso, poder oscuro y oriental, pero aun así poder estatal, con soberanía y bandera..., de pronto, estaba desvalido. Era desde hacía mucho tiempo la primera vez que Judejahn caminaba como un hombre entre hombres, un civil, sin vigilancia, sin protección, sin armas, un recio caballero entrado en años con un traje oscuro. Le confundía que nadie le prestara atención. La gente que pasaba le tocaba, le rozaba, le empujaba, y murmuraba un fugaz y descuidado «perdón». ¿Perdón para Judejahn? Dio unos cuantos pasos a ciegas. Nadie guardaba respetuosa distancia. Judejahn habría regresado al hotel, habría podido llamar a la misión diplomática de su mandatario, y le habrían enviado el coche con el número árabe. No hubiera tenido más que hacer una seña al portero de la casa, el de los guantes blancos, y el servidor habría llamado un taxi con un pequeño y agudo silbato. Entonces... ¡cuán firmes cubrían la carrera aquí! Dos filas de negras figuras. Veinte pistolas, y delante de su automóvil un coche de protección, y detrás otro. Pero él quería ir a pie.

Posiblemente hiciera treinta años que no iba a pie por una ciudad. Cuando Berlín era un infierno ardiente, cuando todo el mundo perseguía a Judejahn, había corrido un trecho, se había arrastrado por el polvo, trepado sobre cadáveres, avanzado cuerpo a tierra en medio de la destrucción, y luego había sido salvado. ¿Cómo? Por azar, o por la Providencia, habría dicho su Führer, fracasado, rociado de gasolina, reducido a cenizas y sin embargo no fracasado él, si no la manifestación secular, ya se mostraba la resurrección en espíritu, la Providencia había salvado a Judejahn y lo había llevado a la tierra prometida no de los judíos, sino de otros hermanos oscuros. Y tampoco allí Judejahn había ido a pie, aunque había marcado el paso en el campo de ejercicios, unos cuantos pasos en el desierto.

Se rehízo, desde luego, un viejo Juan sin miedo, y si tropezaba aquí había una verja para agarrarse. Los barrotes de hierro forjado se alzaban hacia el cielo como lanzas... Una empalizada de poder, riqueza y rechazo. Un gran coche se deslizaba por la gravilla de la entrada. Judejahn se acordó de que también había pasado por aquí, el suelo estaba más bacheado, crujía más, pero había pasado por aquí. Un cartel le indicó que estaba ante la embajada de Estados Unidos. Naturalmente, Judejahn no había visitado a los americanos; no le

habían invitado y ni siquiera estaban aquí cuando él estaba, pero sin duda había estado aquí, y tenía que haber ocurrido algo fascista en este edificio, una gran ópera, y nunca se había intervenido con la suficiente dureza. ¿Qué era el Duce? Un sentimentalismo del Führer. Judejahn detestaba a los meridionales. Los detestaba muy especialmente. Se acercaba a los cafés de la Via Veneto y ahí estaban, no sólo los despreciados meridionales, los de todo el mundo estaban aquí, se sentaban juntos como antaño en la Kurfürstendamm, allí estaban, jugando a la paz en la Tierra y haciéndose arrumacos, los desarraigados, los internacionales, los apátridas, la dorada arena movediza, los habitantes de la ciudad que ahora corrían inquietos y codiciosos por vía aérea, los arrogantes buitres carroñeros surgidos de la disciplina y el orden alemanes. Judejahn oía sobre todo hablar en inglés, los americanos predominaban, eran los herederos de esta guerra, pero Judejahn también oía italiano, francés y otros acentos, a veces alemanes, más raros aquí, ellos se besuqueaban en otra parte. ¡Basura, chusma, judíos y siervos de los judíos! Los insultos salivaban en su boca como verde bilis y embotaban los dientes. No veía uniformes ni insignias en la guerrera, miraba un mundo sin rangos y olvidado del honor, sólo aquí y allá brillaba la chaqueta de mono con charreteras de un empleado del gremio gastronómico. Pero ¿qué formación escarlata se acercaba por el callejón de los saqueadores del mundo, tomaba tempestuosa la rica senda de los holgazanes? ¿Era esa tropa escarlata un símbolo de la fortaleza, un símbolo del poder, era la horda dorada, la joven guardia, la *giovinezza*, que venía a limpiar estas calles? Pero lo que venía fue un engaño y una burla para Judejahn: eran ropas talares, el escarlata ondeaba en torno a las flacas figuras de jóvenes sacerdotes, y la horda roja no desfilaba, recorría su camino en desorden, pero a Judejahn le parecía ahora como si dieran femeninos y vergonzosos saltitos, porque cuando mandaba se le había escapado lo varoniles y firmes que sabían morir los sacerdotes bajo la dictadura, y para su dicha no sospechaba que los de escarlata eran alumnos del seminario germánico..., su visión aún le habría perturbado más. En la Via Veneto reinaba el dinero. Pero, ¿acaso Judejahn no "tenía dinero, no podía superarlos, comprar lo que otros compraban? Delante de un bar había unas sillas amarillas de aspecto extremadamente frágil, eran ridículas, no como construidas para sentarse, parecían un montón de jaulas de canarios a los que parecía que se oía piar, y Judejahn se sintió atraído por ese bar, porque por alguna razón no había clientes en él a esa hora. No se sentó al aire libre, despreció las inseguras sillas, se dirigió hacia el local abierto a la calle, fue a la barra, se apoyó; se sentía cansado, tenía que ser el clima, que le aflojaba, y pidió una cerveza. Un hombre guapo con frac lila le indicó que si quería tomarse la cerveza de pie tenía que sacar un bono en la caja.

Detrás de la caja estaba Laura, sonreía. Su dulce sonrisa era famosa en la calle, y el propietario del bar no la despedía por esa sonrisa, relucía en su local, le daba un brillo de amabilidad y hacía de la caja una fuente de alegría, aunque Laura era tonta y no sabía calcular. ¿Qué importaba? Nadie engañaba a Laura, porque incluso los homosexuales, que pasaban por el establecimiento a horas tardías y las tardes de los domingos, se sentían premiados por su silenciosa sonrisa. También Judejahn estaba impresionado. Pero la inhumanidad le volvía ciego, y no se dio cuenta de que tenía ante él a un ser infantil que daba gratis lo mejor de sí. Pensó: guapa puta. Vio su pelo negro como el charol, un rostro de muñeca animado por una sonrisa, vio la boca roja, las rojas uñas, le apeteció comprarla, y en esa calle de la riqueza había que entrar como comprador si no se quería ser siervo. Pero volvía a sentirse desvalido y torpe, y no sabía cómo comportarse y cómo empezar a hablar, no iba de uniforme, la chica no le temía, no bastaba con una mera seña. Estaba dispuesto a pagar bien, y en liras todas las sumas sonaban inmensas. Pero, ¿debía hablar con ella en alemán? No le entendería. Judejahn no hablaba italiano. Había aprendido un poco de inglés. En vez de cerveza pidió en inglés whisky, un *scotch* grande. Laura le entregó el bono sonriendo sin pensar y señaló sin pensar a Judejahn al hombre guapo de frac lila:

—Un King George grande.

—¿Hielo?

—No.

—¿Soda?

—No.

La conversación fue monosilábica. Judejahn engulló el whisky. Se irritó. Era lo que le faltaba. Ni siquiera podía decirle unas palabras amables a una puta. ¿Sería judía? No era fácil reconocerla en un país güelfo. Volvía a ser el pequeño Gottlieb, el hijo del maestro de escuela; tenía que estudiar, y no iba bien en el instituto. Estaba ahí como antaño había estado, con el traje vuelto de su padre adaptado a su medida, entre sus compañeros más ricos que él, que llevaban blusas de marinero modelo Kiel. ¿Iba a tomarse otro whisky? Los hombres bebían whisky. Los grandes señores ricos bebían mudos su *scotch*, estaban borrachos y perdieron la guerra. Judejahn renunció a un segundo vaso, que se habría bebido gustoso; temía que el hombre guapo detrás de la barra y la bella muchacha de la caja se rieran del silencioso cliente que era. ¿A cuántos de esos silenciosos clientes se les había quitado la risa para siempre? ¡Eso era lo que iba a preguntar un día! Judejahn observó el bar. Pensó: te conseguiré. Y Laura derrochó su dulce sonrisa sobre sus anchas espaldas. Nada le advertía que estaba viendo a un criminal. Pensó, si es que pensó algo, porque pensar le era ajeno, y a cambio cultivaba un meditar vegetativo: padre

de familia en viaje de negocios, no es maricón, cliente de paso que entra casualmente aquí, fanfarronea con sus gafas de sol, se aburría a esta hora, no volverá. Y si volviera, si volviera por ella y ella advirtiera que volvía por ella, no le parecería antipático a pesar de las gafas de sol, porque los homosexuales que venían por las noches la aburrían y le inspiraba confianza en cualquier hombre que oliera a hombre, aunque no tenía nada contra los homosexuales, que le daban de comer.

Judejahn se dirigía ahora hacia la familia que aguardaba, que quería volver a tener a su héroe resucitado de entre los muertos. Echó una mirada al plano que llevaba encima. Se orientó con rapidez, había aprendido a hacerlo; en bosques, en ciénagas y en desiertos no podía extraviarse. Tampoco iba a hacerlo en la jungla de la ciudad. Caminó a lo largo de la Vía di Porta Pinciana, pasó junto a un alto y viejo muro, tras el cual habría probablemente un gran hermoso y sombreado jardín que debía pertenecer a uno de esos ricos aristócratas, uno de los de la claque del rey, que habían traicionado al Duce. El aire estaba caliente y olía a lluvia. Un golpe de viento arremolinó el polvo y excitó a Judejahn como una ducha eléctrica. En la pared del jardín había pasquines pegados. Se convocaba una quinta de jóvenes al servicio militar. Eso sólo podía sentar bien a esos blandengues. El Tío Sam se encargaba de las armas. Pero les hacían falta instructores alemanes. Sin instructores alemanes, cada dólar se gastaba en vano. ¿Es que el Tío Sam ya no sabía contar? Un cartel rojo del Partido Comunista ardía como un farol. Judejahn pensó en la noche del incendio del Reichstag. ¡Eso había sido sublime! ¡Habían empezado! ¡Había comenzado una era! ¡Una era sin Goethe! ¿Qué quería esa comuna ruso-romana? Judejahn no podía leer el texto. ¿Para qué quería leerlo? Era para llevarlos al paredón. Aquí, contra esta pared, había que ponerlos. En Lichterfelde los habían puesto contra la pared. No sólo el frente rojo; otros muy distintos habían ido a parar al paredón. Judejahn había disparado también, para divertirse. ¿Quién decía que los hombres eran hermanos? ¡Los blandengues que querían tener algo! ¿Y cuándo se hizo el pacto con Moscú? En Moscú no eran blandengues. ¿Y si se hubiera negociado entre hermanos fuertes, si se hubiera llegado a un pacto Hitler-Stalin mayor y más amplio? A Judejahn le dolía su pobre cabeza. Posibilidades desperdiciadas, quizá no del todo desperdiciadas, «y el mundo será nuestro», cantado con fuerza en una nueva mañana radiante. El domingo había no sé qué carrera Roma-Nápoles, Nápoles— Roma. Juegos de gladiadores para débiles nerviosos. ¿Cómo se llamaba el combatiente que llevaba puñal y red, cómo el que llevaba espada? Los germanos luchaban en el circo contra animales salvajes. Los germanos eran demasiado buenos, los engañaban. Sobre fondo blanco con una

cruz negra había un decreto eclesiástico. La Iglesia vencía siempre. Los sacerdotes se mantenían astutamente entre bastidores. Dejaban a otros agotarse. Luego, después de las guerras, construían sus partidos. Saqueadores. Jiu-jitsu jesuítico. Billetes verdes. *Olio Sasso*. Todo estaba en el petróleo. ¿Guerra? ¿Movilización? Aún no. Aún no era el momento. Nadie se atrevía. Tan sólo pequeños ejercicios en campos de experimentación, en desiertos, junglas y territorios lejanos. Como antaño en España. En la planta baja de una gran casa de alquiler llamaba la atención un coyote. El coyote era un lobo de las praderas; Judejahn se acordó de Karl May. Aquí, el Coyote era un bar americano. Tenía mucho latón reluciente en la puerta y parecía caro y distinguido. Judejahn tenía dinero, pero no se atrevía a entrar al bar. Judejahn tenía sed, pero no se atrevía a entrar al Coyote. ¿Por qué no se atrevía? El pequeño Gottlieb se lo impedía, y sólo un uniforme sobre el cuerpo superaba al pequeño Gottlieb. Judejahn siguió adelante. Encontró una *fiaschetteria*. Botellas envueltas en paja yacían en montones, el vino mojaba el suelo. Aquí bebía el pueblo. Al pueblo no había que temerlo. Al pueblo se le podía dirigir. Al pueblo se le empleaba. El Führer estaba por encima del pueblo. Judejahn pidió Chianti. Lo engulló. El vino le hizo bien. Pidió un segundo vaso. El vino no le gustaba, pero se sintió fortalecido. Con paso firme, alcanzó la famosa plaza delante de la iglesia de Trinitá dei Monti. La iglesia tenía dos torres puntiagudas. En las escaleras que llevaban a la iglesia había monjas del monasterio del Sacré Coeur. A Judejahn le asqueaban sus largas faldas, sus túnicas, sus cofias. ¡Brujas! A sus pies estaba ahora la escalinata española, estaba Roma, y al fondo se elevaba poderosa la cúpula de San Pedro…, el viejo enemigo. No había sido vencido. Nadie había sido vencido. La partida —por traición— había terminado en tablas; el Führer había tenido todos los triunfos en la mano, unos gnomos se los habían quitado, las órdenes no se ejecutaban… Sólo Judejahn había ejecutado cada orden. Había limpiado la mesa. ¿Había limpiado la mesa en todas partes? Por desgracia, no. En ningún sitio, según parecía. La hidra tenía más de nueve cabezas. Tenía millones de cabezas. Un Judejahn era demasiado poco. Ahora regresaba de la guerra y no era un conquistador, era un mendigo, sin nombre. Tuvo que agarrarse a la barandilla. Sus dedos se aferraron a la piedra que se desmenuzaba. El dolor le revolvió. Roma se borraba ante sus ojos, un mar de piedras que se disolvían, y la cúpula de San Pedro era una burbuja que se mecía en ese mar enfurecido. Un sollozo estremeció a Judejahn. Una anciana y distinguida señora con el cabello empolvado en tonos azules apuntaba con un paraguas sobre la Ciudad Eterna, sobre el gran panorama que ofrecía. La anciana exclamó: «*Isn’t it wonderful*!». La torre izquierda de Trinitá dei Monti tocó con la campana una bendición.

Descendió. Descendió por la escalinata española, descendió por la Italia pintoresca, descendió por el ocio del pueblo, que se sentaba aquí en los escalones, yacía, dormía, jugaba, leía, aprendía, charlaba, disputaba y se abrazaba. Un muchacho ofreció maíz a Judejahn, granos amarillos y tostados. Alargó al extranjero, al bárbaro del Norte el puntiagudo cucurucho, dijo con voz acariciante «*cento lire*», y Judejahn dio una patada al cucurucho, el maíz cayó sobre la escalera, y Judejahn pisoteó los granos. No lo había querido. Era torpe. Le habría gustado golpear al chico.

Atravesó la plaza y llegó jadeante a la Vía Condotti. La acera era estrecha. La gente se apiñaba en la animada calle comercial, se apiñaba delante de los escaparates, se apiñaban los unos contra otros. Judejahn empujaba y era empujado. Se asombró. Se asombró de que nadie le cediera el paso, de que nadie retrocediera ante él. Se asombró de ser también empujado.

Buscó el segundo callejón, buscó el plano... pero, ¿lo buscaba en realidad? Los años al borde del desierto le parecían ahora como un tiempo pasado en narcosis, no había sentido dolor, pero ahora se encontraba mal, notaba dolor y fiebre, sentía los cortes que hacían de su vida un mero resto, sentía los cortes que separaban ese resto de la ancha plenitud de su poder. ¿Qué era él? Era una caricatura de su pasado. ¿Debía resucitar de entre los muertos, o debía seguir siendo un espectro en el desierto, un fantasma en las revistas ilustradas de su patria? Judejahn no temía plantar cara al mundo. ¿Qué quería el mundo de él? Que viniera, que viniera con toda su flojedad, con toda su venalidad, con todos sus sucios antojos de animal de rapiña, ocultos bajo la máscara del hombre decente. El mundo debía estar contento de tener tipos como él. Judejahn no temía ser colgado. Temía vivir. Temía la falta de órdenes en que tenía que vivir; había tenido mucha responsabilidad, cuanto más subía más responsabilidad tenía, y la responsabilidad nunca le había agobiado, pero sus frases «bajo mi responsabilidad», o «yo me hago responsable» se habían convertido en eso, en frases en las que se embriagaba, porque en realidad no había hecho nunca más que obedecer. Judejahn había sido poderoso. Había saboreado el poder, pero para alegrarse del poder necesitaba un límite a su omnipotencia, necesitaba al Führer como encarnación y dios visible del poder, el que daba órdenes que él podía invocar ante el Creador, el hombre y el Diablo: No he hecho más que obedecer, no he hecho más que ejecutar órdenes. ¿Tenía conciencia? No, él sólo tenía miedo. Tenía miedo de que pudieran darse cuenta de que era el pequeño Gottlieb y se había atrevido a creerse grande. Judejahn oía en secreto una voz, no la voz de Dios, y no la percibía como la de la conciencia, era la voz del padre, el maestro de escuela, fina, hambrienta y creyente en el progreso, que susurraba: Eres tonto, no

has hecho tus deberes, eres un mal estudiante, un globo hinchado. Así que estaba bien haberse mantenido siempre a la sombra de otro más grande, haber sido un satélite, el brillante satélite del astro más poderoso, y seguía sin comprender que ese sol, del que había tomado prestada la luz y la licencia para matar, no hubiera sido más que un estafador, también él un mal estudiante, también él un pequeño Gottlieb, pero la herramienta elegida por el Diablo, un mágico globo, una quimera del pueblo, una burbuja que reventó al fin.

Judejahn sintió ansias de llenarse la tripa. Ya en los cuerpos francos había tenido ataques de glotonería y se había comido golpe a golpe los potajes de guisantes de las cocinas de campaña. Ahora, a la entrada del callejón buscado, percibió olor a comida. Una tienda tenía en su escaparate toda clase de platos preparados, y Judejahn entró y pidió estofado de hígado, que en el escaparate llevaba un cartelito que decía «*fritto scelto*», y Judejahn pidió el hígado con esa denominación de «*fritto scelto*», que sin embargo sólo quería decir «a elegir», y porque se confundieron y no le oyeron bien le trajeron pequeños mariscos asados en hojaldre y aceite. Los engulló; le supieron a lombrices asadas, le espantaron. Sentía que su pesado abdomen se disolvía en gusanos, vivió su putrefacción en vida, pero para salir al paso de la extinción siguió engullendo contra todo horror lo que había en el plato. Luego se bebió un cuartillo de vino, también de pie, y pudo seguir su camino unos cuantos pasos más y ahí estaba el hotel preferido por sus compatriotas y por su familia. Coches con la D de Alemania estaban ordenados en filas ante el edificio. Judejahn vio los símbolos de la resurrección alemana, las chapas aerodinámicas del milagro económico alemán. Le imponían. Le atraían. Si entrara, juntara los tacones, graznara: «¡A vuestras órdenes!», le abrirían los brazos. ¿Le abrirían los brazos, lo estrecharían contra su pecho? Algo le repelía también en esos coches lacados. Ascender, seguir viviendo, seguir viviendo bien, con abundancia y éxito después de la guerra total, después del combate total y la total derrota, era y seguía siendo también traición, traición a las intenciones, la visión providencial y el testamento del Führer, era y seguía siendo vergonzosa colaboración con los eternos enemigos occidentales, que necesitaban la sangre alemana, a los soldados alemanes contra los participantes orientales en su traidora victoria. ¿Cómo debía comportarse? Ya estaban encendiendo las luces del hotel. Ventana tras ventana se iluminaban, y detrás de una de ellas estaba Eva, esperando. Después de las cartas, de los enigmáticos giros que hablaban de la decepción que le esperaba, de degeneración y vergüenza, no podía esperar encontrar aquí a Adolf, su hijo. ¿Merecía la pena volver a casa? El desierto aún le estaba abierto. La red de la burguesía alemana aún no había caído sobre el viejo combatiente. Dudando, inseguro, cruzó la puerta, entró al

vestíbulo revestido de maderas, y vio hombres alemanes, su cuñado Friedrich Wilhelm Pfaffrath estaba entre ellos, apenas había cambiado, y los hombres alemanes estaban unos frente a otros a la manera alemana, sostenían sus copas en la mano, jarritas con zumo de cebada alemán, copas con bebidas güelfas, pero también él, Judejahn, se bebía esas bebidas y cosas muy distintas, no se hacen reproches en el extranjero, y esos hombres eran recios, vigorosos, les oía cantar, cantaban *Nuestro Dios es un sólido castillo*, y luego se sintió observado, fue una mirada seria, buscadora, implorante, desesperada, la que le alcanzó…

A Siegfried no le espantó, pero sí le confundió, ver la ancha cama sin hacer, atrajo su mirada, que se esforzaba en vano en no dirigir hacia ella; la ancha cama, el lecho conyugal resultaba imponente en la amplia habitación, era objetivo y desvergonzado, era frío y desvergonzado, estaba abierto, sábanas frías y limpias, y hablaba fría y limpiamente de un uso que nadie quería ocultar, de abrazos de los que nadie se avergonzaba, de un sueño sano y profundo

y de pronto comprendí que los Kürenberg iban por delante de mí, eran el hombre que yo quería ser, eran gente sin pecado, eran el viejo hombre y el hombre nuevo, eran antigüedad y vanguardia, eran precristianos y poscristianos, ciudadanos grecorromanos y viajeros que cruzaban en avión el océano, estaban encerrados en cuerpos, pero en cuerpos limpiamente conocidos e inteligentemente conservados; eran excursionistas que se habían hospedado en un mundo quizá inhóspito y disfrutaban del globo terráqueo.

Kürenberg había apostado por el nomadismo. Recibía en camisa y pantalones de lino blancos, sobre los que se había puesto un delantal de goma, servía en dos mesas que el hotel había puesto en su habitación, y yo me preguntaba cómo se las arreglaba con la dirección, porque tenían que haberle puesto fusibles extra, en las tomas de luz había metido ladrones de tres y cuatro bocas, y los cables iban como serpientes entrelazadas hasta parpadeantes aparatos eléctricos: grills, hornos, radiadores de infrarrojos, ollas de vapor, ollas rápidas, era la más completa cocina portátil, que disfrutaba y que viajaba con él, y aquí preparaba la cena a la que me había invitado, removía, probaba, picaba, especiaba, y tenía un rostro varonil sólido y serio que me hacía bien mirar por su concentrada calma, mientras la señora Kürenberg, después de haberme tendido amablemente la mano a modo de saludo y haber intercambiado conmigo unas cuantas frases, «¿Le gusta Roma? ¿Es la primera vez que viene?», golondrinas de una pequeña conversación, en Vuelo bajo, ponía la mesa, iba y venía, entraba al baño dejando la puerta siempre abierta, lavaba allí las copas, ponía flores en un jarrón y colocaba el vino bajo el agua corriente del lavabo.

Yo no quería estar ocioso. Pregunté a Kürenberg si podía ayudarle, y me puso en las manos una fuente, un rayador y un trozo de parmesano y me pidió que rayara el queso. Al principio el queso se desmenuzaba en trozos duros como piedras, Kürenberg me enseñó cómo había que hacerlo y me preguntó si nunca había ayudado a mi madre en la cocina. Yo dije: «No», y me acordé de la fría y gran cocina de nuestra casa, cuyo suelo enlosado siempre estaba húmedo de tanto fregarlo, y las botas de los mensajeros uniformados y sus amigos de la servidumbre marcaban nueva suciedad en el fondo húmedo y reluciente de las losas, para indignación de nuestro personal, siempre desabrido, febrilmente ruidoso y febrilmente nervioso.

—¿De dónde es usted? —preguntó Kürenberg.

Le mencioné el lugar, e iba a explicarle que nada me unía a él más que el azar del nacimiento cuando advertí que Kürenberg me miraba sorprendido y exclamaba: «Ilse es de la misma ciudad» y ella, que secaba las copas, me dirigía ahora la mirada, pero una mirada que miraba a través de mí, y pensé: está viendo la avenida, la vieja avenida con los cafés y los árboles, que ahora están quemados, donde seguramente habrán reconstruido los cafés, y la gente se sentará al sol, bajo sombrillas quizá, porque los árboles están quemados, o habrán plantado nuevos árboles, álamos de rápido crecimiento, seguro que lo ve igual que lo veo yo, de manera objetiva y sin embargo un poco conmovida; ¿sabrá que los árboles se han quemado? Iba a preguntarle, pero salió, regresó ocupada al baño, y Kürenberg preparó una salsa con el batidor, pero yo me di cuenta de que estaba distraído, perturbado, y luego, después de haber mirado hacia el baño, como si quisiera cerciorarse de que ella no estaba cerca, dijo:

—Estuve en su teatro. Tenían, ustedes una buena orquesta, buenas voces, un hermoso edificio.

—Fue destruido —dije—. Ahora tocan en la fortaleza.

Asintió. La salsa estaba lista. Dijo:

—Había allí un Gobernador Civil que se llamaba Pfaffrath, como usted; ¿es pariente suyo?

Yo dije:

—Es mi padre; pero ahora es el alcalde.

Él se inclinó sobre una olla humeante y exclamó:

—Ilse, rápido, el colador grande.

Y ella trajo del baño el colador, un tenso entramado, tenso como ella, y él vertió el arroz en el colador, corrió con el recipiente lleno de granos humeantes a la bañera, echó agua fría encima, lo sacudió para escurrirlo, dejó el colador con el arroz encima de la olla para que se esponjara y calentara con el vapor y dijo:

—Una receta de Batavia, el arroz se pone a punto pero no se pasa.

Habían recorrido mucho mundo, él había dirigido en todas partes,

y se habían adaptado completamente a esa vida, no tenían casa, un domicilio fijo, tenían maletas, grandes y hermosas maletas y una habitación de hotel aquí o allá y siempre parecida a ésta en la que me encontraba ahora. Y entonces supe que conocía a Kürenberg desde hacía más tiempo de lo que pensaba, lo recordé, naturalmente entonces no era consciente, era un niño, no tenía acceso a los acontecimientos, pero ahora volvía a verlo como si fuera hoy, veía a mi padre acompañando a la puerta a Kürenberg, yo jugaba en el vestíbulo, y cuando mi padre cerró la puerta detrás de Kürenberg vi en su rostro enrojecido que estaba irritado, y me riñó por estar jugando en el vestíbulo, entró a reunirse con mi madre y yo le seguí, porque no sabía dónde ir en la gran casa, y le seguí también por curiosidad, aunque sabía que estaba de mal humor, como la mayoría de las veces en que le pedían ayuda, y no le gustaba conocer gente en nuestra ciudad, porque en aquellos tiempos le pedían ayuda con frecuencia, pero él no pensaba en absoluto apostar por perdidos, no porque les odiara, eso no, no estaba loco, no les quería, cierto, pero ahora temía que lo declararan leproso, leproso, y sobre todo ya temía entonces a tío Judejahn, y le estaba oyendo decir entonces a mi madre: «Nuestro Director General de Música» —siempre se expresaba de forma pomposa, y los títulos le impresionaban— ha venido a verme para pedir la libertad de su suegro, el viejo Aufháuser. Le he aconsejado que piense en su carrera y se divorcie». Y entonces mi padre me vio y me echó furioso de allí, y hoy sé que el viejo Aufháuser había sido detenido entonces por primera vez, fue en la primera y pequeña jornada de boicot a los judíos, pero sólo en el gran día judío se prendió fuego a la tienda de Aufháuser, yo tenía vacaciones en la escuela de dirigentes y vi arder la casa, la primera que veía arder en llamas, y Aufháuser volvía a estar en prisión preventiva, y mi padre sirvió la sopa en la mesa familiar, a veces se comportaba de forma patriarcal, y por los altavoces babeaban Goring y Goebbels, y mi madre dijo: «Da pena todas las cosas hermosas que están quemando», y el viejo Aufháuser volvía a estar en prisión preventiva, y luego yo me ocupé de su biblioteca, que yacía en montones desordenados en el desván de la sede de las Juventudes Hitlerianas, alguien debía de haberla subido hasta allí y luego la había olvidado, Aufháuser era un bibliófilo, y encontré primeras ediciones de los clásicos alemanes y de los románticos, raras ediciones alemanas y latinas de los clásicos grecolatinos, primeras ediciones del Naturalismo, primeras ediciones de los hermanos Mann, las obras de Hofmannsthal, Rilke, George, revistas como *Blatter für die Kunst* y el *Nene Rundschau* en volúmenes encuadernados, la literatura de la Primera Guerra Mundial, los expresionistas hasta Kafka, robé algunas cosas y me las llevé, y lo que quedó allí ardió más adelante, fue destruido por las bombas junto con

la sede de las Juventudes Hitlerianas, y a Aufháuser el preso preventivo lo mataron a golpes... y ella era su hija. ¿Podía mirarla a la cara? ¿Adónde huyen los pensamientos? Los pensamientos se defendían. Me decían: está bien conservada, tiene que tener más de cuarenta, y casi no tiene ni una arruga. Y el pensamiento seguía defendiéndose: los Aufháuser eran ricos, ¿los habrán indemnizado? Y luego: él no se casó con su riqueza, era ya demasiado tarde, él tomó postura contra el Mal. Y después: se aman, se han apoyado el uno al otro, siguen queriéndose. Y fuimos a la mesa, nos sentamos, Kürenberg sirvió los platos, sirvió el vino, y sin duda fue una espléndida cena, tenía que haber elogiado al cocinero, pero no pude, no me supo a nada, o sí..., a ceniza, ceniza sin vida lista para ser aventada, y pensé: ella no ha visto arder la casa de su padre. Y pensé: tampoco ha visto arder nuestras casas. Y pensé: esto ha ocurrido ocurrido ocurrido no se puede cambiar cambiar maldición maldición maldición maldición. Había espinacas en hojas enteras, aliñadas en el más refinado aceite, y encima esparcimos el queso que yo había rallado, y los filetes medían dos dedos de grosor, el cuchillo los cortaba como si fueran mantequilla, y la sangre salía roja de su centro, y el vino estaba fresco y áspero como un manantial fresco, y yo seguía sintiendo la ceniza seca como fieltro en la lengua, no hablamos durante la cena, los Kürenberg se inclinaban sobre sus platos y se alimentaban con seriedad, y yo dije «espléndido» en una ocasión, quizá demasiado titubeante, nadie respondió, y luego hubo un soufflé de frambuesa flambeado, casi tropical y sin embargo con aroma a bosque alemán, y Kürenberg dijo:

—El café que lo traiga el camarero; ninguna preparación supera el concentrado de las máquinas exprés.

Use Kürenberg pidió el café por teléfono; sirvieron coñac, y entonces hablamos de Roma.

Aman la Roma antigua, la clásica, la Roma romana, aman los foros, con su destruida grandeza, aman la vista del atardecer sobre las viejas colinas, sobre los cipreses, los pinos solitarios, aman las columnas absurdas que ya no sujetan nada, los escalones de mármol que no van a ninguna parte, los arcos rotos sobre los abismos llenos de escombros de la victoria convertida en cultura, aman la casa de Augusto y citan a Horacio y a Virgilio, admiran la rotonda de las vestales, y rezan en el templo de la felicidad. Los oigo hablar, instruidos, de nuevos hallazgos, hablar con conocimiento de excavaciones y tesoros museísticos; también yo los amo, amo los viejos dioses, amo la belleza que, largamente oculta en la tierra, vuelve a salir a la luz, amo la medida y la lisa y fría piel de piedra de las viejas figuras, pero aún más amo a Roma, tal como vive, tal como es y se me muestra, amo su cielo, el insondable mar de Júpiter, y

pienso que estamos sumergidos, somos miembros de Viñeta,[4] y arriba, sobre el elemento que nos encierra, surcan sobre rompientes olas barcos jamás vistos por nosotros, y la muerte arroja su red invisible sobre la ciudad, amo las calles, los rincones, las escaleras, los patios silenciosos con urnas, hiedra y lares y las plazas ruidosas con el loco correr de Lambrettas, amo al pueblo por las noches a la puerta de las casas, sus bromas, sus expresivos gestos, sus dotes para la comedia, su conversación que no entiendo, amo las fuentes susurrantes con sus dioses marinos, ninfas y tritones, amo a los niños al borde de la fuente de mármol, esos pequeños, charlatanes y crueles Nerones coronados de laurel, amo la multitud, los roces, los empujones, los gritos, la risa y la vista del Corso, y las obscenas palabras que se susurran a las mujeres al pasar, y amo la rígida y vacía máscara del rostro de mujer que ha dado forma a esa obscenidad, y amo sus respuestas, su vergüenza y su gusto por el lascivo homenaje que se llevan a casa y a sus sueños de mujer enterrados en su verdadero rostro, oculto bajo la máscara callejera, amo los radiantes escaparates de la riqueza, los expositores de las joyerías y los sombreros de pájaro de las modistillas, amo a la pequeña y arrogante comunista de la Piazza delia Rotonda, amo el largo y reluciente *espressobar* con su máquina siseante echando vapor y los hombres delante de ella bebiendo el fuerte, ardiente y amargo café, amo la música de Verdi cuando retumba en el pasaje de la Piazza Colonia desde los altavoces del estudio de televisión y las fachadas de estuco de fin de siglo devuelven su eco, amo la Via Veneto, los cafés de la feria de las vanidades, sus divertidas sillas, sus abigarradas marquesinas, amo a las muchachas de moda, de largas piernas y estrechas caderas, su cabello teñido de rojo fuego, sus pálidos rostros, sus ojos grandes y asombrados, fuego que no puedo alcanzar, amo a los felices, necios y atléticos gigolós que esperan ser contratados por las damas acomodadas, amo a los dignos senadores americanos a los que recibe el Santo Padre y que pueden comprárselo todo, amo a los dulces reyes del automóvil de blancos cabellos que gastan su patrimonio en fomentar la Ciencia, el Arte y la Poesía, amo a los poetas homosexuales que llevan estrechos pantalones de tubo y puntiagudos zapatos de fina suela, que viven de las fundaciones y sacan coquetos sus tintineantes pulseras de plata de las mangas excesivas de sus camisas, amo el viejo y podrido barco piscina anclado en el turbio Tíber ante el Castel Sant'Angelo, y sus rojas bombillas sin pantalla en medio de la noche, amo las pequeñas, hogareñas iglesias surcadas de incienso, acolchadas con arte y joyas, aunque Kürenberg dice que la Roma barroca es decepcionante, amo a los sacerdotes con sus vestiduras negras, rojas, violetas y blancas, el latín de la misa, los seminaristas y el miedo en su rostro, a los viejos canónigos de sotana manchada y hermosa y grasienta teja de monseñor, con su gracioso

cordel rojo y el miedo en su rostro, a las viejas que se arrodillan en los confesionarios y el miedo en su rostro, las pobres manos llenas de surcos de los mendigos ante los portales tallados y forjados de las capillas y su miedo allá donde la yugular tiembla en el cuello, amo al pequeño comerciante de ultramarinos de la calle de los trabajadores que corta las grandes lonchas de mortadela como si fueran hojas de un árbol, amo los mercadillos, los puestos de los fruteros verdes rojos naranjas, las cubas de los pescaderos con los incomprendidos seres del mar y a todos los gatos de Roma, que vagan a lo largo de las paredes

y ellos, dos firmes sombras, habían ido hasta la ventana, la elevada ventana que hasta el terremoto se abría y era como la cancela de una torre, y miraban hacia el foso lleno de luces de la calle, miraban en ella la zona próxima a la estación, a otros albergues en elevadas cajas de piedra, similares al suyo y llenos de peregrinos, los letreros luminosos ardían y atraían, y Roma estaba como siempre dispuesta a ser conquistada, y Kürenberg pensó en la música de Siegfried, que mañana iba a tensar de nuevo, refrescar y comprimir en la corriente de sus sentimientos para esta ciudad, e Ilse estaba a su lado y miraba los techos de los automóviles reptar por el fondo de la calle como un ejército de grandes chinches, veía el relámpago

titilar contenido por un tiempo en su apariencia inofensiva en las varas de contacto de los omnibuses, adivinaba la convención de no ver la Muerte, el general acuerdo de negar el horror, la posesión de los edificios que veía estaba inscrita en el registro de la propiedad, e incluso los romanos, bien familiarizados con los lugares de aniquilado esplendor lleno de escombros, creían en la eternidad de las piedras acumuladas de forma útil precisamente ahora en la vieja Tierra, veía los juegos misteriosos del comercio, también él fundado sobre la locura de la eternidad, la herencia y la seguridad, veía los milagros que se encendían y extinguían de los anuncios, abigarrados reflejos también de su época de infancia, luces de mercurio o velas diabólicas, qué simple había sido para su padre levantar entre su vida de niña y el local de la tienda un muro de libros, música y arte, un bastión engañoso, una suave luz de lámparas extinguida para siempre..., sintió frío, y pensó qué frío era todo. Pensó: es tarde. Y pensó: este joven de mí ciudad escribe sinfonías, y su abuela quizá se sentaba a la espineta o tocaba la flauta, pero su padre ha matado a golpes a mi padre, a mi padre, que coleccionaba libros y gustaba de ir a los conciertos de Brandeburgo. Cogió la mano de Kürenberg, apretó su mano, que estaba fría y por un instante como muerta, en el puño del director, que se notaba cálido, seco, firme y digno de confianza. Kürenberg siguió mirando hacia la calle, y pensó: se puede predecir su futuro. Se había topado con analistas, sociólogos, economistas partidarios de la planificación, científicos nucleares, especialistas en Derecho

Internacional, políticos y relaciones públicas. Eran un gremio infernal. Ese gremio infernal era su público. Venían a sus conciertos. Cerró la ventana y preguntó a Siegfried:

—¿Conoce la frase de san Agustín acerca de la Música, a la que grandes hombres se entregan una vez terminado el trabajo para restablecer sus almas?

Siegfried no conocía la frase. No conocía a san Agustín. Sabía tan poco. Le faltaban tantos conocimientos. Se ruborizó. ¿Son grandes hombres los que yo conozco?, se preguntó Kürenberg. Y si no lo son, ¿dónde están los hombres realmente grandes? ¿Tienen un alma que se pueda restablecer con la música al caer la tarde? ¿Conocía grandes hombres san Agustín? ¿Y le tenían a él, que quizá los consideraba grandes hombres, por un gran hombre? ¡Tantas preguntas! Kürenberg apreciaba el talento de Siegfried. Esperaba de Siegfried la sorpresa, un lenguaje nunca hablado aún. Podía sonar horrible al oído general, que se había quedado por detrás de la rápida marcha de los tiempos; pero traería una buena nueva. Buena nueva para unas pocas personas capaces de oír el nuevo mensaje. ¿Eran esos los grandes hombres de los que hablaba san Agustín? Nos apremia a saber, aunque nos haga desdichados. Kürenberg miró amablemente a Siegfried. Pero dijo con seriedad:

—No sé para quién escribe usted su música. Pero creo que su música tiene una función en el mundo. Quizá la *silbe* la incomprensión. No se deje apartar de su camino. No intente nunca responder a los deseos. Decepcione a los abonados. ¡Pero decepciónelos con su humildad, no con su arrogancia! No le estoy aconsejando que se encierre en la famosa torre de marfil. Por el amor de Dios..., ¡no viva para el Arte! Salga a la calle. ¡Escuche el día! ¡Pero siga solo! Usted tiene la suerte de estar solo. Siga solo en la calle como en un laboratorio cerrado. Experimente. Experimente con todo, con todo el esplendor y toda la suciedad de nuestro mundo, con la humillación y la grandeza..., ¡quizá encuentre la nueva música!

Y Siegfried pensó en las voces, en las voces de la calle, pensó en las voces de la brutalidad, del miedo, del tormento, de la codicia, del amor, de la bondad, de la oración, pensó en el ruido del Mal, en el susurro de la lujuria y el grito del crimen. Y pensó: y mañana me bajará los humos, saldrá a mi encuentro con las leyes de la Armonía y severidad de maestro de escuela, un famoso director de orquesta, un exacto lector de pentagramas, quizá un jardinero que lo poda todo, y yo soy planta silvestre y mala hierba. Y Kürenberg dijo, como si hubiera oído a Siegfried:

—Creo en nuestro trabajo. Dentro de mí hay contradicciones, y hay contradicciones dentro de usted..., eso no se contradice.

Y contradictoria era la vida a la que habían sido arrojados, y ellos

contradecían a su especie.

Judejahn se había sentido observado y se había retirado. Se retiró, con el cráneo anguloso entre los hombros abombados, huida o táctica, como la patrulla en tierra de nadie entre los frentes se retira cuando se cree descubierta, huida o táctica, no se ha disparado un solo tiro, ningún rastro de luz surca la noche, el destino aún espera, pero se retira uno, se retira uno por entre las alambradas y los matorrales, se retira a su propia posición e intuye por un momento que la posición del adversario es inexpugnable. Pero también el asesino, el criminal acosado se oculta entre las sombras, jungla y ciudad, cuando siente la proximidad de los sabuesos, cuando se sabe dentro del campo visual del ojo del policía. El pecador escapa incluso de la visión de Dios; pero el que niega a Dios y no experimenta la gracia de sentirse pecador, ¿adónde huye? ¡Pasando de largo ante Dios, y a qué desierto! Judejahn no sabía quién le observaba. No vio ningún espía. Sólo había un sacerdote en la recepción, los hermanos bullían por Roma, estaba extrañamente petrificado y miraba fijamente igual que Judejahn a través del cristal transparente de la puerta, a la animada sociedad que allí se sentaba, hablaba y bebía. Era una mesa de compañeros, una mesa alemana de compañeros sujeta al Derecho alemán, casual y temporalmente establecida en una latitud meridional, y materialmente nada más que el cristal y la madera de la puerta separaban a Judejahn de su cuñado Friedrich Wilhelm Pfaffrath, pero éste se había quedado sentado, ya fanfarroneara aquí o en casa, en el concejo se había quedado sentado, mientras Judejahn avanzaba valientemente, avanzaba valiente y ciegamente siguiendo la consigna de que Dios había muerto. Había ido más lejos que los ciudadanos en su ayuntamiento, pero eran ellos los que le habían permitido ir tan lejos. Habían autorizado su paseo con la Muerte. Habían invocado la sangre, le habían llamado, le habían alentado, el mundo pertenece a la espada, habían pronunciado discursos, no hay muerte más hermosa que la de la batalla, le habían dado el primer uniforme y se habían inclinado ante el nuevo uniforme que él se había creado, todos habían ensalzado su acción, le habían enseñado como modelo a los niños, habían proclamado «el Reich» y aceptado la muerte y el rayo y el humo de los cadáveres para Alemania, pero ellos se habían quedado en su mesa de compañeros en su vieja cervecería, con las frases germánicas en la lengua charlatana, las frases de su interpretación de Nietzsche en el cerebro, y las frases con las que se embriagaban eran para ellos mismos palabra de dirigente y mito de Rosenberg, mientras para Judejahn habían sido llamamiento a la acción, él había avanzado, el pequeño Gottlieb había querido cambiar el mundo, mira por dónde, era un revolucionario, y sin embargo despreciaba a los

revolucionarios y los hacía azotar y colgar, era tonto, un necio, el pequeño Gottlieb, que adoraba el castigo, el pequeño Gottlieb, que temía los golpes y quería golpear, el impotente y pequeño Gottlieb, que había peregrinado hacia el poder, y cuando había alcanzado el poder y había podido mirarlo a la cara, ¿qué había visto? La Muerte. El poder era la Muerte. La Muerte era la única omnipotente. Judejahn lo había aceptado, no estaba asustado, porque el pequeño Gottlieb siempre había intuido que sólo existía ese poder, la Muerte, y sólo un verdadero ejercicio del poder, sólo uno que crease claridad: matar. No había resurrección. Judejahn había servido a la Muerte. La había abastecido bien. Eso le alejaba de los ciudadanos, de los que soñaban con Italia y de los que viajaban a los campos de batalla; ellos no tenían nada, no tenían nada más que la Nada, se revolcaban en la Nada, ascendían a la Nada, hasta que se perdieran definitivamente en la Nada, se convirtieran en parte de ella, cómo siempre lo habían sido. Pero él, Judejahn, él tenía su Muerte, la agarraba fuerte, y a lo sumo el sacerdote podía intentar robársela. Pero Judejahn no se dejaba robar. También se podía matar a los sacerdotes. ¿Quién era ése de la sotana? Un joven granujiento de rostro falto de sueño, un trozo de lascivia cociéndose bajo la vestimenta femenina. También el sacerdote miraba la reunión del vestíbulo, también a él parecía asquearle. Pero no era un aliado para Judejahn. A Judejahn le asqueaban el sacerdote y los burgueses. Veía que la actitud de los burgueses era inaceptable en este día. Pero el tiempo trabajaba a favor de Judejahn, y quería volver al desierto, ejercitar reclutas para la muerte, y sólo cuando los campos de batalla no fueran para visitarlos, sino para reventarlos, Judejahn volvería a desfilar.

Huyó del hotel. Huyó de la visión de los burgueses, huyó de la visión del sacerdote, huyó del ojo del invisible espía. No era vergonzoso, no era cobarde; era una retirada táctica. Si Judejahn hubiera entrado, si se hubiera dado a conocer, los burgueses se habrían puesto en pie, le habrían jaleado, pero habría sido la veneración a un héroe por una noche, y luego le habrían arrojado encima la red de su burguesía. Detrás de una de aquellas ventanas iluminadas podía estar esperando Eva..., la madre de un héroe, si ese oprobio hubiera muerto en mayo. Pero vivía; y Judejahn se veía sentado con ella en la misma habitación, iba al trabajo que Pfaffrath iba a conseguirle, volvía a casa del trabajo que Pfaffrath le había conseguido, podían comer pavo y beber vino del Rin, para eso llegaría el trabajo del cuñado Pfaffrath, y el día del cumpleaños del Führer y el nueve de noviembre Eva se pondría el broche, si es que no se lo habían robado, los soldados de ocupación eran cazadores de valores y recuerdos, Judejahn lo sabía, el broche con la cruz gamada en oro, el regalo del Führer, y ella le miraría de hito en hito cuando por la radio

dieran las noticias, cuando hablara Heuss, cuando hablara Adenauer, cuando de la casa del vecino saliera música negra americana, le miraría y pensaría: vives vives vives. Y él viviría y pensaría en el desierto, en el desierto desde el que había que conquistar Alemania. Entró en un local en alguna parte de su camino, que ahora no tenía destino alguno, penetró en los olores a aceite, hojaldre y mar, se puso a la cola del buffet, habría querido engullirlo todo, un hambre enloquecida lo atormentaba. Allí había gruesas judías blancas, un plato alemán, un plato de niños de colegio, lo señaló, pero las judías estaban frías, no eran un plato alemán, resbalaban en aceite, nadaban en vinagre, y además sabían a pescado, porque lo que había creído carne en su plato era un pescado aceitoso, pero lo engulló todo y detrás una pasta, espagueti, ahora completamente italianos, la salsa de tomate se le pegó blanda y grasienta a la boca, un beso güelfo, los espagueti colgaban de sus labios, no le habían dado un cuchillo para cortarlos, ahora sorbía como una vaca las largas hierbas, y sólo otro medio litro de Chianti purificó a Judejahn y volvió a convertirlo en un hombre. Eso creía él.

El hombre alcanzó por entre un dédalo de callejones la Piazza S. Silvestre. Vio el letrero luminoso de la Telefónica. Eso le convenía. Entró en el edificio, vio las cabinas con los teléfonos, no sabía manejarlos, escribió en una nota el nombre del hotel de Pfaffrath y se la entregó a la funcionaría del mostrador, que buscó por él el número en la guía y le vendió una ficha; se metió en la cabina, marcó los números en el disco, escuchó gritar «*pronto*», habló en alemán al auricular, pidió que se pusiera Pfaffrath, escuchó en su oído crujidos, susurros y pasos, y luego Pfaffrath estaba allí, en la línea, se anunciaba con corrección oficial y conciencia de su dignidad: «Aquí el alcalde Pfaffrath, con quién hablo», y a Judejahn le habría gustado gritarle «hijo de puta», o recitar sus títulos, los militares y los del partido, o incluso los extravagantes y floridos orientales que ostentaba ahora, anunciarse como gran eunuco, como cubridor del harén, terror del desierto, o piar «soy Gottlieb», y enseguida se hizo tan pequeño, el pequeño Gottlieb, que ya no alcanzaba el aparato, así que sólo dijo «Judejahn», pero enfatizó el sencillo apellido de tal modo que el poder, la violencia y la muerte vibraron en el hilo. Entonces Pfaffrath carraspeó, carraspeó de alcalde a cuñado, probablemente superó también un poco de terror y espanto ante la voz del amado y temido muerto, del orgullo de la familia y el temor de la familia, según, al que esperaba como resucitado, necesitó sin duda algo de tiempo para volver a encontrar el valor con el que ahora quería dirigirse a Judejahn, y dijo excitado: «Dónde estás, te estamos esperando», y Judejahn aseguró majestuoso tener mucho que hacer y poco tiempo, y le citó para el día siguiente en su hotel, el gran y espléndido palacio

en la Via Veneto, debían ver a Judejahn en todo su esplendor, y le dijo el nombre falso, el nombre supuesto que llevaba en el pasaporte, le ordenó en la estrecha cabina, en cuyas paredes había sin duda obscenidades en lengua italiana como en todas las cabinas, y Judejahn pensó si en casa habría vuelto a escribir «despierta» en las letrinas, le ordenó «repite el nombre», y el alcalde mayor Friedrich Wilhelm Pfaffrath repitió obediente el nombre falso, la falsedad documental... Ya no volvería a presentarse ante Judejahn en actitud de protector, estaría firmes, y la escapada de Judejahn de la casa favorita de los alemanes no había sido una huida, la escapada había sido una elevada y acreditada táctica.

Y el hombre volvió a sentirse arriba, volvía a ser dueño de su destino. Un vencedor dejó la Telefónica. Quería recorrer la Piazza S. Silvestre, quería conquistar Roma, y entonces se oyó un chisporroteo y un crujido, y el ruido fue como de guerra y de batalla, algo se desplomaba y se quebraba, y se alzó un rugido de espanto y un griterío de muerte; un edificio nuevo se había caído, sus cimientos estaban mal calculados, de una nube de polvo salían vigas retorcidas, los hombres corrían, perdida la cabeza, y Judejahn ordenó «acordonen, atrás, acordonen», quería llevar disciplina a la muerte, pero nadie escuchaba su grito alemán, nadie le entendía, y entonces se oyeron sirenas y campanas, llegó la policía, las ambulancias y los bomberos, y de la iglesia de la plaza salió un sacerdote, todos se entremezclaron, y Judejahn se dio cuenta de que era un extranjero y molestaba aquí y obstaculizaba, o en el mejor de los casos no se le prestaba atención, y se echó a un lado, se apartó de la multitud, y entonces se le ocurrió que en el colegio, en el odiado instituto, había aprendido que los romanos creían en los presagios, y éste era un mal signo. Una mujer aullaba estridente. ¿Tenía familiares bajo los escombros? Las víctimas que Judejahn entregaba a la Muerte nunca habían llorado. Era curioso, él nunca las había oído llorar.

Así que se marchó, se internó en el Corso, un largo intestino lleno de coches y hombres. Como microbios, como larvas, como el metabolismo y la digestión, se extendía el intestino delgado de la ciudad. El torbellino del tráfico llevaba a Judejahn hacia la derecha, en dirección a la Piazza del Popolo, pero sentía que se movía hacia el extremo equivocado, y se afirmó contra la corriente, fue empujado y apretujado, pero se volvió, miró atrás y lo vio relucir blanco y dorado e iluminado por focos, y ahora supo que había pasado por allí, con el coche de protección delante, una escolta de motoristas a ambos lados, y muchos coches tras él con alemanes e italianos, con los jefes de los departamentos, con los dignatarios del partido y de los cuerpos del ejército. Se impulsó hacia delante, retrocediendo, había perdido la dirección y el tiempo, el presente se convertía en pasado, pero tenía a

la vista el objetivo, las escaleras de mármol, el coloso de piedra, el blanco monumento de la Piazza Venezia, el monumento nacional a Victor Manuel II, que Judejahn por alguna confusión, por una falsa explicación, tomaba por el Capitolio, y al mismo tiempo por una construcción mussoliniana, un monumento erigido por el Duce para honrar la Historia, para coronar los viejos yacimientos, y éste era el anuncio, radiante en blanco y oro, de la resurrección del imperio. Hacia allí había ido. Hacia allí iba. Aquí a la derecha estaba el palacio del Duce. ¿No había guardias? No había guardias. El muro se alzaba, de un amarillo sucio, a la sombra de la noche. No había nadie delante de la puerta. Ninguna ventana estaba iluminada. Por aquí había pasado. Un viejo visitante regresaba. Llama, llama..., el dueño de la casa está muerto. Sus herederos no te conocen..., búscalos entre la gente atareada del Corso. Sí, con el Duce había caminado por esta plaza, a su lado había ido Judejahn a depositar la corona de flores del Führer en el monumento al soldado desconocido. Allí estaban aún los guardias, con las piernas abiertas, firmes y rígidos. No había nada que objetar a su pose. Pero Judejahn no sentía nada..., ni reverencia, ni orgullo, ni tristeza, ni movimiento. Era como un devoto que no siente nada en la iglesia. Va a rezar y Dios no está allí. Va a arrodillarse y piensa: el suelo está frío y sucio. Ve a la virgen y piensa: esto es madera y un poco de pintura, y dentro hay gusanos. El pueblo no jaleaba. No resonaba ningún viva, ninguna canción. Las motos pasaban de largo traqueteando. No había aparecido ningún fotógrafo para sumergir a Judejahn en la luz de los flashes. Unos cuantos caballos cansados enganchados a coches de paseo miraban hacia él desde la rotonda. ¿Era un fantasma? Subió los escalones de mármol. Ahora tenía tras de sí la fila de columnas del pomposo templo, cuya erección atribuía erróneamente a Mussolini, y su blanco esplendor le recordaba algo, le recordaba una tarta en el escaparate del pastelero Süfke, una tarta que el pequeño Gottlieb había admirado y jamás conseguido, y delante de él estaba el negro trasero del caballo del rey, Judejahn no sabía qué rey de hierro era ése, y además le era indiferente, porque no le gustaban los reyes de Italia, a los que desde su infancia, inducido por las caricaturas de la Primera Guerra Mundial, se imaginaba con paraguas en vez de con un sable en el puño, pero ahora que estaba allí, él o el pequeño Gottlieb, sentía grandeza, pensaba en el Duce, que había construido todo esto y al que habían profanado, y sentía la grandeza de la Historia, a la que se alzaban monumentos y tras la cual siempre estaba la muerte como última consagración. Mucha luz se expandía en torno a Judejahn. Roma resplandecía. Pero a él le parecía una ciudad muerta, lista para retirar de la mesa, el Duce había sido profanado, la Historia había abandonado a Roma y con ella la muerte gloriosa. Ahora la gente

vivía aquí, se atrevía simplemente a vivir, vivían para sus negocios, vivían para su placer... ¿Había algo peor que eso? Judejahn miró la ciudad. Le pareció más muerta que muerta.

Entrada la noche, la Via del Lavatore es una calle muerta. El mercado se ha llevado sus puestos, y las persianas bajas de las pequeñas tiendas de comestibles, grises y verdes por la edad, hacen la fachada de las casas ciegas como las cataratas o el glaucoma el ojo cansado por la edad. En los callejones laterales, los oscuros fondos de saco, están las sencillas tabernas del pueblo, se vive aquí en casas de muchos pisos, en estrechas y altas habitaciones. Se sientan en bancos y taburetes, a mesas sin manteles teñidas de restos y manchas, piden medio litro de vino tinto o blanco, *dolce* o *secco*, y el que quiere comer se trae la comida, envuelta en papel o en cacerolas, y la extiende sin complejos sobre la mesa. Raras veces encuentran los extraños el camino hasta este rincón. Pero Siegfried está sentado al aire libre delante de una de esas tabernas, a la pálida y artificial luz lunar de la blanca farola esférica. Un hombre se atarea en una mesa. Prepara una ensalada con una cebolla. A Siegfried no le gusta el sabor de esa hortaliza, pero el hombre pela y corta con tal alegría el bulbo todavía verde, aliña tan cuidadosamente las rodajas con aceite y vinagre y pimienta y sal, corta con tal devoción su pan seco, que Siegfried no puede por menos que desearle *buon appetito*. Al hombre le alegra el interés de Siegfried, y le invita a probar su vino. A Siegfried le repugna el vaso del hombre, cuya boca llena de cebolla ya ha manchado el borde de aceite y éter, pero supera el asco y prueba el vino. Luego, Siegfried ofrece al hombre probar el suyo. Beben y hablan. Es decir, el hombre habla. Pronuncia largas frases bellamente construidas e intrincadas, cuyo sentido Siegfried, que sólo chapurrea unas pocas fórmulas de diccionario, no comprende. Pero precisamente porque no entiende al hombre gusta de charlar con él. Por un instante Siegfried está contento, y ambos se sientan juntos como dos viejos amigos, de los que uno tiene mucho que contar mientras el otro escucha o no escucha y quizá oye amable y agradecido una voz fantasmal que tampoco entiende, pero cree comprender durante un rato. Cuando el hombre se ha comido la cebolla, moja con el resto del pan el último aceite de la fuente. El pan empapado se lo da a la gata, que lleva largo tiempo observándole implorante. La gata lo agradece y se marcha con el pan hacia la puerta; allí tiene sus cachorros. Siegfried desea *felice notte*. Se inclina. Desea buenas noches al hombre, a la taberna, a la gata y a sus cachorros. Quizá se desee buenas noches también a sí mismo. Está contento, a esta hora de la noche. Entra en la taberna para comprar un *fiasco*. Quizá no pueda dormir. Es bueno, cuando no se puede dormir, tener un poco de vino en casa. A Siegfried

le gustaría comprar una segunda botella de vino. Le gustaría regalársela al hombre con el que ha hablado. Siegfried cree que ese hombre es pobre. Quizá el vino le guste. Pero teme ofenderle, porque es pobre. No compra la segunda botella. Al salir, vuelve a inclinarse ante los comensales. Otra vez *felice notte*. ¿Ha actuado bien? ¿Por qué se ha avergonzado de su amable ocurrencia? No lo sabe. Vuelve a dudar. Es difícil hacer lo correcto. Y ya no está alegre. Ya no está contento.

Los pasos de Siegfried resuenan en el silencio nocturno de la Via del Lavatore. Su sombra le precede, su sombra se refugia en él, su sombra le persigue. Y ya asalta a Siegfried el ruido y la embriaguez de la plaza de la Fontana di Trevi. Los grupos de extranjeros están al borde de la fuente mágica y hablan en muchas lenguas, como antaño en Babel. Las agencias de viajes trabajan, y hacen en plena noche su curso rápido de Historia de la cultura y etnografía. Los fotógrafos hacen relampaguear sus flashes: también yo estuve en Roma. La juventud romana falta de sueño se inclina sobre la pila de la Fontana y pesca con largos palos el dinero que los extranjeros tiran frívola o supersticiosamente, o por pura diversión. La guía de viajes dice que se vuelve a Roma si se ha tirado dinero a la fuente. ¿Volverá el extranjero, volverá, teme morir en la patria carente de alegría, quiere ser enterrado en Roma? Siegfried querría volver, querría quedarse, no va a quedarse, no tira dinero a la fuente. No querría morir. No querría morir en casa. ¿Querría ser enterrado aquí? Junto a la fuente está su hotel. La vieja fachada se refleja, estrecha e inclinada, en el agua. Siegfried entra. Cruza la cancela. Sólo el anciano detrás de la cancela estaba helado. Estaba helado en su mostrador, delante de la tabla de las llaves, junto a la escalera expuesta a las corrientes de aire. Llevaba zapatos de fieltro debido al frío del suelo de piedra, llevaba el abrigo echado sobre los hombros, a la manera de los guerreros cansados, y cubría su pequeño y pelado cráneo, a la antigua usanza de los profesores, con un negro sombrero flexible de ala ancha; parecía un emigrante, un político liberal en el exilio de una época liberal, pero sólo era el administrador de este pequeño hotel, había nacido austríaco y moriría italiano, pronto, en pocos años, y le era indiferente morir austríaco o italiano. A veces charlábamos, y ahora, cuando volví, me recibió solícito:

—Le está esperando un sacerdote.

—¿Un sacerdote? —pregunté.

Y él dijo:

—Sí, le espera en su habitación.

Y yo pensé: tiene que ser un error, y es extraño a esta hora. Subí la escalera, la escalera de la vieja casa, los escalones de piedra se habían desgastado hasta convertirse en pequeñas hondonadas, los

muros se inclinaban, el suelo de mi piso colgaba oblicuo, subí como por una montaña y alcancé la puerta, que cerraba mal, de mi cuarto. Ninguna luz salía por las anchas grietas de la desvencijada madera, y una vez más pensé: un error. Abrí la puerta, y entonces lo vi de pie junto a la ventana, una alta y negra sombra, realmente un sacerdote, a. la luz de los focos que fuera seguían iluminando la Fontana di Trevi, sus exuberantes seres fabulosos, su barroco Olimpo de carne y sus aguas en constante fluir, susurrando y adormeciendo como el batir de las olas. Era alto y parecía delgado. Su rostro era pálido, pero quizá se debía al barniz del rayo de los focos. Encendí la luz de la habitación, la bombilla sin pantalla que colgaba sobre la ancha cama, el *letto grande* del establecimiento, el *letto matrimoniale*, el lecho conyugal que me habían alquilado, para mí solo, y en el que deseaba tumbarme desnudo, sin nada, casto o no casto, solo, y la desnuda bombilla sin nada sobre mí, sola o rodeada de moscas, y el susurro de la fuente y la babel de voces de todas las tierras de Dios, así se dice, y él, el sacerdote, se volvió hacia mí con un contenido gesto de saludo que no terminó, levantó y abrió los brazos, un movimiento que, como llevaba la sotana, hacía pensar en un orador en el púlpito, y enseguida volvió a bajarlos, como si dudara o se avergonzara del gesto, y sus manos se escondieron como dos tímidos animales rojizos en los pliegues de su negra vestimenta. Exclamó: «¡Siegfried!». Y luego habló apresurada, atropelladamente:

—He encontrado tu dirección, perdona. No quiero molestarte. Seguro que te molesto, es mejor que me vaya enseguida si te molesto.

Era Adolf el que, alto y delgado, confuso y vestido de clérigo, estaba ante mí, Adolf Judejahn, el hijo de mi antaño tan poderoso y terrible tío, y vi a Adolf como lo había visto por última vez, en Ordensburg, bajito, era más joven que yo, un pequeño y pobre soldado con el uniforme de la escuela de dirigentes, pequeño en sus largos pantalones militares negros con vivos rojos, pequeño en la guerrera parda del partido, pequeño bajo la gorrilla negra que llevaba oblicua en el pelo corto peinado a raya conforme a las normas, también yo había ido así, y había odiado tener que vestirme como los soldados o los jerarcas del partido, y quizá él también había odiado esa ropa, pero yo no lo sabía, no le había preguntado si odiaba Ordensburg, el servicio, los soldados y a los jerarcas del partido, pensaba en tío Judejahn y no confiaba en Adolf, me aparté de su camino y pensé incluso que, como mi hermano Dietrich, gustaba del uniforme o sacaba de él sus ventajas y se abría paso hacia ciertos puestos, y por eso me divirtió verlo en ropas de sacerdote, y pensé vaya unos disfraces que llevamos, tristes payasos en moderada pose de confusión. Lo vi de pie, y dije:

—Pero siéntate.

Y le empujé la miserable y temblona silla del establecimiento, retiré de la plancha de mármol de la cómoda libros, revistas y pentagramas, saqué el sacacorchos del cajón, abrí el vino que había traído y lavé en el lavabo el vaso de limpiarse los dientes. Pensé: Judejahn ha desaparecido, a Judejahn lo han pescado, Judejahn está muerto. Y pensé: lástima que tío Judejahn no pueda ver a su hijo; lástima que no pueda verlo conmigo, en esta silla temblorosa; lástima, porque creo que habría reventado, y todavía hoy me gustaría verlo reventar. ¿No exagero? ¿No le doy demasiada importancia? Serví el vino y dije:

—Bebe primero. Tenemos que beber de un mismo vaso. No tengo más que uno.

Y él dijo:

—No bebo.

Y yo:

—Como sacerdote podrás beber un poco de vino. No es ningún pecado.

Y él:

—No es pecado. Te lo agradezco. No me apetece. —Y al cabo de un rato dijo—: Aún no soy sacerdote. No tengo más que el diaconado.

Bebí el vino, volví a llenar el vaso y me lo llevé a la ancha cama. Me tumbé en la ancha cama, y fue como si quisiera indicar que vivía de forma no casta, cosa que en este cuarto no ocurría, y tampoco sé lo que no es casto, o lo sé, pero no quiero saberlo, y me recliné, me apoyé en la almohada y le pregunté:

—¿Cuál es la diferencia?

Y él dijo:

—Puedo bautizar. —Y luego, como si hubiera reflexionado, dijo —: Aún no puedo celebrar misa. No tengo poder de absolución. No puedo perdonar los pecados. Sólo cuando el obispo me haya ordenado sacerdote podré perdonar los pecados.

Yo dije:

—Entonces tendrás mucho que hacer.

Y me enfadé por haberlo dicho. Era necio y sin gracia y malvado, y en realidad me gustan los curas. Me gustan los curas que no conozco. Me gustan los curas que veo sin conocerlos. Me gustan los curas de lejos, me gustan a una distancia segura. Me gustan los curas que hablan en latín, porque no los entiendo. No los entiendo, pero su lenguaje latino me gusta, y me gusta oírlos. Si pudiera entenderlos, seguro que me gustaría menos oírlos. Quizá los entiendo, pero sólo un poco. Quizá me imagino que los entiendo un poco, y me gustan porque, en sentido estricto, no los entiendo. Quizá incluso los entiendo mal, pero entonces me gusta entenderlos mal, y estará bien que los entienda mal, porque si tienen razón y hay Dios, Dios me dirá lo que

es correcto con su propia boca, aunque la boca de sus servidores diga frases completamente distintas de las que entiendo. Si pudiera entender las palabras de los curas tal como los curas las dicen ya no me gustarían. Seguro que también los curas son necios y egotistas y testarudos. Invocan a Dios para mandar. Judejahn invocaba, cuando mandaba, a Hitler y a la Providencia. ¿Y Adolf? ¿A quién invocaría? Le miré. Me miró. Callamos. Los extranjeros, que no eran peregrinos, hablaban a la manera de Babel. El agua susurraba perecedera. Eso era fuera. Aquí zumbaban moscas. Moscas zumbaban aquí. Sucias moscas.

En el sótano podían anidar ratas, pero atrajo a Judejahn, le atrajo de la ancha y aburrida Via Nazionale a este sótano, bajando los húmedos y sucios peldaños de piedra, el ansia de comer le impulsaba, la sed le impulsaba, una placa, «Cocina alemana», atraía, una placa, «Cerveza estilo Pilsen», el hombre era alemán, alemana la comida, Pilsen era una ciudad alemana, no la habían defendido lo bastante, Pilsen era una ciudad checa, se había perdido por traición, las fábricas Skoda eran importantes para la guerra, la cerveza era importante para la guerra, los patíbulos eran importantes para la guerra, conspiración, subhumanidad, ratas, emigrantes, peligro advertido y depurado por la oficina principal de seguridad del Reich, el camarada Heydrich había intervenido, el camarada Heydrich estaba muerto, era sangre de su sangre, era su imagen en el espejo… Judejahn vivía. Siempre el mismo reproche. Era Eva la que pensaba el reproche en él. Y él pensaba: ¿por qué vive ella, por qué ha sobrevivido? Pensar no era lo suyo. Eran arenas movedizas, territorio prohibido y peligroso. Los literatos pensaban. Los bolcheviques de la cultura pensaban. Los judíos pensaban. La pistola pensaba más agudo. Judejahn no llevaba ningún arma encima. Se sentía indefenso. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué no iba bien vestido, equipado con un buen pasaporte, abundantemente provisto de dinero, a un buen restaurante, se llenaba la panza hasta el punto de vómito, se la llenaba como volvían a llenársela los judíos, se la llenaba con hígado de oca, con mayonesas, con tiernos capones cebados, e iba luego a un *dancing*, bien vestido, provisto de dinero, bebía hasta los topes y pescaba algo para la noche, bien vestido, bien provisto, lujurioso como los judíos, podía competir, podía exigir, por qué no lo hacía? Embutirse de comer, beber, fornicar, ésa era la manera de los lansquenetes, así decía la canción de los lansquenetes, la habían cantado en los cuerpos francos, la habían cantado en Rossbach junto al fuego del campamento, había retumbado en el campamento del ejército negro, en el bosque de Feme, Judejahn era un lansquenete, era el último lansquenete que quedaba, silbaba la canción en el desierto, quería comer, beber, fornicar, le apetecía, los testículos le pellizcaban de inquietud, ¿por qué no cogía lo que quería tener, por qué las tabernas en las que había que estar de pie, por qué

este sótano? Le atraía. Era un día bochornoso. Había parálisis en el aire viejo de esta ciudad, parálisis y fatalidad. Era como si ya nadie pudiera follar en esta ciudad. Era como si los curas de la ciudad le hubieran cortado los huevos. Bajó, cerveza de Pilsen, descendió al inframundo, ratas checas, barriles de Pilsener, le recibió un sótano de piedra, grande, abovedado, unas cuantas mesas, unas cuantas sillas, detrás una barra, grifos de cerveza oxidados, espuma de cerveza como vomitada sobre el estaño. Dos hombres se sentaban a una mesa. Jugaban a las cartas. Miraron a Judejahn. Sonrieron. No era una buena sonrisa. Le saludaron:

—¡Usted no es de aquí!

Hablaban alemán. Se sentó.

—Vaya, vaya —dijo uno.

El camarero acudió. Judejahn dijo:

—Una Pils —los hombres sonrieron. Judejahn dijo—: Una ronda.

Los hombres sonrieron. Hablaron en italiano con el camarero. Eran malas lenguas. El camarero sonrió. Los hombres llamaron «camarada» a Judejahn. Uno dijo del otro: «Este es mi colega». Judejahn se sentía atraído. Conocía esa especie: carne de horca, perdidos. Sus rostros eran como los rostros de personas que hubieran muerto de una enfermedad repugnante. Llegó la cerveza. Tenía un sabor penetrante. Sabía cómo una limonada mezclada con veneno, pero estaba fría. Los vasos estaban cubiertos de vaho. Los hombres alzaron los helados vasos con la cerveza que sabía a veneno en dirección a Judejahn. Conocían los usos estudiantiles. Bajo la mesa, juntaron las rodillas y los tacones, y también el culo. Judejahn les imitó. Siempre había mantenido los usos. El camarero sirvió comida, seguramente los hombres la habían pedido. Cebollas tostadas chisporroteaban sobre grandes filetes trinchados. Comieron. Comieron hasta hartarse. Las cebollas gustaron a los hombres. Las cebollas gustaron a Judejahn. Hicieron amistad.

—Sabe cómo en casa —dijo uno.

—¡Tonterías! —dijo el otro—. Como en Barras. Yo sólo he comido bien en Barras.

—¿En qué unidad? —preguntó Judejahn.

Sonrieron.

—Quítate las gafas —dijeron—. Tú tampoco naciste ayer.

Judejahn se quitó las gafas. Los miró a ambos. Eran sus auténticos hijos. Le habría gustado entrenarlos. Entrenados, serían utilizables. Pensó: unos mierdas con muchas horas de vuelo.

—¿No te conozco? —preguntó uno—. Seguro que te he visto alguna vez. Bueno, no importa.

¿Qué importaba nada? Mencionaron una formación. Judejahn conocía bien esa formación, una tropa de tipos de mala fama, una

asociación de mal nombre, los héroes iban donde el ejército no llegaba. Estos habían matado a muchos. Habían estado a las órdenes de Judejahn. Habían resuelto cuestiones de población para el Führer. Habían cometido genocidios. Judejahn preguntó por su comandante, un tipo listo, una bestia útil. Le sonrieron. Uno dibujó un lazo en el aire y tiró de él.

—En Varsovia —dijo el otro.

¿No había sido conquistada Varsovia, no había sido conquistado París, no había sido ocupada Roma?

—¿Qué hacéis? —preguntó Judejahn. —Oh, andamos viajando —dijeron.

—¿Cuánto tiempo ya?

—Mucho.

—¿Desde dónde?

—Viena.

No eran germanos, eran raza mezclada oriental, SS austríacos, habían andado por todos sitios. Judejahn los contempló como la cobra contempla al sapo, y ellos le tomaron por el gran sapo buey. Pero él los veía también con la benevolencia y el cálculo del criador de serpientes, la benevolencia y el cálculo del dueño del terrario que suministra los bichos a los laboratorios para darles venenos y hacerles la vivisección. Judejahn enviaba hombres y muchachos al laboratorio apestoso y sangriento de la Historia, los enviaba al centro experimental de la Muerte. ¿Debía darse a conocer? ¿Debía contratarlos para el desierto? No temía mencionar su nombre; pero después de haber comido y bebido con ellos su rango le impedía darse a conocer. El asesino jefe no se sentaba a la mesa con los peones; eso contravenía las costumbres del casino. Dijeron:

—Tenemos un coche.

Llamaban a eso «organizar». Habían aprendido a organizar. Seguían organizando. Judejahn pagó la cuenta. Le divirtió que pensaran que iba a pagar el pato. Judejahn nunca pagaba el pato. Llevaba distintos billetes en su cartera, y no se las arreglaba bien con los grandes billetes arrugados, con las cifras hinchadas de una divisa corrompida por la guerra. La guerra, eso era Judejahn; y era como si él hubiera ayudado a devaluar el dinero y a hinchar las cifras; le satisfacía y le asqueaba. Los hombres ayudaron a Judejahn a distinguir el valor de los billetes; también organizaban en tráfico de divisas; podían hacer desaparecer dinero, cambiar dólares por billetes falsos. Judejahn despreciaba el dinero y necesitaba mucho. Y prestaba atención a que no le robaran. El pequeño Gottlieb siempre había admirado a los ricos, siempre los había odiado. A Judejahn le gustaba vivir como los ricos, pero no respetaba su vida. Había intentado superarlos. Los ricos eran tontos. Habían tomado a Judejahn por un

lacayo que se ocupaba de sus asuntos. Pero el lacayo se convirtió en su carcelero y los mantuvo presos. Al final, también esos presos se le habían escapado a Judejahn. Los ricos volvían a ser ricos. Volvían a ser libres. Volvían a ser listos. El pequeño Gottlieb volvía a estar en un rincón, admirando y odiando. A veces caía un trozo de tarta para él. Las constelaciones no eran desfavorables a Judejahn. Wallenstein creía en las estrellas. Marte, Mercurio y Clío se alojan en ratoneras. Agotados desanimados disputadores envidiosos codiciosos ansiosos y eternamente lujuriosos, no cesan de copular entre sí. La prensa reseña sus abortos. Judejahn salió con los germanos orientales, salió con los hombres de cara de cadáver, sonrientes, salió con los muy empleables organizadores, los vaya-vaya de la marca oriental, los hermanos de espíritu y compañeros de fatigas del sótano de Pilsen. Camaradas, ratas. Ratas subieron las escaleras del sótano.

Estaba agotado, y volví a ofrecerle vino, y volvió a rechazar el vino, y pensé si estaría así de agotado si hubiera confesado con sus superiores. Yo no era su confesor, y no podía perdonarle nada. Yo no veía sus pecados. Yo sólo veía la vida, y la vida no se le podía perdonar a nadie. Tampoco podía darle consejos. ¿Quién puede dar consejos? No me decía nada, y me decía tanto que exclamó:

—¡Pero es que es mi madre, es mi padre!

Y así me enteré de que estaban en Roma, mis padres, mi hermano Dietrich, tía y tío Judejahn, también él, vivía, y Adolf estaba sentado delante de mí, aunque no del todo, según percibía, porque mediante su vestimenta de cura se había separado de nosotros, se había liberado, yo no quería saber a qué precio, como también yo me había liberado de ellos y no quería saber el precio. ¿Adónde huir, ahora que estaban aquí, que me perseguían, porque Adolf les había seguido, o a ella, su madre, a la que me describía en tonos espantosos? Y cuando me decía «es mi padre, es mi madre», yo no quería oírlo. Ya no quería. Me había liberado. Me sentía libre. Me creía liberado y quería seguir siendo libre… y no era cristiano. Quiero decir que no era ningún cristiano como el tío Judejahn, no era enemigo del cristianismo, simplemente no iba a la iglesia, o iba mucho a las iglesias, pero no a misa, o iba incluso a misas, pero no a las que en ellas celebraban. En cambio, si él era cristiano y sacerdote, para él sólo existía la frase: dejarás a tu padre y a tu madre… ¿y acaso no los había dejado?

Apoyó el rostro en las manos. Me había contado el fin de la escuela de la orden, el final del castillo educativo nacionalsocialista en el que nos cocían, del que querían sacar su descendencia de líderes. Lanzábamos granadas de mano, granadas de ejercicios que explotaban en la pradera del colegio con una detonación aguda y una llamita puntiaguda, y luego les habían puesto en el cinturón granadas

auténticas, pero no había bastantes para todos los niños, y se aceptaron viejas granadas capturadas de origen griego que habían dejado de ser fiables, y a un chico una granada le había rasgado el vientre porque la anilla se había enganchado a las trinchas y se había desprendido al andar, así que los educadores declararon que había sido un accidente, y entonces los educadores les dieron fusiles, fusiles capturados en los días de triunfo con los cañones oxidados, y debían defender junto con los viejos de la defensa civil el nido de águilas, el refugio de los dioses abatidos y todavía sedientos de sangre, pero por suerte los dioses se devoraron entre sí y perdieron la cabeza antes de morir, y los viejos de la defensa civil se largaron al bosque y a las montañas, o se escondieron en graneros y almacenes de patatas, y los desabridos educadores husmeaban por ahí como ratones, porque ahora debían pagar por el tocino que se habían comido, ahora estaban en la trampa, estaban en la red de la jaula que habían tejido malla a malla, y luego dijeron que aún quedaba un tren, y los educadores enviaron a los niños a casa, sin fusil, sin granadas de mano, pero con el pardo uniforme escolar, y ya no podían llegar a su casa, su casa era un recuerdo. El tren no llegó muy lejos. Fue tiroteado por aviones en vuelo rasante. Como avispones furiosos, los pilotos los aguijonearon con haces de balas a través del cristal, la chapa y la madera de los compartimentos que saltaban en pedazos. Adolf salió ileso, pero el tren se quedó allí, un gusano inmóvil y muerto. Los niños siguieron a pie por el terraplén de la vía, siguiendo la grava, tropezando con las traviesas, y entonces alcanzaron el otro tren, era un campo de concentración cargado y parado en la vía. Esqueletos miraban a los niños. Muertos los miraban. Los niños en uniforme de la escuela del partido se asustaron. Pero en realidad no sabían de qué tenían miedo. ¡Eran niños alemanes! ¡Eran incluso niños escogidos! Pero susurraban: «¡Son de un campo de concentración!». Y susurraban: «¡Son judíos!». Y los niños se miraban y susurraban: «¿Dónde están los nuestros, dónde está la tripulación?». Pero ya no había tripulación alguna, el tren estaba parado entre el bosque y la pradera, era un día de primavera, las primeras flores brotaban, zumbaban las primeras mariposas, los niños de pardas guerreras estaban solos frente a los presos en traje de presidiario blanco y azul, y los esqueletos y los muertos miraban desde las profundas cuencas de sus ojos como a través de los dirigentes del partido, y de pronto era como si ellos ya no tuvieran esqueleto, como si no fueran más que una guerrera parda del partido que colgaba en el aire primaveral por arte de magia negra. Los niños bajaron desde la vía al bosque. No permanecieron juntos. Se dispersaron. Se separaron sin despedirse. Nadie extendió el brazo, nadie gritó «Heil Hitler». Y Adolf se sentó en la hierba delante de un matorral, porque no sabía adónde ir. Pero en el matorral se había escondido un fantasma, y el

fantasma observaba a Adolf. El fantasma tenía la misma edad que Adolf, pero sólo la mitad del peso de Adolf. Adolf lloró. Siempre le habían prohibido llorar. «Un chico alemán no llora», decían los padres y los educadores. Ahora, Adolf lloraba. Pero no sabía por qué lloraba. Quizá lloraba porque por vez primera estaba solo, y porque allí no había nadie que pudiera decirle «Un chico alemán no llora». Pero cuando el fantasma vio llorar a Adolf cogió el garrote que había a su lado y salió del matorral, una figura temblorosa, un cuerpo extenuado, una piel golpeada, un rapado cráneo de niño, un rostro de muerto, y el fantasma en su camisa de fuerza a rayas blancas y azules alzó el garrote, y su nariz destacaba grande y huesuda en el rostro de muerto de hambre, y Adolf Judejahn vio la imagen de la revista *Stürmer* y vio por vez primera a un judío vivo, si es que ese judío aún estaba vivo, y el fantasma, con el garrote alzado en la mano temblorosa, gritaba pidiendo pan. Adolf abrió la mochila, llevaba pan, embutido y margarina, les habían dado equipo de marcha y, curiosamente, una libra de almendras, porque era lo que había a mano, y Adolf alargó el equipo al fantasma, que tiró de la mochila y se sentó a cierta distancia de Adolf y engulló en grandes trozos el embutido y el pan. Adolf le miraba. No pensaba nada. No pensaba absolutamente nada. Había un vacío absoluto en su cabeza, era como si todo lo que hasta ahora había pensado y aprendido hubiera desaparecido para dejar sitio quizá a un nuevo pensamiento, una nueva doctrina, pero eso aún no lo sabía. Al principio su cabeza sólo estaba vacía, un globo vacío que pendía flojo sobre la hierba. Y el fantasma, que veía cómo Adolf le miraba, le tiró embutido y pan y gritó:

—¡Come tú también! ¡Hay bastante para los dos!

Y Adolf comió, sin hambre y sin disfrute, pero también sin asco. Cuando vio comer a Adolf, el otro se acercó. Se sentó junto a él. Se comieron juntos las almendras. La bolsa de almendras estaba entre ellos, y ambos echaban mano a ella con movimientos un tanto ausentes.

—Ahora vendrán los americanos —dijo el chico judío—. ¿Adónde vas tú? —preguntó.

—No lo sé —dijo Adolf.

—¿Eres nazi? —preguntó el chico judío.

—Mi padre —dijo Adolf.

—Mi gente está muerta —dijo el chico judío.

Y entonces Adolf pensó que también su padre estaría muerto, tenía que estar muerto; pero no le decía nada que su padre estuviera muerto. Cuando lloraba lloraba por él mismo, o ni siquiera por él mismo, no sabía por qué lloraba, quizá lloraba por el mundo, pero no lloraba por su padre. ¿No le había querido? No lo sabía. ¿Le había odiado? No lo creía. Lo veía tan sólo como imagen, como imagen

oficiosa del partido en la pared... No le decía nada. El chico judío vomitó. Expulsó el embutido, el pan y la margarina. Vomitó también las almendras. Le castañeteaban los dientes, y era como si le castañeteasen todos los huesos que pugnaban por asomar a través de su pálida piel. Adolf se quitó su parda guerrera del partido y la echó por los hombros del chico. No supo por qué lo hacía. No lo hizo por compasión. No lo hizo por amor. Ni siquiera por vergüenza cubrió al chico. Lo hizo, sencillamente, porque el otro parecía tener frío. Luego cambiaron sus chaquetas, Adolf se puso la chaqueta de preso a rayas azules y blancas con la estrella de judío. Eso le conmovió. Su corazón latía de tal modo que sentía pulsar las venas. La chaqueta ardía. Lo sintió. Luego oyeron un rodar de vehículos en la carretera.

—Tanques —dijo Adolf.

—Los americanos —susurró el chico.

Se le había regalado la vida, pero estaba demasiado débil para trepar hasta los tanques. ¿Y Adolf? ¿Se le había quitado la vida, la rompía el ejército que cruzaba la tierra alemana rodando y traqueteando? Los chicos se tumbaron en la hojarasca y se cubrieron con ramas. Se tumbaron juntos y se calentaron el uno al otro esa noche. Por la mañana fueron al pueblo. El chico judío buscaba a los americanos. Dijo:

—¡Ven!

Pero Adolf no fue con él; él no buscaba a los americanos. Adolf caminó por el pueblo. Le miraban fijamente, un chico con negros pantalones militares con vivos rojos, con corte de pelo militar y con una chaqueta de presidiario. Se sentó en la iglesia del pueblo. Se sentó en la iglesia del pueblo porque su puerta estaba abierta, y porque no había ninguna otra puerta abierta, y porque estaba cansado, y porque no sabía adónde pertenecía. Así lo encontró el cura. Lo encontró durmiendo. ¿Era vocación? ¿Le había llamado Dios? El domingo, el cura predicó:

—En verdad, en verdad os digo que quien oye mi palabra y cree en el que me ha enviado tendrá la vida eterna y no será juzgado, sino que habrá pasado ya de la muerte a la vida. En verdad, en verdad os digo: se acerca la hora, está ya aquí, en la que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la escuchen vivirán.

¿Deseaba vivir Adolf? ¿No quería ser juzgado? Había mujeres y refugiados en la iglesia, y hombres que se habían embutido a toda prisa en un traje de civil para escapar al cautiverio. Había también soldados americanos en la iglesia, y sostenían sus cascos de acero en las manos plegadas, y habían apoyado sus ligeras metralletas contra los bancos de la iglesia. Habían conservado la vida. Decían que eran los libertadores. Habían venido atravesando el mar. Eran cruzados. Adolf Judejahn había oído hablar de las cruzadas en el centro

educativo nacionalsocialista, pero sus educadores no aprobaban las cruzadas. Los educadores enseñaban la conquista de la tierra y no del cielo. Para ellos tampoco merecía la pena conquistar el Santo Sepulcro, pero no rehuían las tumbas. Adolf ya no creía en sus educadores. Ya no creía en los hombres. Quería servir al Señor. Dios Padre Hijo y Espíritu Santo.

No quería morir. Sentía la proximidad de la muerte. Tenía miedo. Judejahn había subido al automóvil de los entregados subordinados, de los esclavos liberados y no liberados, era un vehículo abollado, casi un vehículo de guerra, estaban en viaje de campaña, en gira de espionaje, avanzaban. ¿En qué dirección avanzaban? La dirección era indiferente. El avance era un valor en sí. Judejahn había ordenado «a la estación». No sabía qué quería hacer en la estación. Pero la estación era un objetivo. Era un territorio. Se podía esconder uno en ella. Se podía uno cubrir. Se podía desaparecer, marcharse, volver a esfumarse, volver a estar muerto y no estar muerto; Judejahn podía convertirse en una leyenda como el Holandés Errante, y Eva estaría orgullosa de él. La estación, el objetivo estaba próximo. Pero Judejahn, sentado junto al conductor —el otro estaba tras él, estaba a su espalda—, Judejahn notó que el viaje no iba hacia la estación, que era errático, viajaban sin plan, buscando en arco, investigando sin duda en busca de rincones y callejones sin salida, silenciosos lugares para un crimen o también ruido y bullicio de tráfico, donde no pudiera oírse un tiro; realmente pensaban que iba a pagar el pato, perros necios, creían tenerlo en la red, pero Judejahn sabía lo que hacía, así que iban al bosque de la Vehma, un golpe por la espalda, un tiro por la espalda y después a quitarle la cartera al muerto y, a la sombra del muro, abrir la puerta del coche y tirar el cadáver en dirección contraria, él sabía lo que hacía, y al final la orden del Führer era matar al comandante que fracasara, al cobarde que capitulara, orden para todos, orden especialmente para estos de aquí, SS austríacos, la guardia pretoriana del Führer, pero Judejahn no había fracasado, él no había capitulado, y sólo tenía miedo en Roma, la maldita ciudad de los curas, tenía miedo, pero no era cobarde, y con él no se podía hacer eso, querían irse de putas con su dinero, pero Judejahn no se dejaba abatir en fuga, él era el inventor del método y no se iba a dejar impulsar a la fuga, estaba dando rodeos tácticos, por sendas extraviadas, por rutas desérticas, seguía las consignas de los chacales, pero su meta seguía siendo Alemania, su Fata Morgana era la Gran Alemania, nada podía desviarlo, les escupió. El coche se detuvo al instante. La chapa putrefacta temblaba. A Judejahn le hizo bien escupirles. Eran su gente,/eran sus perros de presa, sus muchachos. Les echó la bronca. Reconocieron la voz de su señor. No

contradijeron. No negaron nada. No habían hecho más que lamerle las botas. Bajó del coche. Ordenó:

—¡Media vuelta!

Dieron la vuelta al coche. Partieron. Emprendieron su camino hacia el Walhalla. A Judejahn le habría gustado ordenarles que se presentaran pero, ¿dónde iban a presentarse? ¿En el Infierno? Judejahn no creía en el infierno. Era adulto. Era ilustrado. El infierno no existía. Era un invento para asustar a los niños. El diablo era el hombre del saco de los curas. Así que sólo quedaba que se presentaran a la Muerte, a la amiga Muerte, a la compañera Muerte, a la Muerte, a la que temía el pequeño Gottlieb, y Judejahn, fiel a la canción escolar de Andreas Hofer, que el pequeño Gottlieb había aprendido, había enviado con tanta frecuencia la Muerte al valle… y no sólo al valle.

Tras él estaba el túnel. Atraía a Judejahn. Entró en él, se vio atraído a él. Otra vez volvía a cruzar la puerta hacia lo subterráneo. Era la puerta del Hades. El túnel era recto y fríamente alicatado, era un tubo de canalización del tráfico en el que atronaban los omnibuses y las luces de neón daban colores cadavéricos al inframundo. Aquí habían querido tumbarlo de un tiro. Su instinto no le había engañado; había saltado del coche en el último momento. Caminó por la estrecha acera a lo largo de la pared del túnel. Fue como si caminara por su tumba. Era una larga tumba, una tumba higiénica, tenía algo de cocina, refrigerador y urinario. En la morgue no se tragaba tierra. La víctima de la Feme había tragado tierra. La víctima había sido un muchacho. También Judejahn era entonces un muchacho. La víctima era su compañero. Rápidamente, la pala de campaña enterró a la víctima. También los otros habían tragado tierra. En Polonia, en Rusia, en Ucrania habían tragado tierra. Tenían que cavar una fosa. Luego tenían que desnudarse. Se quedaban desnudos delante de la fosa. Las fotografías llegaban a las instancias superiores, eran distribuidas, contempladas durante el desayuno; había un chiste, un chiste de tetas, rabos y coños. Procreación y muerte, el matrimonio con la muerte, un mito antiquísimo. Un catedrático de razas, un profesor de usos y costumbres eran enviados a estudiar las últimas erecciones. Fotos en *Stürmer*. *Stürmer* estaba muy difundida, se pegaba en las paredes de los colegios. Los niños de ocho años la leían. Los niños de ocho años disparaban. Cuerpos acribillados llenaban la fosa. El hombre desollado el hombre profanado el hombre estigma, y encima el cielo. Los que venían tras ellos cubrían de tierra a los primeros. Había tierra sobre Judejahn; por encima del túnel estaba el jardín del Quirinal. Papas habían caminado por ese jardín. Papas habían rezado en ese jardín. Su oración no había sido escuchada; ¿qué habían pedido a Dios, por el amor del cielo? ¡Dos mil años de iluminación cristiana, y al final vivía Judejahn! ¿Para qué entonces

expulsar a los viejos dioses? «¡No matarás!» ¿Resonaba en las paredes del túnel? El Pontifex maximus de la antigua Roma no había conocido ese mandato. Veía amablemente las peleas de los gladiadores. El Pontifex maximus de la nueva Roma era un servidor del Decálogo, mandaba enseñar el mandato, ordenaba mantenerlo. Y ahora ya no se mataba, o al menos el pastor de la cristiandad se había apartado de los muertos, él al menos, él solo, y había reconocido ante todo el mundo: «Ved, estoy impotente, matan contra el mandato de Dios y contra mi palabra de pastor». «Justicia para Judejahn», tronaban las paredes del túnel. El pequeño Gottlieb había aprendido en el colegio que también los papas se aliaban con la Muerte, y hubo un tiempo, no hacía tanto de eso, en que los papas daban empleo incluso a verdugos, hombres como Judejahn, ¡y a cuántos generales habían honrado los papas, y con cuánta frecuencia habían bendecido los victoriosos estandartes! ¡Justicia para Judejahn! También reyes habían caminado por los jardines del Quirinal, disfrutando de la puesta de sol. Los reyes no eran tan impresionantes como los papas; Judejahn seguía viéndolos como caricaturas de las revistas cómicas de la Primera Guerra Mundial, el pequeño Gottlieb acababa de aprender a leer, los reyes eran pequeños de estatura, llevaban escrita la traición en el rostro, y en la mano sostenían temerosos el paraguas. Acaso no llevaba un paraguas Chamberlain, el pacificador, que quería robar la guerra al Führer, una figura ridícula…, reyes y sus diplomáticos, ¿qué otra cosa eran salvo pobres esgrimidores de paraguas contra las nubes amenazantes del destino? Judejahn estaba en contra de los paraguas. El pequeño Gottlieb quería ser un hombre; quería resistirse al padre maestro de escuela y al Dios padre. Los hombres se exponían a cualquier tiempo, se reían de la ira del cielo; los hombres caminaban erguidos bajo la lluvia de balas hacia el enemigo, los hombres caminaban por entre la tormenta de fuego… Así lo veía el pequeño Gottlieb y ¡justicia para Judejahn! Los faros de los automóviles eran en el túnel como las luces de grandes animales de rapiña.

Los animales de rapiña no le hacían nada a Judejahn. Corrían en pos de otras presas. Los perros del infierno no mordían a Judejahn. Perseguían otra presa. Judejahn atravesó el túnel. El inframundo le dejaba en libertad. Alcanzó la salida. La tumba le dejaba escapar. El Hades le escupía estaba al comienzo de la Via del Lavatore. Estaba silenciosa y abandonada. La noche era suave. Pero desde el final de la oscura calle atraía una canción.

Yo quería cerrar la ventana, yo quería cerrar los postigos resecados por el sol heridos por el viento, yo quería pasar los cerrojos, porque ahora Babel estaba destruida, ya no hablaban como antes en Babel en la Piazza de la Fontana di Trevi, una lengua se había

impuesto, y un coro de mujeres alemanas estaba ahora ante la gruta de columnas, estaba ante los dioses y semidioses y seres fabulosos de barroca vestimenta, estaba ante los mitos hechos piedra de los tiempos antiguos, estaba ante las aguas de las canalizaciones romanas, estaba a la luz de los focos del servicio de turismo y a la luz de candelabro de la iluminación de las calles, y cantaba *En la fuente delante de las puertas hay un tilo*, cantaba esa canción en mitad de Roma, la cantaba en mitad de la noche, ningún tilo susurraba, no había un árbol en todo lo que alcanzaba la vista, pero junto a la fuente ellas se mantenían fieles a sí mismas, se mantenían fieles a su fiel ánimo, vivían su tilo, su fuente, su ante-las-puertas, una hora sublime, la vivían cantando y habían ahorrado y viajado muy lejos, qué podía hacer yo más que cerrar las ventanas, cerrar los postigos, pero él vino conmigo hasta la ventana abierta, me tocó con su sotana, y nos asomamos, y él me contó otra vez cómo había visto a mis padres, a mis padres y a mi hermano Dietrich, por una puerta de cristal en su hotel los había visto, y me dijo:

—Tus padres son aún más terribles que el mío, ellos han perdido su vida por entero.

Y yo, yo los veía sentados tras la puerta de cristal de su hotel y no había estado allí, pero los veía, era demasiado arrogante como para ir a verlos, y qué podía hacer, dije: «No me vengas con teologías», pero qué podía hacer, ellas cantaban ahí abajo todas las estrofas del tilo, y un italiano que quería dormir las insultó desde una ventana y un hombre que formaba parte del coro de mujeres y admiraba el coro de mujeres gritó: «Cierra el pico, viejo macarroni», gritó «cierra el pico, viejo macarroni» hacia la ventana desconocida, qué podía hacer yo, y un coche de policía vino y se detuvo junto a la fuente, y los policías contemplaron asombrados a las mujeres que cantaban, y entonces los policías siguieron su camino lentamente, desaparecieron en una calle, qué podían hacer, y un hombre vino de la Via del Lavatore y se unió a las mujeres y al hombre que había gritado «cierra el pico, viejo macarroni» y estaba contento de encontrarlas, contento de haberlas encontrado. Se alegraba, Judejahn había venido en pos de la canción, de la canción alemana, y el hombre que había sido poderoso escuchaba con devoción el canto de las mujeres alemanas, su canto era Alemania, su canto era la patria, *En la fuente delante de las puertas* era el tilo alemán, era todo aquello por lo que se vivía, luchaba y moría. Él no pensaba: y asesinaba. Judejahn nunca había asesinado. No era más que un bravo y viejo guerrero, y este era el solaz para el ánimo del bravo y viejo guerrero, era música que en la noche renovaba el espíritu. Judejahn gritó «bravo» cuanto terminaron, y se acercó a ellas y se dio a conocer, aunque bajo nombre falso, y como estaban en fila como una tropa lista para revista, siguió sus

sentimientos y pronunció una pequeña arenga, habló del canto sublime, de la hora histórica, de las mujeres alemanas, de este curioso encuentro en tierra de güelfos, el más hermoso saludo de la patria en este país por desgracia traidor de la nostalgia alemana, y ellas le entendieron, le comprendieron, y el hombre que había gritado «cierra el pico, viejo macarroni» estrechó la mano de Judejahn y le agradeció su recio discurso, y ambos sintieron fluir las lágrimas, y ambos las contuvieron varonilmente, porque los hombres alemanes no lloran y están llenos de dureza alemana, pero tierno es su ánimo cuando en la lejanía recuerdan su patria, la fuente ante las puertas, el tilo en la canción de las mujeres alemanas yo pensaba: no te creo, no has sido llamado, y sabes que Dios no te ha llamado; tú eras libre, fuiste libre durante una sola noche, una noche en el bosque, y no soportaste la libertad, eras como un perro que ha perdido a su amo, y tenías que buscarte un nuevo señor; entonces el cura te encontró, y te imaginaste que Dios te había llamado.

Pero no le dije lo que pensaba. Me molestaba. Me molestaba con su relato familiar. ¿Qué podía hacer yo? No quería saber nada de él. No quería saber nada de ellos. Quería mi vida, sólo mi pequeña vida, no una vida eterna, no era exigente, no una vida de pecado, qué era una vida de pecado, sólo deseaba vivir mi vida egoísta, sólo quería vivir para mí mismo y arreglármelas solo conmigo y con la vida, y él quería moverme a ir con él, debía ir con él, que tenía miedo, buscar al clan, cómo me asqueaba esa palabra, y cuán intencionadamente la empleo para expresar mi espanto..., el clan, esa cárcel en la que querían encerrarme, de por vida, pero yo había escapado, se me había liberado, me había liberado, era realmente libre, ¡no quería volver! ¿Y por qué los buscaba Adolf? ¿Y por qué no se había ido con ellos cuando los había encontrado, por qué venía a verme a mí? ¿Quería convertirlos? ¿Quería convertirme a mí? Él decía: «¡Es mi padre!» y yo decía: «Es mi padre, pero no quiero verlo». Y él decía: «Es mi madre», y yo decía: «Es mi madre, pero no quiero verla». Y de Dietrich, mi hermano, no quería saber nada. Y a Judejahn se lo había llevado el demonio, esperaba yo, y si el demonio le había dado vacaciones, era cosa del demonio. Yo sólo deseaba quitarme de su camino, del camino del tío Judejahn, el poderoso general del partido, el señor de la vida y de la muerte, mi espanto infantil, el negro fantasma del pardo controlador.

Pero él decía: «Tenemos que hacer algo. Tenemos que ayudarles». No decía: «Tengo que redimirlos». Para eso le faltaba fe, tampoco se atrevía a decírmelo a mí. Y yo dije: «No». Y le miré. Flaco, inseguro, tenía un aspecto mísero en su vestimenta clerical, el espigado diácono, todavía no era ni cura. Y me burlé:

—¿Cómo piensas ayudar a tu padre Judejahn? ¿Quieres

bautizarlo, ya que no puedes perdonar los pecados? Me dijiste que no puedes perdonar los pecados.

El temblaba. Yo seguía mirándolo. Estaba impotente. Me daba pena. Creía estar en alianza con Dios, y era impotente.

Había pentagramas en la plancha de mármol de la cómoda, había papel pautado, y Kürenberg esperaba de mí la música, los hombres importantes deberían oírse para renovar sus almas. Las moscas bailaban alrededor de la bombilla sin pantalla. Casta y no casta, yacía abierta la ancha cama de hotel, el *letto matrimoniale*, el lecho conyugal y el lecho de concubinato bajo la bombilla con las moscas. Yo veía a un hombre cohabitar con una mujer, y me asqueaba, porque su unión podía proseguir la vida. También yo era impotente; y ni siquiera quería tener poder. Una mosca se había ahogado en los restos del vino en el vaso de lavarse los dientes. Se había ahogado en una gran embriaguez, en un mar de borrachera; ¡y qué era para nosotros el aire, qué significaba para nosotros el agua, la tierra y el cielo! ¿Había Dios creado las moscas? Ningún gorrión cae del tejado… Pregunté:

—¿Dónde vas a dormir?

Y pensaba: ¿debo ofrecerle la mitad de la cama?

Y pensaba: no puedo ofrecerle mi cama. Se alojaba en un albergue para curas. Se fue. Y vi cómo iba hacia la puerta y volvió a darme pena, y pensé: intenta librarse de ellos.

Y le pregunté qué iba a hacer mañana, y parecía no saberlo, dudó si responderme, y quizá no quería responderme, y luego dijo que iría a San Pedro y le pedí encontrarnos en el puente de Sant Angelo, delante del castillo de Sant Angelo, no tenía ningún deseo de volver a verle, pero le dije una hora y él dijo que estaría allí. Ahora se hacía el silencio en Roma. El coro de mujeres se había ido, los paseantes se habían alejado, y en alguna parte un hombre giró un grifo de cierre y el agua de la Fontana di Trevi dejó de brotar sobre el olimpo de dioses, semidioses y seres fabulosos cincelado en piedra al gusto barroco. El susurro de la fuente desapareció; desapareció del tiempo. Se oía el silencio. En el silencio que oía, escuché sus pasos descendiendo los peldaños de piedra de la escalera, él, un sacerdote, un diácono, descendía por el tiempo como a un foso. Miré por la ventana, lo vi salir del edificio, miré cómo se iba. Atravesó la plaza silenciosa y muerta como un perro flaco y negro, y dobló la esquina de la calle que lleva al pasaje de la Piazza Colonnia. Cogí el vaso con el resto de vino y la mosca ahogada y vertí el vino y la mosca en el lavabo. Estaba impotente vagaron en torno al pasaje, él ya a la salida del Corso, y él aún en las iglesias de la Via S. Maria in Via, y había trabajadores que limpiaban el suelo de mosaico del pasaje, esparcían serrín sobre la porquería arrastrada por los pies de la gente, y barrían con grandes escobas el serrín y la porquería, mientras otros untaban

sobre las piedras barridas yeso batido que metían con una lijadora en las grietas y rendijas del mosaico. Sonaba como el afilado efe largos cuchillos. Judejahn se sentía desafiado por la ciudad durmiente. La ciudad se burlaba de él. No eran los durmientes los que irritaban a Judejahn, podían yacer en sus apestosas camas, podían estar en los brazos de sus lujuriosas mujeres, debilitarse y perder las batallas de la vida; a él le indignaba la ciudad durmiente en su totalidad, cada ventana cerrada, cada puerta atrancada, cada persiana bajada le indignaba; fe ponía furioso que la ciudad no durmiera a sus órdenes; entonces habría patrullas recorriendo las calles, con el casco de acero en la cabeza, la cadena de la gendarmería sobre el pecho, pistolas automáticas en las manos, y las patrullas cuidarían de que se observara la orden de dormir de Judejahn; pero Roma dormía sin su permiso, se atrevía a soñar, se atrevía a mecerse en la seguridad. Era sabotaje que Roma durmiera, era sabotaje de una guerra que estaba lejos de haber acabado o que ni siquiera había empezado de verdad, y que era en todo caso la guerra de Judejahn. Si pudiera, Judejahn habría despertado a la ciudad; incluso con las trompetas de Jericó habría querido despertarla, con las trompetas que hacían caer los muros, las trompetas del Juicio Final, que el pequeño Gottlieb había admirado lleno de asombro en el colegio y de las que después, ilustrado, se había reído incrédulo. Judejahn había perdido el poder. Le desanimaba. No lo soportaba. En el desierto había vivido en un sueño. El cuartel del desierto le obedecía; el cuartel le había dejado la ilusión del poder. Una pared estaba recubierta de carteles recién pegados; estaban húmedos y olían a tinta de impresión y a cola. Nuevamente un mandamiento de la Iglesia pendía junto a un llamamiento de los comunistas; rojo, agresivo el llamamiento, blanco y esforzándose en ser digno el decreto eclesiástico. Eran manifestaciones de un viejo y de un nuevo poder, y a ambas manifestaciones les faltaba la despreocupada brutalidad, la definitiva renuncia al pensamiento y la convicción, faltaba el puñetazo, la absoluta fe en el poder y la orden, y Judejahn reflexionó en sí no debía aliarse con los rojos, él los haría avanzar, pero el pequeño Gottlieb estaba en contra, odiaba a esos tipos sin patria y creía en Alemania, creía también en la propiedad, aunque en una nueva distribución de la propiedad en beneficio de Judejahn y en manos puramente alemanas, y como el pequeño Gottlieb no quería Judejahn no podía ir con los comunistas; había venido a matarlos, pero un mundo débil y corrupto le impedía hacerlo. En la Piazza Colonna encontró un taxi y se dejó llevar a la Via Veneto, de vuelta al gran hotel, de vuelta al castillo que había sido su puesto de mando, el puesto de mando del poderoso, del gran Judejahn. Y Adolf, que no oía el afilar de cuchillos y no veía los carteles en los muros, Adolf

encontraba la ciudad durmiente tranquila y dando su paz al espíritu inquieto, su camino era como un recorrido por un gran cementerio con sublimes monumentos fúnebres, cruces cubiertas de hiedra y antiguas capillas, y a Adolf le pareció bien que la ciudad tuviera la paz de un cementerio, y quizá incluso había muerto, le parecía bien, y caminaba como un muerto por la ciudad muerta y buscaba como un muerto el callejón con el alojamiento de los sacerdotes de viaje, también ellos muertos, muertos en sus muertas camas en su hospedería de muertos... Tenía que estar cerca. Allí brillaba ya la luz, una lámpara eterna. Y Judejahn hizo parar el taxi antes de tiempo y bajó del coche los homosexuales se habían ido. Judejahn no necesitaba oír su arrullo. Los hermosos camareros en sus hermosos fracs lila ponían las sillas encima de las mesas, daban suaves palmadas contra los rojos acolchados de los asientos, levantando un polvillo cargado de perfume, lavanda, Portugal y acre loción para después del afeitado, y la sonriente y bella Laura contaba el dinero en la caja y contaba los bonos de los camareros, y la suma de los bonos volvía a no cuadrar con la suma del dinero, pero Laura sonreía con su sonrisa feliz, el milagro encantador radiante y no enturbiado por pensamiento alguno de su sonrisa, y el propietario heterosexual del bar homosexual acogía contento e indulgente la sonrisa de Laura y las cuentas que no salían, era un buen hombre y había ganado su buen dinero, y Judejahn, al que Laura, el propietario, los camareros no veían, sondeaba el terreno, no había olvidado la caza, espiaba por una rendija en la puerta cubierta ahora por una cortina, así espía un ladrón o un asesino, y veía a Laura, veía su sonrisa, le conmovía también a él, también sobre él actuaba la magia, pero esa sonrisa también le torturaba, los párpados de Laura estaban maquillados de azul para la noche, y eso agrandaba la mirada de sus ojos, y su rostro estaba empolvado de blanco, y su boca apenas pintada, así que parecía muy pálida, parecía tierna y asustada, hecha de noche, ahuyentada hacia la noche, y Judejahn presionó el picaporte de la puerta, que cedió, su mano se posaba grande y pesada en el picaporte, un delicado picaporte de bronce plateado, pero Judejahn retiró la mano, pensó: nunca se sabe, es una judía, una necia judía, quien se liaba en Polonia con una necia judía terminaba colgado, y volvió a presionar el picaporte y lo volvió a dejar, una cerda judía. ¿Tenía miedo? El portero de noche del hotel le saludó, le saludó llevándose la mano enguantada a la visera de la gorra, saludó a Judejahn el comandante, que era señor aquí, aunque bajo nombre supuesto. La seda de las paredes de la habitación relucía, era una habitación como la de un prostíbulo, el pequeño Gottlieb no habría podido soñarla mejor. ¿Por qué no había pescado a la chica? Por qué no se la había traído. Se la hubiera tirado y luego la habría echado. Le hubiera hecho

bien tirársela, y le hubiera hecho bien echarla. Sobre el damasco de la cama yacía el gato sarnoso Benito. Se estiró, se arqueó y parpadeó. Judejahn le rascó el ralo pellejo. El animal apestaba. Apestaba por todas partes. El gato le miraba burlón: Tú has sobrevivido, tú no tienes poder. ¿Podría ordenar Judejahn al portero que le consiguiera una chica? Antes habría podido. Habría podido mandar traer cien chicas. Habría podido abrazarlas y condenarlas. ¿Debía llamar a Eva? En su hotel burgués se asustarían. Allí se asustan en mitad de la noche. Se asustan de la Muerte. ¿Por qué no iba a asustar Judejahn al hotel burgués? Quizá hubiera podido hablar con Eva ahora, en mitad de la noche. Hubiera podido desahogarse con ella. Era bueno hablar por teléfono. La orden para las misiones suicidas se daba por radio, o a través del hilo telefónico. No se iba personalmente a darla. Eva | era una mujer alemana, una nacionalsocialista, tenía que entenderle, tenía que entender que Judejahn aún no había muerto, que caminaba por el borde de la vida. Eva era una mujer alemana como las mujeres que en la fuente habían cantado la hermosa canción alemana, pero era más que esas mujeres, era la mujer de un dirigente, era su esposa..., ella le entendería. Había sido necio por parte de Judejahn haber temido el encuentro con Eva. ¿Qué le atraía en esa mujer güelfa, quizá incluso judía, del bar lila? La muchacha no era su tipo. No era alemana. Pero había algo en su esencia que él quería tener. No era más que una puta. O una judía. Una puta judía flaca y lujuriosa. Eso era una infamia racial. No tenía por qué temer a esa muchacha. Podía odiarla. Eso era, necesitaba una mujer para odiarla, necesitaba para sus manos, para su cuerpo otro cuerpo, otra vida que poder odiar y aniquilar, sólo cuando se mataba se vivía... ¿y quién más que una chica de bar estaba ahora al alcance del odio de Judejahn? Le habían quitado el poder.

Era impotente y Eva dormía, dormía estirada, dormía en la estrecha cama de la estrecha habitación de hotel, dormía sin relajarse, sólo el moño se lo había soltado, trigo amarilleado y dejado en el campo, paja que no había ido al granero, empalidecida y agrisada, pero dormía profundamente, sin soñar, con la boca neciamente abierta, jadeando un poco, oliendo un poco a la piel de la leche hervida, la norna durmiente e iracunda del no pensamiento nocturno

entregado al no pensamiento nocturno, agitado tan sólo por sus ronquidos, dormía Dietrich Pfaffrath en la blanda cama del hotel. El vino que había bebido con sus padres y otros huéspedes alemanes de su misma clase e ideología en el vestíbulo no le había cansado, y su maleta estaba abierta ante su lecho, porque Dietrich era aplicado y trabajador y se preparaba, incluso en ese hermoso viaje familiar a Italia, para el gran examen de Estado en Derecho, y estaba seguro de aprobarlo, y había estado leyendo los libros de la materia que albergaba su maleta. Dietrich también se había llevado al viaje su

gorra de la asociación estudiantil, porque quizá encontrara miembros de otras corporaciones y pudiera pasar una tarde con ellos. La gorra con la cinta de colores yacía junto a los libros de leyes, y Dietrich estaba seguro de que la asociación y la Ley le ayudarían en la vida. Luego estaban los mapas de carreteras en la maleta abierta, porque a Dietrich le gustaba conducir el coche del alcalde mayor, su viejo señor, y había marcado cuidadosamente con cruces en el mapa los lugares a los que había que ir y que había que visitar, y había escrito sus nombres en una hoja aparte y reseñado ordenadamente las cosas que había que ver y con lápiz rojo los campos de batalla que había que visitar, y las fechas exactas de los combates. Pero junto a la maleta yacía, tirada desde la cama, tirada con mala puntería al apagar la luz y que no había caído en la maleta, una revista, una revista ilustrada que había comprado en un quiosco cuando creía que nadie le observaba, en Roma, donde no conocía a nadie y nadie le conocía, y en la portada había una chica con las piernas muy abiertas, colorida y carnosa con la blusa abierta hasta el ombligo y unas medias de anchas mallas sobre los muslos rotundamente carnosos y coloridos... Ella había sustituido para Dietrich la cerveza esta tarde, esos muslos le habían cansado. Era impotente contra el instinto, pero sentía un poderoso impulso hacia los poderosos, a los que quería servir para instalarse en la casa del poder, participar del poder y llegar a ser poderoso él mismo satisfecho dormitaba Friedrich Wilhelm Pfaffrath con su esposa Anna, de viaje, una vez más en el lecho conyugal, aunque tampoco unidos en un abrazo; en casa tenían camas separadas. ¿Por qué no iba a estar satisfecho? Su vida se le antojaba inmaculada, y la vida en su conjunto no se mostraba ingrata para con los inmaculados. En Alemania se volvía uno a sentir alemán y volvía a pensar como alemán, aunque en dos mitades separadas, y Friedrich Wilhelm Pfaffrath había vuelto a convertirse, por asentimiento, simpatía, adhesión y elección democrática, en primer mandatario de su ciudad, inmaculado, no mediante maquinaciones, pucherazo y soborno ni por la gracia de la ocupación, le habían elegido libremente, y él estaba contento de ser su alcalde, aunque había sido Gobernador Civil y administrador del gran patrimonio del partido, estaba contento, estaba inmaculado; pero una pesadilla inquietaba inmerecida e injustamente al inmaculado durmiente: su cuñado Judejahn llegaba hasta su cama en uniforme negro, cabalgando un resoplante corcel, y un coro cantaba «esta es la audaz cacería de Lützow» y su cuñado Judejahn se llevaba consigo a Pfaffrath en el corcel resoplante, hacia la audaz cacería de Lützow, y se lanzaban hacia el cielo, donde Judejahn desplegaba una gran y reluciente bandera con la cruz gamada, y luego dejaba caer a Pfaffrath, le empujaba, y Pfaffrath caía caía caía... Contra ese sueño el poderoso

alcalde mayor Friedrich Wilhelm Pfaffrath estaba impotente impotente impotente es lo que estoy. Me lavo. Me lavo con el agua fría del grifo del lavabo, y pienso que este agua corre por la antigua conducción de aguas romana, fluye hasta mí desde las tristes montañas azules, viene por los caídos muros del viejo acueducto, tal como Piranesi lo dibujó, hasta esta pila… Es agradable lavarse con esta agua. Voy descalzo por las frías losas de la habitación. Siento fresca y sólida la piedra bajo la planta de mi pie. Es agradable sentir así la piedra. Me tumbo desnudo en el amplio lecho. Es bueno tumbarse desnudo en el amplio lecho. No me tapo. Es bueno estar solo. Ofrezco mi desnudez. Desnudo, descubierto, miro la desnuda y descubierta bombilla. Las moscas zumban. Desnudas. Descubiertas. El pentagrama yace blanco sobre el mármol. O ya no blanco; las moscas han ensuciado el papel. No oigo ninguna música. No hay ningún sonido en mí. No hay ningún refresco. Nada puede refrescar al alma sedienta. No hay ningún manantial. San Agustín partió hacia el desierto. Pero entonces el manantial estaba en el desierto. Roma duerme. Oigo el ruido de grandes batallas. Está lejos, pero es un fragor espantoso. La batalla aún está lejos. Está lejos, pero es espantosa. Está lejos, pero se acerca. Pronto llegará la mañana. Oiré el paso de los trabajadores en las calles. La batalla se acercará, y los trabajadores irán a la batalla. No sabrán que van a la batalla. Cuando se les pregunte, dirán: «No queremos ir a la batalla»; pero irán a la batalla. Los trabajadores siempre acuden cuando hay batalla. También la pequeña comunista irá. Todos los orgullosos van a la batalla. Yo no soy orgulloso, o también soy orgulloso, pero no soy orgulloso de ese modo. Yo estoy desnudo, estoy al descubierto, estoy impotente. Desnudo descubierto impotente.

II

EL PAPA rezaba. Rezaba en su capilla, el pequeño espacio para la oración de su vivienda en el Vaticano, estaba arrodillado en los escalones cubiertos de púrpura del altar, una imagen del crucificado miraba hacia él, una imagen de la madre de Dios miraba hacia él, san Pedro atisbaba desde las nubes, el Papa rezaba por los cristianos y por los enemigos de la cristiandad, rezaba por la ciudad de Roma y por el mundo, rezaba por los sacerdotes de todo el mundo y por los que negaban a Dios en todo el mundo, pedía a Dios que iluminara según su voluntad a los gobiernos de los países y pedía a Dios que se revelara también a los gobernantes de los reinos rebeldes, imploraba la intercesión de la madre de Dios para los banqueros, los presos, los verdugos, los policías, los soldados, los investigadores atómicos y los enfermos e inválidos de Hiroshima, para los trabajadores y los comerciantes, para los ciclistas y los jugadores de fútbol, en virtud de sus órdenes bendijo a los pueblos y las razas, y el crucificado le miraba dolorosamente, y la madre de Dios le miraba sonriente, pero triste, y san Pedro se había alzado sin duda de la tierra a las nubes, pero seguía quedando la duda de si había alcanzado el cielo, porque el camino al cielo empieza precisamente en las nubes, y nada se ha alcanzado cuando se flota en las nubes, el viaje ni siquiera ha empezado, y el Santo Padre rogaba por los muertos, rogaba por los mártires por los enterrados en las catacumbas, por todos los caídos en la batalla, por todos los muertos en las mazmorras, y pedía también por sus consejeros, por sus sutiles eruditos legales, por sus asesores financieros expertos en dinero, sus mundanos diplomáticos, y pensaba un poco en los gladiadores muertos de su ciudad, en los cesares muertos, en los tiranos muertos, en los papas muertos, en los condottieros muertos, los artistas muertos, las cortesanas muertas, pensaba en los dioses de Ostia antica, en las almas errantes de los viejos dioses entre las ruinas, los monumentos, los muros derruidos, los templos cristianizados, los lugares de culto robados a los viejos paganos, y veía en espíritu los aeropuertos, veía en espíritu la espléndida estación de Roma, veía hordas de nuevos paganos llegando a cada hora, y los nuevos paganos recién llegados se mezclaban con los nuevos paganos que ya vivían en su ciudad, y eran más ateos y estaban más lejos de Dios que los viejos paganos cuyos dioses se habían convertido en sombras. ¿Era también el Papa una sombra? ¿Estaba también él en camino hacia las sombras? El Papa arrojaba una sombra estrecha, una sombra infinitamente fugaz, infinitamente conmovedora, sobre el suelo de púrpura de su capilla. La sombra del

Papa oscurecía la púrpura de la moqueta hasta el color de la sangre. Había salido el sol. Resplandecía sobre Roma. ¿Quién heredará el *sacrum imperium* cuando el Papa muera? ¿Quiénes serán los herederos del Sacro Imperio? ¿En qué catacumbas rezan, en qué prisiones languidecen, en qué cadalso mueren? Nadie lo sabe. El sol relucía. Sus rayos calentaban, y aun así su resplandor era frío. El sol era un dios, y había visto caer muchos dioses; calentando, radiante y frío, había visto caer a los dioses. Al sol le era indiferente para quién

relucía. Y los paganos de la ciudad y los paganos del mundo decían que el brillo del sol era un proceso astrofísico, y calculaban la energía solar, analizaban el espectro solar e indicaban en grados de termómetro el calor del sol. También eso le era indiferente al sol. Le era indiferente lo que los paganos pensaran de él. Le era tan indiferente como las oraciones y pensamientos de los sacerdotes. El sol resplandecía sobre Roma. Resplandecía luminoso.

Amo la mañana, las mañanas de Roma. Me levanto temprano; duermo poco. Amo el frescor matinal en los estrechos callejones, a la sombra de las altas casas. Amo el viento cuando salta de los torcidos tejados en los viejos rincones; es el saludo matinal de las siete colinas, trae a la ciudad la burla de los dioses. El sol se burla de las torres y cúpulas, se burla de la poderosa cúpula de San Pedro, acaricia los viejos muros, consuela al musgo en las canaleras, a los ratones del Palatino, a la loba prisionera del Capitolio, a los pájaros que anidan en el Coliseo, a los gatos del Panteón. En las iglesias se dice misa. No tengo que ir muy lejos para oír misa. Junto a la Fontana di Trevi hay una iglesia, y una segunda en la esquina de la Via del Lavatore, y luego hay otras cinco o seis casas de Dios, todas en las inmediaciones, y no conozco sus nombres. Me gusta ir a las iglesias. Huelo el piadoso olor del incienso, la cera que se funde, el polvo, el barniz, las viejas vestiduras, las viejas mujeres y el viejo miedo, tan generoso y tan mezquino. Oigo las letanías, *ab omni pecato libera*, el murmullo uniforme, *a subitánea et improvisa morte*, el diálogo establecido y fosilizado entre el sacerdote y las ancianas, que llevan un velo en la cabeza, que se humillan para ser ensalzadas, que se arrodillan en el suelo de la iglesia, *te rogamus audi nos*, oigo la aguda campanilla del acólito. Estoy junto a la puerta, un extraño, casi un mendigo; estoy al margen de la comunidad, premeditadamente. Veo las velas arder ante las imágenes de los santos, y en una ocasión compré una vela, la coloqué, la puse en un nicho vacío, sin adornos y todavía no consagrado a santo alguno; consagré mi vela al santo desconocido, igual que los romanos construyeron un templo al dios desconocido, porque mucho más probable que el que un dios se mantenga desconocido es que no hayamos reconocido a un santo. Quizá incluso

el santo desconocido viva entre nosotros, quizá pasamos por delante de él, quizá es el vendedor de periódicos del pasaje, que grita los titulares del gran robo, las consideraciones acerca del peligro de guerra, quizá el santo sea el policía que para el tráfico en la Via del Tritone, quizá el condenado a cadena perpetua que jamás volverá a caminar por Roma, y es menos probable que el Director de la Banca Commerciale Italiana que tiene su orgulloso edificio en el Corso sea un santo, y además desconocido, pero los devotos dicen que para Dios no hay nada imposible, así que puede ser que también el banquero esté llamado; pero a ninguno de ellos vendrá el Santo Padre a lavarle los pies, porque el Santo Padre no sospecha que son santos que viven en sus cercanías, y la iglesia jamás conocerá su nombre, jamás sabrá que han vivido y que eran santos. Pero es posible que ya no haya santos, igual que ya no hay dioses. No lo sé. Quizá el Papa lo sepa. No me lo diría si lo supiera, y yo no voy a preguntarle. Qué hermosas son las alegrías matinales. Me hice limpiar los zapatos; brillan como un reflejo del sol. Me hice afeitar; acariciaron mi piel. Recorrí el pasaje; el paso de mis pies en el suelo de piedra resonaba alegre en el espacio. Compré el periódico; olía a tinta fresca y valoraba el espíritu y los bienes del mundo según sus últimas cotizaciones. Fui al bar Espresso del pasaje, me puse en la barra, me coloqué entre los hombres, los hombres importantes, bien afeitados, bien peinados, bien cepíllalo! dos, los hombres de camisas limpias, bien planchados, bien perfumados, y bebí, como ellos, el caliente y fuerte café de la máquina, lo bebí *a la cappucino*, con azúcar y nata batida, aquí estaba a gusto, aquí estaba contento, y en la página seis del periódico encontré mi imagen y mi nombre, y me alegré, ver en ese periódico italiano la foto del autor de la sinfonía que esa noche iba a ser estrenada, aunque sabía que nadie contemplaría esa fotografía, sólo un par de compositores la mirarían con más atención para descubrir en mi rostro la expresión de la necedad, los rasgos de la falta de éxito, la falta de dotes o la locura, y luego la imagen se convertiría en papel usado, papel para envolver o para alguna otra utilidad, y me parecía bien, estaba bien así, estaba de acuerdo, porque no quiero seguir siendo como soy hoy, no quiero perdurar, quiero vivir en eterna transformación, y temo al no ser. Así que voy al último ensayo a Santa Cecilia, la patrona de la música. ¿Me será propicia? No le he consagrado ninguna vela, y le presento sonidos que quizá le disgusten. Voy a ver a Kürenberg, el mago sabio, a los cien músicos que tocan mis notas y me intimidan, me encontraré sin duda a Use Kürenberg, a la que nada parece afectar, que acepta la vida y la muerte igual que el sol ríe, que la lluvia cae. No es una patrona, lo percibo, pero quizá sea la diosa de la música o la representante de Polhímnias, la musa del día bajo la máscara de la fuga, del endurecimiento, de la indiferencia. En

la Via delle Murarte me detengo reverente ante la sucursal de la *Societá delle pompe funebri*. La Muerte atrae; pero qué ridículos son los requisitos que el ser humano compra para que lo dejen dignamente en la fosa. El director de la sucursal, un caballero guapo y gordo de cabellos rizados y teñidos de negro, abre la puerta de la tienda como si en su profesión se tratara de negar todo carácter perecedero, y su gato, sobre los ataúdes, su gato, que sueña con guirnaldas de bronce, siemprevivas fundidas que resistan a la decadencia, a la putrefacción, al sucio volverse tierra, su gatito sale alegre a su encuentro, y él le saluda con amabilidad: «Buenos días, querido gato»... ¿es que no teme a los ratones, no teme que por las noches los ratones pudieran roer su pompa fúnebre, celebrar el banquete fúnebre junto a la mortaja de papel, deshojar las flores artificiales?

Estaba sentado al extremo de la mesa, en el comedor del albergue para sacerdotes de viaje, y estaba en una parda y sucia penumbra, porque la ventana de la habitación daba a un estrecho patio y estaba oculta por visillos, de forma que reinaba la penumbra, una penumbra pobremente iluminada por unas cuantas débiles bombillas que daban a la luz del día ese color pardo y ambiguo; todos parecían cansados como después de un mal viaje nocturno o una travesía tempestuosa, y eso que habían dormido o no dormido en la casa, en todo caso habían estado tumbados en sus camas, durmiendo o despiertos, y durmiendo o despiertos estaban orgullosos de estar en Roma, la capital de la cristiandad. Algunos habían ido ya a misas tempranas y habían vuelto para el desayuno, que estaba incluido en el precio de la pernoctación y carecía de aroma, como todos los desayunos en seminarios, hospitales y centros educativos, un café como agua de fregar, una mermelada sin color y sin fruto, un pan viejo y desmigajado, y lo engullían y estudiaban sus guías de viaje y reunían direcciones a las que querían ir o por las que querían pasar, y el padre director preguntó a Adólf si quería participar en una visita a la ciudad, iban a visitar todos los centros de culto, las tumbas de los mártires, los lugares de las revelaciones, las vías de las apariciones, y el Santo Padre recibiría a los participantes en la excursión, pero Adolf dio las gracias y rechazó la oferta, quería estar solo. Eran sacerdotes, habían recibido las órdenes, el obispo les había llamado, se habían presentado, habían gritado «*Adsum*» y el obispo había preguntado al archidiácono: «¿Sabes si son dignos?», y el archidiácono había contestado: «Hasta donde permite advertirlo la fragilidad humana, sé y atestiguo que son dignos de llevar la carga de este ministerio». Y el obispo había exclamado «*Deo gradas*», y se habían convertido en sacerdotes, habían sido ungidos, habían prometido obediencia al obispo y a sus descendientes, habían recibido el poder de la

absolución: «*Accipe Spiritum Sanctum, quorum remiseris peccata, remittuntur eis, et quorum retinueris, retenta sunt*». Él aún no era sacerdote, sólo era diácono, estaba un escalón por debajo de ellos, eran sus superiores, él los miraba comer su pan, hacer sus planes para el día, para emplearlo en Roma de manera útil, y se preguntaba si Dios los había elegido, si los había enviado, cuervos ambiciosos y tímidos espantapájaros, y dudaba, porque, ¿por qué Dios no había hecho más, por qué sus servidores no se habían opuesto con más decisión a la desdichada marcha del mundo? Adolf había acudido a ellos después de una gran desgracia, y como ahora le daba la impresión de que también como sacerdote apenas podría hacer nada para evitar una nueva desgracia, que ni siquiera estaba seguro de que pudiera mantenerse al margen, en la discutible juridicidad dejos fariseos, se preguntaba si realmente había sido llamado, si los otros habían sido llamados. No encontraba respuesta, como tampoco encontraba respuesta a la pregunta de si debía visitar a su madre, de si debía presentarse a su padre; quizá amaba a sus padres, o era obligación amarlos, para un sacerdote quizá fuera una especial obligación amarlos, igual que para un sacerdote podía no ser una obligación especial, un sacerdote tenía que amar por igual a todos los hombres, sus padres le habían engendrado, pero a Dios le debía el alma, y sus padres no le habían engendrado por voluntad de Dios, no para servir a Dios y no para cumplir el mandato de Dios, le habían engendrado por lujuria, por sensualidad, o le habían engendrado por descuido, o simplemente porque querían tener un hijo, o porque en el Tercer Reich se había puesto de moda tener hijos, y porque el Führer amaba a los niños, quizá también todos esos motivos habían concurrido para que él llegara a existir, placer, descuido, deseo de descendencia y favor del Führer, y sin embargo Dios había estado presente, invisible e innominado, porque ninguna procreación ocurre sin un milagro, e incluso el borracho que viola a una chica al borde del camino engendra según la insondable decisión de Dios, pero Adolf el diácono preguntaba: «¿Para qué, para qué, para qué?». Y en la penumbra de la hospedería, por necia e insensata falta de alegría y devoción absurda y amarga, Cristo no se le aparecía, y no podía preguntarle cómo Pedro: «¿Dónde vas, Señor?».

Habían metido en el coche todo lo necesario para una comida, pan, fiambre, un trozo de faisán, fruta y vino, querían ir a Cassino, no a la abadía, a los campos de batalla pensaban viajar, habían quedado con otros alemanes, participantes en los combates que se lo explicarían todo, pero se retrasaron, porque primero tenían que visitar a Judejahn, querían invitarle a ir con ellos, los campos de batalla no le serían indiferentes, y así volverían a acercarse, al calor de los ideales

comunes, el orgullo jamás doblegado del vencedor incluso después de perder la batalla, pero Eva, en esto el personaje principal, lo echó a perder todo, se negó a tomar parte, a tomar parte en el reencuentro, a tomar parte en la excursión, deseaba quedarse en su cuarto, el cuarto que daba al patio, con olores y ruido de cocina, o deseaba volver a Alemania, ir allí también a un estrecho cuarto, y estaban furiosos y le dijeron «por qué no quieres verle, qué va a pensar», y ella no podía decírselo, a ellos, que habían disfrutado de la jornada y se habían conformado, se habían conformado con el desplome, con la traición y el saqueo, no podía explicarles que el vínculo conyugal entre ella y Judejahn estaba tan estrechamente unido al Tercer Reich que sólo existía dentro de esa fe, sólo se alimentaba de esa fuente, que ahora estaba disuelto, que el vínculo se había disuelto por sí solo cuando Hitler murió, cuando el Reich pereció y soldados extranjeros se burlaron en suelo alemán de la Providencia y de la visión de futuro del Führer. Quien no entendiera eso y al que no le resultara inimaginable que se pudiera ver y pensar de otro modo no se le podía explicar, y era mejor callar y no escarnecer la propia pena. Ella no tenía la culpa, y Judejahn tampoco, ninguno de los dos tenía la culpa de lo que había ocurrido y no se podía reparar, pero compartían forzosamente la culpa de todo superviviente, Eva había llevado esa culpa, no la culpa de la construcción del camino que llevó a la desgracia, sino la culpa de haber sobrevivido sana y salva, no desaparecía de su conciencia, y temía que Judejahn debiera y tuviera que llevar ahora esa culpa del mero estar ahí, no quería, porque ella lo había visto aún inocente, un héroe en el Walhalla, pero la participación en la culpa era una carga para todos los vivos, y la carta que vino de Judejahn, la noticia de que vivía la había espantado en vez de haberla alegrado. ¿A quién podía decírselo, a quién podía manifestar su horror? Su hijo era su enemigo. Era su más encarnizado enemigo, si la palabra amargo contiene el encarnizamiento, y si hubiera sido creyente habría maldecido a su hijo, pero él era el creyente, y ella como pagana no podía echar mano de maldición alguna, la pagana era pobre, no creía en maldiciones ni en retiradas de la bendición, creía en una vida racial, y para el que blasfemaba contra la vida racial no había más que la muerte. Pero ella no podía matarlo. Ya no tenía el poder. Sólo podía olvidarle. El olvido llevaba su tiempo, y ella estaba olvidando, pero ahora con su aparición Judejahn volvía a traer todo lo olvidado, todo el desplome, todas las pérdidas, todas las separaciones, y ella no quería ver a Judejahn, y se quedó en el hotel, y fue como si la hubieran azotado.

Los Pfaffrath pensaban, en el coche que Dietrich conducía hacia el hotel: No podemos decírselo, tenemos que contárselo con cuidado, está loca, y después de todo lo que ha pasado no es raro que se haya

vuelto loca, pero hemos hecho lo que hemos podido, no tenemos nada que reprocharnos, nadie puede reprocharnos nada, la hemos asistido, Judejahn se dará cuenta, la hemos traído aquí, y ahora Judejahn tiene que decidir lo que debe ocurrir». Dietrich pensaba: «Se aloja en un hotel mejor que nosotros, tiene que tener dinero, en Ordensburg yo envidiaba a Adolf porque su padre era mucho más que mi padre, quisiera saber si sigue siéndolo, si aún es más que mi padre, cómo ha escapado al enemigo, cómo se ha abierto paso, y si es el viejo querrá tomar el poder, querrá luchar, y se le podrá reconocer, ¿o aún se arriesgará demasiado con eso?» Y Friedrich Wilhelm Pfaffrath dijo:

—Quizá aún sea demasiado pronto para pensar en su regreso. Quizá debería esperar uno o dos años, hasta que se vea con más claridad. Nos darán la soberanía, tendremos un nuevo ejército, no se puede negar que los de Bonn han hecho un buen trabajo. Y de todos modos tenemos que seguir transigiendo, pero cuando tengamos un ejército quizá haya llegado para las fuerzas realmente nacionales el momento de tomar las riendas y ajustar cuentas a los traidores.

—Se ajustarán cuentas —dijo Dietrich.

Su rostro adquirió un rasgo contenido, y aferró convulsivo el volante. Casi atropelló a un caballero con un diplomático paraguas, que cruzaba la calle en la Porta Pinciana y evidentemente creía en la razón, con evidente riesgo por su parte.

Los recibió en batín, se había dado un masaje de alcohol y se había echado una colonia aromática sobre sus cerdas grises, y parecía un viejo boxeador de éxito que aún sube al ring por mucho dinero. El lujo que le rodeaba les confundía. Estaban ahí como suplicantes, como parientes pobres, como siempre habían estado con respecto a él, él lo notaba y sentía que todo había sido bien calculado, y ellos veían las paredes cubiertas de seda, sentían la gruesa moqueta bajo sus pies, sus maletas les seducían, y en la cama observaron, como coronación de la riqueza y signo de señorío independiente, la presencia de un gran gato sarnoso.

—Éste es Benito —presentó Judejahn al gato, y se alegró al ver cómo se asombraban y se espantaban en secreto.

A Friedrich Wilhelm Pfaffrath le aterraba el sarnoso animal, pero no dejó que se le notara; era como si los corceles negros de su sueño de la audaz y salvaje cacería de Lützow se hubieran convertido en un gato sarnoso. Judejahn no preguntó por Eva. Miró a Pfaffrath. Entrecerró los párpados y puso sus pequeños, astutos y malvados ojillos de cerdo, bajó la cabeza de ancha nuca, como un verraco, y el adversario en el ring debía precaverse del viejo campeón. Ahora Eva era la pariente pobre, y los Pfaffrath eran los benefactores; eso no podía ser tolerado durante mucho tiempo. Judejahn decidió ocuparse de Eva. Conseguiría dinero: debía comprarse una casa, debía ser

independiente. Cuando los Pfaffrath empezaron a hablar de Eva Judejahn hizo un gesto de rechazo. Se encargaría de todo; hizo un gesto grandioso, un gesto dictatorial. No manifestó el deseo de ver a Eva. La entendía. Comprendía por qué no había venido, y lo aprobaba. No podían verse, no podían mirarse a los ojos, y no podían verse delante de los Pfaffrath, delante de esos pequeñoburgueses que ni entendían ni habían entendido nada, pero quizá Judejahn pudiera ver a Eva en secreto, como un triste y secreto amante al que se teme ver. Entonces descubrió su punto débil, no se cubrió, preguntó por Adolf, y Dietrich soltó que Adolf se había hecho cura, y fue como un corte en la yugular. Judejahn se tambaleó, su rostro se desfiguró, palideció y luego su piel enrojeció, la frente y las mejillas ardían, las venas se hinchaban, parecía a punto de una apoplejía, se agarró el cuello como alguien que se ahoga y por fin vomitó una marea de insultos, un torrente de porquería, los inundó de esputos, les rugió, a los seguidistas, adaptados, codiciosos Pfaffrath, que, temblorosos, no se atrevían a moverse, como mansos cerdos delante de un verraco furioso, les echó la culpa, les acusó de traición, de la ruina, de deslealtad, de deserción y capitulación, de congraciarse con el enemigo, eran unos cagones, babosos, colaboracionistas, derrotistas y lameculos, perros paralíticos que lloraban ante el infierno y movían la cola delante de los curas, seguro que habían venido a Roma para besarle los pies al Papa, para recibir la absolución, pero la Historia les condenaría, Alemania les maldeciría, Germania los expulsaría, merecían hundirse como pueblo, el Führer también se había dado cuenta de eso, el Führer se había aparecido a un pueblo cobarde, un tronco podrido, esa era su tragedia, y ellos escuchaban, el alcalde escuchaba, su esposa Anna, Dietrich, pendían de sus labios, mudos, temblaban, pero pendían de sus labios, era como en los viejos tiempos, el gran Judejahn hablaba, el gran jerarca rugía y ellos se sometían, incluso sentían un bienestar, un placer en los huesos, un placentero corte en el vientre y los genitales, le adoraban. Se interrumpió. Estaba agotado; antes no habría estado agotado; antes, esos estallidos le reforzaban. El sudor se pegaba a sus pelos cerdosos, el sudor le mojaba el pijama de seda bajo el batín; su rostro seguía rojo como la cresta de un gallo. Pero era duro de roer, no cayó al suelo, y pronto había vuelto a recuperarse, se dio una palmada en los muslos, rió, qué chiste, qué espléndido chiste, tenía que haber mandado aún más curas al cielo, ya que había dado uno a la Iglesia, y luego fue y se sirvió un coñac, lo engulló, les ofreció un coñac a ellos; pero sólo Friedrich Wilhelm Pfaffrath tomó una copa, mientras Dietrich se disculpaba porque tenía que conducir el coche, una abstención que provocó la risa despreciativa de Judejahn.

—Vaya hijos tenemos —exclamó, pareció ocurrírsele algo, algo

gracioso, y fue hacia la cama y arrancó de las garras de Benito el periódico italiano que el hotel le había dejado junto con el desayuno.

Judejahn lo había hojeado sin entenderlo, había mirado las fotos, leído los pies de foto y descubierto así a su sobrino Siegfried, del que apenas podía acordarse, pero tenía que ser su sobrino, Siegfried Pfaffrath, y sostuvo la foto ante Friedrich Wilhelm Pfaffrath, indignado y sarcástico, y como no había entendido el texto que la acompañaba pensaba que el hijo de su cuñado era violinista, lo que desde luego, tenía que admitirlo, no era tan malo como ser cura, pero sí lo bastante malo, extraviado y contrario a la tradición del clan, contrario a su origen y a su educación en el colegio de la orden, y así Judejahn tuvo Su pequeña venganza. Pfaffrath cogió el periódico, confundido ante el repentino ataque, y dijo que Siegfried no era violinista, era compositor, y luego se enfadó por haberlo dicho, porque para Judejahn era indiferente si uno tocaba el violín en un café o escribía conciertos, seguía siendo una ocupación poco varonil, una forma de vida sospechosa, Pfaffrath entendía a Judejahn, y sin embargo le afectó de distinta manera ver la foto de su hijo en el periódico romano, quizá se acordaba de su librería, de la edición de Goethe y la biografía de Wagner, estaba orgulloso de Siegfried, de su paternidad, y entregó el periódico a Anna, que cacareó como un pato cuando su polluelo sale al mundo, brinca hasta el estanque, se mete al agua y nada, y Dietrich se inclinó por encima de su hombro, vio a su hermano y murmuró «qué locura», lo que podía expresar asombro, admiración, pero también desprecio. Así que Judejahn se quedó humillado con su devoto retoño, mientras los Pfaffrath se sentían quizá incluso honrados por el hijo violinista o compositor, aunque no se sabía qué ideología tenía Siegfried, qué vicios tenía, en qué suciedad quería vivir, en una sociedad antirracial y judía, y a qué soborno debía la publicidad en el periódico. Judejahn recorrió el cuarto enfundado en su batín, como un boxeador que protesta contra una injusticia del árbitro recorre excitado el ring. Con enérgicas palabras, se negó a ir con ellos a Cassino. Qué le importaban a él los campos de batalla, se burló, silenciosos y sin lucha, en los que el suelo había absorbido la sangre, en los que estaban enterrados los cadáveres, donde volvían a crecer las plantas, pastaban los asnos y los turistas recorrían ridículos el prado de los asnos. ¡Y qué era el campo de batalla de Cassino junto al campo de batalla de Berlín! En Berlín se había librado una batalla que nunca había terminado y nunca terminaría, que siempre proseguiría, que seguiría librándose en espíritu, y le habría gustado decir que en el cielo, pero Judejahn había olvidado la leyenda de los Campos Cataláunicos que el pequeño Gottlieb aprendió en la escuela, se acordaba de que se combatía en el cielo, pero no pensaba en los espíritus, que no existían, ni en los

muertos que sí había, pero ya no combatían, estaban muertos, así que eran pilotos, y era natural que los pilotos lucharan en el cielo, y seguirían luchando en el cielo, y finalmente lucharían con nuevas armas, con la fuerza del átomo, porque no habían conquistado Berlín.

—¿Crees en la guerra? —preguntó Pfaffrath a Judejahn.

Y Judejahn dijo que él siempre creía en la guerra, en qué otra cosa se podía creer. También Pfaffrath creía en una nueva guerra, tenía que venir, la justicia lo exigía, pero Pfaffrath creía que el tiempo aún no estaba maduro, aún no consideraba la guerra útil para Alemania, creía que las expectativas aún eran inciertas, pero no se atrevió a decírselo a Judejahn, porque temía que su cuñado le creyera cobarde.

—¿Vas a volver? —le preguntó, y Judejahn dijo que él siempre estaba en guerra y siempre por Alemania.

Y luego se humilló, en tanto que hizo teatro para ellos; llamó por teléfono a la representación diplomática del país que le pagaba y pidió, en una mezcla de francés, inglés y árabe, el coche de la legación, e hizo como si diera órdenes tiránicas y decidiera sobre la guerra y la paz en Oriente Próximo. Friedrich Wilhelm Pfaffrath y su esposa Anna no advirtieron el engaño del pequeño Gottlieb, y volvieron a quedar presos por la grandeza de su cuñado, pero Dietrich Pfaffrath torció el gesto, no desenmarañó la confusión de lenguas, pero de pronto tuvo la sensación de que la gran época de su tío había pasado para siempre, y Judejahn sólo era un aventurero de incierta existencia y oscuro dinero, «cuidado», advertía una voz dentro de Dietrich, Judejahn podía ser perjudicial para su carrera, y sin embargo Dietrich se habría ido detrás de Judejahn, a un puesto con más expectativas y más próximo a los cargos, desde luego, si Judejahn hubiera desplegado una bandera y llamado a la reunión nacional. Pero aún quedaban puestos por ocupar en la Federación, y Dietrich los conseguiría una vez aprobado el examen. Sólo si Dietrich se quedaba en paro, sólo si no le daban ningún automóvil para jugar, sólo si se le arrojaba al proletariado académico, sólo en una crisis económica Dietrich marcharía a ciegas detrás de una bandera equivocada, iría sin reparos a cualquier guerra equivocada.

Siegfried llegó tarde a los ensayos; llegó intencionadamente tarde, se temía, temía su música, temía a Kürenberg,

había ido a pie, había cogido un autobús equivocado en la dirección equivocada, había seguido a un niño, había soñado, y sus pasos eran inhibidos, y sus zapatos tenían suelas de plomo, cuando se acercó al auditorio, y ahora estaba dudoso en el vestíbulo delante del guardarropa, unos cuantos impermeables se mecían como ahorcados en sus tristes perchas, unos cuantos paraguas se apoyaban como

borrachos en la pared, una mujer de la limpieza se comía un panecillo, y del panecillo colgaba repugnante la grasa del jamón, que se fundía con el calor, y los pechos de la mujer colgaban repugnantes y sin control en la blusa sudada y muy abierta, y Siegfried pensó en el seno de la mujer y en que tenía hijos, y le asqueó ese seno húmedo y caliente, y los niños húmedos y calientes, y la vida húmeda y caliente, y le pareció espantosa y repugnante el ansia de vivir a la que estamos condenados, el deseo de reproducción que seduce incluso a los más pobres, ese brillo de la eternidad que no es ninguna eternidad, la caja de Pandora de la miseria, el miedo y la guerra, y escuchó las trompetas, sus trompetas, y le amenazaron, y escuchó las arpas, sus arpas, y le parecieron temblar, y percibió los violines, sus violines, y era como si gritaran, y su música le era ajena, ajena, ajena. Y además daba miedo. Caminó arriba y abajo por el corredor. Los espejos del corredor le mostraban su figura, y se encontró feo. Pensó: parezco un fantasma, pero no el fantasma de la música. No se esforzó en atenuar su paso. Caminó de manera bastante ruidosa por el duro piso de linóleo del corredor, era casi como si quisiera perturbar los ensayos, como si quisiera precipitarse en la sala y gritar: «¡Deteneos! ¡Deteneos!».

Entonces Use Kürenberg vino hacia él. Llevaba un vestido tropical azul aciano y volvía a parecer joven, era de figura firme, pero sin grasa, y le era simpática porque no tenía hijos. Pensó: ella no ha parido, ha parido tan poco como las estatuas de los jardines romanos, y quizá sea la diosa de la música, la musa Polimnia, experimentada y virginal. Pero se equivocaba. Use Kürenberg parecía hoy la diosa de la actividad, de nombre desconocido, porque con ella venía un caballero que parecía un gran *pájaro* prisionero y enormemente melancólico, y se lo presentó a Siegfried como el director de la sección de música de una importante emisora, o presentó a Siegfried al *pájaro* porque el pájaro ocupaba una posición así de importante, e Ilse Kürenberg y el pájaro hablaban en francés, en un francés fluido, rápido y armónico, quizá el pájaro era francés e Ilse Kürenberg había aprendido el idioma, quizá el viejo Aufháuser había puesto a su hija una profesora francesa, quizá Ilse Kürenberg había aprendido francés en la emigración, quizá ambas cosas eran ciertas, pero Siegfried volvió a avergonzarse de estar allí sin instrucción alguna, Ordensburg no le había procurado nada, su padre no le había procurado el francés, Friedrich Wilhelm Pfaffrath no tenía en nada a Francia, en nada el buen francés, quizá tenía en algo a las francesas, pero esto sólo como botín de guerra, y ahora Siegfried balbuceaba, buscaba vocablos y no entendía lo que el pájaro quería de él, pero quería algo, porque Ilse Kürenberg asentía e invitaba a Siegfried a asentir, y él asentía, y no sabía a quién asentía, y lo que más le hubiera gustado era irse de allí, hubiera dejado plantados a la

diosa de la música y al pájaro director de una sección de música… que se fueran a comer o que se acostaran juntos. Pero entonces Siegfried escuchó el acorde final de su música, sonaba como la quiebra de toda esperanza, como una ola que se abate sobre un barco, y luego no quedaron más que tablas y algún chapoteo. Kürenberg salió al pasillo. Sudaba, y se secó la frente. Curiosamente, utilizó un gran pañuelo rojo para secarse el sudor de la frente, y no parecía un director, parecía un campesino que regresa del campo después del trabajo. Le seguían unas cuantas personas, periodistas, críticos con cuadernos de notas en la mano, un fotógrafo que enseguida disparó su flash sobre el grupo. Kürenberg vio que Siegfried estaba abatido, le apretó la mano y dijo:

—¡Valor! ¡Valor! ¡Valor!

Pero Siegfried pensó:

¿Valor? No me falta valor. Así que no necesito valor. Quizá necesito fe. Sin duda creo; pero creo que todo es absurdo. O quizá no todo sea absurdo, pero que esté aquí es absurdo, que hable con esta gente es absurdo, que nos fotografíen aquí es absurdo, ese relámpago artificial es absurdo, mi música es absurda, pero no tendría por qué ser absurda si yo tuviera un poco de fe. Pero ¿en qué voy a creer? ¿En mí? Sería razonable creer en mí, pero no puedo creer en mí, aunque a veces lo intento, y me avergüenzo, uno tiene que creer en sí mismo, pero hay que hacerlo sin avergonzarse. ¿Cree Kürenberg en sí mismo? No lo sé. Sospecho que cree en su trabajo, y puede creer en su trabajo, pero cuando su trabajo se refiere a mi música, en la que yo no creo, ¿puede seguir creyendo en su trabajo? Ha sido bonito ver que parecía un campesino que venía del trabajo en el campo pero, ¿en qué campo trabaja? ¿En qué terreno? ¿Y quién cosechará los frutos?

Kürenberg presentó a Siegfried. Los críticos le hablaron. Le hablaron en muchos idiomas. Él no los entendió. No los entendió en muchos idiomas. Estaba con ellos, y no estaba con ellos. Estaba ya muy lejos.

Ya cerca de la iglesia de San Pedro, caminando hacia la iglesia, entregado ya a su visión, a la vista de la extrañamente decepcionante cúpula, que parecía pequeña y rechoncha desde aquí, ante la perspectiva de la pomposa fachada, ante la arquitectura de recias columnas, ante el telón de fondo de la columnata, guiado todavía por las pilastras de la Via della Conciliazione, la calle que llevaba a la gran catedral, cuyas casas a derecha y a izquierda se asemejaban a palacios de los seguros, edificios administrativos de importantes sociedades de capital, oficinas principales de florecientes trusts con fríos frentes bien compactados que a esta hora brillaban sin sombras a la luz del sol, aburridos como balances publicados, hacían pensar en caros alquileres y en el Salvador, que echó a los cambistas del templo, a la vista de

esta imagen famosa, sublime y sagrada y, cómo podría ser de otra manera, muy mundana, ante ese escenario sacral reverendísimo y agitado que todos los peregrinos pisan con devoto escalofrío y todos los viajeros de negocios despachan diligentes como asignatura obligatoria, Adolf se vio acometido por un gran temor. ¿Estaría a la altura de la santidad, persistiría, fortalecería su fe? Un ómnibus les había echado aquí a él y a otros visitantes como un cesto lleno de pollos que se deja en un prado, y ya se arremolinaban y se aprestaban a picotear instrucción, y vivencias duraderas, no debía escapárseles ni un grano digno de asombro, ya quitaban las tapas de sus aparatos fotográficos, ya crujía el papel de los bocadillos, ya se desenvolvía lo que habían traído para calmar el hambre que excitaban las estrellas de la guía Baedeker, mientras otros se precipitaban ágilmente en las tiendas de recuerdos, las *cartolerien*, que semejaban pequeñas prebendas pasadas bajo mano; los que habían salido volando de la jaula de la patria, los huidos del aprisco de la costumbre enviaban saludos desde San Pedro a casa antes incluso de haber entrado en los lugares, y Adolf se entristeció, se paró perdido como una astilla en la corriente de la multitud, le empujaban, un pequeño cura, o le preguntaban, creyéndolo informado, absurdamente por absurdas informaciones, y tontamente él veía las pilastras de la calle y se acordaba de otros hitos en los caminos, no coronados de ese modo con esas farolas de fábrica realmente pobres, sino de pilastras adornadas con llamas y humo, de ardientes cabezas de fuego, columnas ardiendo en un callejón por entre las que había pasado orgulloso como niño privilegiado, como hijo de su padre, la Via della Conciliazione le recordaba a Núremberg, por desgracia a la explanada del congreso del partido, sólo aquel campo de ejercicios le había parecido al muchacho más espléndido que este camino hacia la archiiglesia, de la que no esperaba esplendor, no deseaba esplendor, pero que a su vez quería ser espléndida y se medía con el esplendor generalmente rechazado y despreciado de Núremberg y sucumbía ante él, que tras el fuego de las pilastras había traído el fuego de las casas, de las ciudades y de los países. Cierto que en este camino, el mundo es así, no cabía esperar chozas; la pobreza desnuda no era tolerable, así es el mundo, en este lugar; los monjes mendicantes, que sostenían escudillas de lata pidiendo pan y la voluntad, se habían probablemente extinguido, así es el mundo; pero estas nuevas construcciones, estas casas que hablaban de inteligente utilización del suelo y lograda especulación, ¿no eran con demasiada claridad un triunfo de este mundo y un tardío monumento a la victoria de Simón el hechicero, que había luchado con Pedro en esta ciudad?

Una elipse, una curva ovalada es la plaza, y Adolf pensó si aquí habría estado el circo de Nerón, si alrededor del obelisco en mitad de

la plaza habrían corrido las cuadrigas que hoy todavía excitan los sentidos en las películas, si habría estado aquí la cruz en la que Pedro había sido crucificado cabeza abajo y había alcanzado su trágica victoria sobre Nerón y la lira de Nerón y todos los cantantes y todos los emperadores que vinieron tras él. Desde el tejado de la columnata, los santos de Bernini saludaban con grandes y patéticos gestos, como excitados espectadores, al óvalo de abajo, pero nadie estaba siendo visiblemente crucificado hoy, ninguna jauría de animales rugía, ningún reciario abatía al samnita, ningún auriga daba vueltas a la pista, sólo los autobuses de las agencias de viajes se adelantaban unos a otros en dura competencia, Roma y el Vaticano y el Santo Padre y la tumba del apóstol se ofrecían por poco dinero en pocas horas, y de propina la gruta azul de Capri, el palacio de Tiberio, la *Primavera* de Boticelli en Florencia, un viaje en góndola en Venecia y la torre inclinada de Pisa. Otros venían a pie y caminaban en grupos por la plaza, internados femeninos, pequeños pechos palpitantes en azules blusas escolares, boy scouts con banderitas, las rodillas al aire, los anchos y audaces sombreros, pañuelos de cowboy y toda la voluptuosidad de los niños, las congregaciones de gris, viejo y negro, entre las percas y las tencas alguna carpa pensando en su carrera, comunidades parroquiales bajo el amparo de un pastor que quería salir alguna vez de su pueblo, asociaciones de mujeres inglesas, clubes de damas americanas, hartas de tardes de bridge, organizaciones alemanas de visitantes encabezadas por guías de viaje, rápido, decían, ante todo rápido, queda tanto que ver, y la comida ya estaba encargada en Cassino, rápido, pero los niños se detienen, ponen los pulsos despiertos, expectantes bajo el frío chorro de agua de las dos fuentes, pero las madres corren con su nuevo fruto por los escalones hacia la iglesia, con los neófitos vestidos con puntillas blancas en los brazos oscilantes.

«Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas», así los veía Cristo, irreflexivos, desvalidos y vulnerables, y Jesús quería proteger a los desprotegidos, y Pedro, crucificado en el circo cabeza abajo y enterrado en la ladera de la colina llamada vaticana, debía ser Cefas, la piedra, el fundamento inconmovible sobre el que «las puertas del Infierno no prevalecerán», estaba enterrado en la colina vaticana, pero el lobo gusta de disfrazarse de perro, el ladrón de pastor; reyes, tiranos, dictadores, presidentes apacientan a sus corderos, trasquilan sus ovejas, matan sus rebaños en su propio beneficio, y los predicadores de la razón que aparecieron y gritaron «no sois corderos, sois libres, no sois ovejas, sois hombres, salid del rebaño, abandonad al pastor», hacia qué miedo, hacia qué desierto empujaron a los rebaños, que anhelan el secreto olor del establo y quizá incluso el olor a sangre del matadero. Adolf cruzó las puertas de la catedral. Su

educación caminaba con él. Esa educación era incompleta, había sido abruptamente interrumpida, y además él la negaba. Pero ahora volvía a estar con él y le acompañaba. Cuando estaba solo, cuando hablaba con alguien, con los otros diáconos, con el erudito profesor del seminario, con su padre confesor, Adolf se libraba del pasado de Ordensburg, se libraba de sus eslóganes, pero cuando se movía entre la multitud, cuando las masas le rodeaban, le confundían y le exasperaban, se removían en él las astucias de los educadores nacionalsocialistas, la teoría de la utilización de las masas, del desprecio a las masas, de la dirección de las masas, también los jerarcas habían apacentado a sus ovejas, con gran éxito, y los corderos habían acudido ansiosos a ellos. Adolf deseaba sinceramente despreciar las querellas del mundo, el furioso reinado de la Historia, sólo quedaba un cubo de sangre, sangre caliente y nauseabunda de asesinados, pero una y otra vez, cuando se le acercaban el mundo y la Historia, cuando se abrían paso hasta su pensamiento, dudaba si realmente se había separado de todos esos crímenes al ponerse la ropa clerical, de si no estaba otra vez, y a pesar de todos los devotos ejercicios, en una organización que se mantenía involuntariamente, pero forzosa, grotesca y trágicamente vinculada a toda esa chusma de asesinos. ¿Estaba la salvación en la renuncia, en la huida, en la soledad, era la del eremita la única figura de salvación posible? Pero Adolf parecía demasiado débil para ser el hombre solitario, porque Adolf necesitaba apoyo, porque tenía miedo de sí mismo; necesitaba compañía, pero dudaba de su valor. Esplendor de columnas esplendor de columnas esplendor de columnas, Bramante, Rafael, Miguel Ángel, quién no pensaba en ellos aquí, pero las columnas de su obra eran brillantes y frías, el estuco era espléndido y frío, el ornamento del suelo era admirable y frío, Carlomagno, un hombre frío, cabalgaba sobre un frío caballo, y Adolf siguió caminando por la nave central, y allí estaba la placa de porfirio sobre la que fue coronado el emperador, piedra fundida, cristales de cuarzo, feldespato y mica, frío frío frío, y los emperadores eran ungidos y tomaban la unción como carta blanca, como patente de corso, y salían a incrementar su poder, a vencer en crueles batallas, su trono era de oro robado y frío, y la hierba quedaba pisoteada después de la batalla, y los guerreros yacían despedazados y rígidos. ¿Por qué se mezclaba la Iglesia con emperadores y generales? ¿Por qué no veía a los que iban de púrpura y de frac, en uniformes condecorados y sencillas chaquetas de dictador, por qué no reconocía a aquellos que se aliaban con Dios y querían abusar de la cruz para el comercio sucio, para la gula y la lujuria, por el oro y las tierras y la vil ansia de dominio? Había capillas a ambos lados, y en los altares se atareaban ocupados clérigos. Leían misas, decían oraciones, estaban sumergidos en la devoción, hombres piadosos de costumbres puras,

pero eran al mismo tiempo empleados o funcionarios que cumplían con su servicio, despachaban sus tareas, y si a uno de ellos le acometían malos pensamientos que suprimieran toda la magia los altares se convertían en mesas de venta en unos vastos grandes almacenes. A izquierda y derecha había confesionarios, pequeños castillos de sólida madera, y en esos armarios consagrados se sentaban confesores como los funcionarios de ventanilla de un gran banco, el creyente podía confesar sus pecados en todos los idiomas, en todos los idiomas se le perdonaban. También los confesionarios le parecían a Adolf sumidos en un aire frío;

le parecían fríos como las losas de mármol de los cambistas.

Adolf se sentía solo en medio de esa espléndida sublimidad, que a él no quería parecerle tan sublime, a no ser en el sentido arrogante del término, se sentía abandonado por Dios y por su fe en Dios, se sentía acosado por las dudas, quizá tentado por el diablo, que quizá no era ningún diablo, porque cómo hubiera podido llegar un diablo a la casa de Dios, un diablo a la fortaleza de Pedro, un diablo a los lugares mil veces consagrados, y sólo las lámparas de aceite ardiendo sobre el sarcófago del apóstol daban al frío espacio un poco de calor, pero la estatua colosal de un orante volvía a ensombrecer la suave y pensativa luz de las lámparas y hacía pensar en la tumba de un industrial. Sólo la visión de la ensalzada *Pietá* devolvió a Adolf la fe y la respiración, era la liberación para el sumido en retorcidos pensamientos, retorcido dolor, retorcida conmoción, y la interpretó como misericordia, como enorme amor que todo lo envolvía, Adolf quería amar, aunque tuviera que forzarse a amar, quería salir cordial y amablemente al encuentro de todos los hombres, incluso quería salir cordial y amablemente al encuentro de sus padres, incluso de su propio padre, a quien era tan difícil amar. Aquí, ante la con razón ensalzada *Pietá* rezó Adolf, pidió la fuerza del amor; no pronunció ninguna otra oración en la principal iglesia de la cristiandad, y luego, espigado, enjuto y pobre, un pequeño diácono confuso y abatido por el exceso de esplendor, abandonó la catedral de San Pedro, cuyo aire y visión no soportaba.

Ya no recordaba la hora en que había quedado con Adolf. ¿Era a mediodía, era por la tarde? No lo sabía. Lo había olvidado. Quizá no quería acordarme. No quería ver a Adolf, y sin embargo fui al lugar indicado, ya estaba preso; me indigné al verme en la trampa. Adolf perturbaba mi libertad, perturbaba mi sentimiento directo de la vida, perturbaba mi incesante asombro. Me hacía pensar en toda la opresión de mi juventud, evocaba el pasado, la familia, el deporte matinal y la educación racial en el centro educativo nacionalpolítico, y aunque Adolf se había desprendido igual que yo de aquellos días y aquellos eslóganes, aunque se había separado de la familia y vivía su propia

vida en un seminario eclesiástico, la familia seguía pegada a él, eterna como un olor imposible de eliminar incluso en la ropa talar, eterna como un sudor en la piel que ningún baño quita y que se me adhiere también a mí, la peste Judejahn-Pfaffrath-Klingspor, las hermanas Klings— por eran nuestras madres, y eso significaba un siglo de necedad nacionalista, instrucción militar, limitación germanoburguesa, que por desgracia se convirtió en delirante y furiosa cuando por fin desbordó su lecho demasiado angosto. Acudí al encuentro por debilidad. Adolf me conmovía con su ropa de sacerdote. Me parecía un disfraz inducido por el miedo. Alguien que quiere huir y desea que no lo reconozcan en su huida se disfraza así. Pero, ¿adónde huía? ¿Le bastaba, como a mí, irse de allí, y se había conformado también con estar eternamente en fuga, eternamente en un camino del que se sabía que venía de algún sitio, pero nunca adónde conducía? Yo encontraba placer en el camino, o así me lo imagino, pero Adolf no controlaba su nueva vida, la libertad de la familia, la libertad de la tradición esclavizadora, así me parecía, y yo estaba en contra del egoísmo que me predicaba a mí mismo, y a veces el egoísmo me parecía la única posibilidad de afirmación, aunque en todo caso seguía siendo discutible si había que afirmarse, yo estaba en contra de todo instinto de conservación, asistir a Adolf, ayudarle... ¿pero podía hacerlo? ¿Dominaba yo la vida en libertad? Y entonces pensé: si Adolf y yo no controlamos la vida, deberíamos aliarnos contra aquellos que carecen de escrúpulos y quieren gobernar conforme al grado de su limitación, contra los auténticos Pfaffrath, los auténticos Judejahn, los auténticos Klingspor, ¿podríamos quizá cambiar Alemania? Pero mientras lo pensaba ya no me parecía posible cambiar Alemania, sólo se podía cambiar uno a uno mismo, y cada uno tenía que hacerlo por sí mismo, completamente solo, y mandé al diablo a Adolf.

Fui por el puente de Sant Angelo hasta el castillo, y los ángeles en sus basamentos, los ángeles con sus alas de mármol, parecían gaviotas que se hubieran vuelto demasiado pesadas, que tuvieran plomo en el cuerpo o pensamientos de plomo y que ya no pudieran levantarse en el aire. No podía imaginarme los ángeles del puente en el cielo. Jamás flotarían sobre Roma, nunca abrirían mi ventana, nunca se posarían junto a mi cama, nunca me agraciarían con el batir de sus alas, nunca encenderían para mí la luz inmensa del paraíso. El Tíber corría turbio, negruzco, salobre a través de los viejos arcos de piedra, corría bajo mis pies hacia Ostia y el mar, muchos muertos habían corrido con él, era un río viejo y experimentado, y no me atraía bañarme en sus aguas, que eran como la apestosa agua de lavar de una vieja ninfómana... ¡Sí, sí me atraía, quizá algún día yo también sería abatido!

Adolf no esperaba en la puerta del castillo. Me alegré. Había venido demasiado pronto. Ahora lo sabía. Había llegado una hora demasiado pronto, y me alegré de haber llegado una hora demasiado pronto, era completamente libre delante de esa puerta del castillo, era tiempo regalado, ¡era libertad!

Un guía turístico se sentaba al sol en un taburete. Leía el *Avanti*. Quizá soñaba con un mundo más justo. Llevaba su gorra de visera oficial echada hacia atrás. Su rostro estaba bien alimentado; parecía serio y necio. Sus zapatos eran viejos, pero estaban relucientes. A ratos, escupía entre sus zapatos relucientes.

Un coche de caballos esperaba. No se sabía si estaba ocupado o libre, o si sólo esperaba por esperar. El cochero dormía en el polvoriento asiento del fondo. Su boca abierta bostezaba al cielo. Un insecto zumbaba a su alrededor. Para el insecto, la boca del cochero tenía que ser la puerta del Infierno. La boca del cochero era amenaza y atracción. El caballo llevaba un mosquitero sobre la frente y las orejas. Miraba el asfalto con la expresión vacía y defraudada de un viejo teólogo moral. Cuando el guía escupía entre sus zapatos, el caballo movía la cabeza con desaprobación.

También había un gran automóvil negro delante del castillo. Un auténtico vehículo del Infierno. Quizá el diablo aún tenía cuentas pendientes en la vieja vivienda de los papas. El coche me sonaba familiar. Tenía que haberlo visto antes. Pero, ¿quién no ha visto antes la calesa del diablo? El chófer llevaba librea de soldado, estaba en pose militar junto a su vehículo. Llevaba crujientes polainas de cuero, hinchados bombachos y una guerrera entallada. Su rostro era anguloso y tostado. Sus ojos miraban fríos y al tiempo desconfiados. Eran los ojos de un soldado y un vigilante. El chófer me resultaba desagradable. No me gustaba.

Caminé hasta la orilla del Tíber. Me apoyé en la barandilla y vi abajo, en el río, el barco piscina en su esplendor pintoresco y engañoso. El barco se mecía sobre las lentas aguas y parecía el arca de Noé. Era una hermosa y sucia arca de Noé. Toda clase de animales, patitos y ocas chillonas, gatitos, cachorros de perros de las más variadas razas y cruces se revolcaban confortablemente en la cubierta. En el borde del río, cubierto de seco césped, excrementos y relucientes chapas retorcidas, hasta el que llevaba una empinada escalera desde el puente, un chiquillo era perseguido por dos muchachos que lo tiraron bruscamente al suelo. El niño y los dos muchachos llevaban escuetos bañadores triangulares de un llamativo y estridente color rojo. El niño era guapo, pero los dos tipos tenían la piel enferma y llena de manchas; tenían rostros perversos y ordinarios. Les conocía. Me repugnaban. Eran prostituidos y extorsionadores, eran cobardes, criminales y malvados. Pero yo estaba solo. Quería estar solo, pero a

veces anhelaba cercanía, contacto, olor a fogón y establo, a un mundo de comunidad corporal que había perdido y del que me había desprendido, a una coacción de la que me creía liberado, el mundo joven de Ordensburg, el olor de los grandes dormitorios, los cuerpos desnudos de muchacho corriendo en espartana educación por el suelo helado, a la niebla matinal de la carrera por el bosque, y luego el mundo de las asociaciones varoniles, amparo, campamento y hogar de los movimientos nacionales, ese mundo también incluía la camaradería de los soldados, me había desprendido de todo eso, estaba solo, quería estar solo, y Kürenberg ensalzaba la soledad del hombre creativo, pero con esos tipos me unían el origen y la educación de forma subterránea, y eran manifestaciones de una mala conciencia de la que aún tenía que liberarme. Cuando uno de ellos levantó la vista hacia mí y me vio en la alta barandilla, se cogió la punta de su bañador triangular y me invitó con un gesto obsceno a bajar la escalera hasta la orilla y el barco piscina. El tipo tenía unos puños como garras y unos músculos hinchados que no revelaban verdadera fuerza, sino más bien degeneración y aflojamiento. Me resultaba muy repugnante. También el otro tipo me resultaba repugnante. Pero el hermoso muchacho yacía entre ellos, brutalmente agarrado no por garras de águila, sino de repugnantes e impuros buitres, Zeus-Júpiter estaba muerto, también Ganimedes estaba sin duda muerto, me maldije, descendí hacia los muertos hacia las mazmorras había descendido, hacia un pasadizo defensivo, el lúgubre camino, alumbrado tan sólo por el escaso resplandor de las lámparas, penetraba más y más en el vientre del castillo papal, y luego venían bóvedas bajas, venía aire de foso, había que caminar agachado, trampillas disimuladas mostraban agujeros aún más tenebrosos, abismos insondables espantaban, fosas criminales, pozos de la muerte, cadenas caíanle los muros, grilletes para los pies, cepos para los brazos, hebillas punzantes de hierro forjado para el cuerpo, toda clase de instrumentos de tortura colgaban del techo, potros, quebrantahuesos, herramientas para desollar, lechos de piedra en los que los encadenados se pudrían y la podredumbre y los esqueletos habían dejado los contornos del condenado u olvidado incluso en el duro e insensible granito, y arriba estaban las estancias ceremoniales, las viviendas familiares, las adornadas capillas, vivía el despierto sentido del arte, había hermosas y devotas imágenes, tallados reclinatorios, los candelabros de plata de Cellini, en la biblioteca se disfrutaba de los libros, se recogía la sabiduría, se edificaban las almas, se oía quizá música, se respiraba el viento de la tarde, y arriba del todo el ángel flotaba sobre el castillo, el arcángel san Miguel veía el sol, divisaba el brillante esplendor de las estrellas y miraba el famoso panorama de la Ciudad Eterna y guardaba en la vaina su

espada de fuego.

Adolf había alcanzado la más profunda de las mazmorras. Una especie de ánfora se hundía en la roca originaria, y allí el prisionero podía estar de pie, erguido, con la cabeza aún por encima del suelo, pero la porquería que dejaba caer debajo de él subía lentamente por el cuerpo, amurallaba el cuerpo, la porquería subía hasta el cuello del declarado pecador, y a quien había visto aquí a la luz de las antorchas la cabeza del hombre, una cabeza aún, liberada por la cloaca del cuerpo, le brotaba sin duda de los labios el grito «*Ecce homo*... ved aquí al hombre», y el carcelero podía arrodillarse y entender el milagro del cristianismo ocurrido al rechazado en la más baja de las mazmorras. Adolf se arrodilló en la fosa y oró, oró con más fervor de lo que lo había hecho en San Pedro; rezó por las almas de los desconocidos prisioneros. Su sotana tocó el polvo, la piedra presione, sus rodillas. Creyó. El mundo necesitaba redención. Creyó, el hombre tenía que volver a ser redimido. Se levantó y se sintió extrañamente fortalecido. Quería volver a subir, quería ver la luz, cuya claridad sólo se advertía detrás de la oscuridad, entonces oyó pasos, pasos firmes como de alguien que no tiene miedo, al que nada oprime y que camina alegre por su casa, pero su casa es una cárcel, y Adolf, atacado por el miedo, como si se avergonzara de haberse detenido en este lugar, quiso escapar por un nicho, pero el camino estaba cortado, así que Adolf se escondió, y por una grieta en la pared del nicho pudo ver al tan seguro visitante de la mazmorra inferior el bañero era como un fauno, obeso, de piel caída, astuto, me llevé a Ganimedes a la celda, desprendí de su sexo el triángulo rojo, miré al niño, era hermoso, y la dicha y la tristeza me llenaron a Ja vista de su belleza habían llegado al monasterio de Cassino y estaban celebrando un alegre picnic en el campo de batalla. El vino circulaba, y las señoras temían achisparse, pero los caballeros decían que entonces aún habían bebido más vino, los mejores toneles del sótano, y uno aún se acordaba muy bien de todo, había sido ayudante de campo, había visto la situación en su conjunto, volvía a verla, allí estaba la abadía, aquí estaban ellos, y allí estaba el enemigo. Había sido, después de todo, una guerra limpia. La guerra había destruido la vieja abadía, pero había sido destruida en una guerra limpia. Todos habían combatido limpiamente, incluso el enemigo, y los muertos habían muerto limpiamente. Dietrich Pfaffrath estaba pendiente de la boca del narrador. Los nuevos muros blancos del monasterio resplandecían en la montaña. ¿Dónde estaban las ruinas de la batalla? Los andamio» anunciaban la reconstrucción, y era hermoso y edificante oír hablar de una guerra limpia en un paisaje idílico, después de haber escarnecido de tal modo a Marte, Friedrich Wilhelm Pfaífrath, animado por la conversación, habló entonces de Verdón. Habló de la guerra de trincheras. La guerra de trincheras no

había sido tan limpia, quizá porque entonces la gente aún no era tan deportiva, pero también se había llevado de manera decente, decente y justa. Decente y justamente se había odiado al enemigo, decente y justamente se había disparado sobre el enemigo, y cuando se volvía a pensar en ello y se recordaba..., no sólo se había muerto, también había alegres episodios que contar, divertidas anécdotas de las grandes matanzas. Sacaron del coche más comida y botellas. Comieron de un paño blanco que la señora Anna, una atenta anfitríona, había traído. Bebieron pasándose la botella alegremente, los viejos y los jóvenes guerreros, y las mujeres bebieron también, el sol brillaba, y había un burro apartado, espantando las moscas con el rabo y piafando «¡iaaah, habéis vencido!». Y Dietrich estaba sentado arrogante y erguido, con la espalda en escuadra, y estaba decidido a no negarse a ninguna llamada de la patria, como ningún hombre honesto se negaría nunca; pero podía ser que Dietrich fuera entonces insustituible en su tarea, no era cobarde, pero era ambicioso y pensaba en su carrera.

miré al chiquillo, dichoso y triste. No me atrevía a decirle una palabra. No me atrevía a tocarle. No me atrevía a acariciarle el pelo. Me llenaba la nostalgia, nostalgia de la dicha y la tristeza y la soledad dichosamente triste. Pero el peor de esos tipos entró en la celda, goteando agua, apestaba a las aguas apestosas del Tíber, como también todo el barco piscina olía a esas aguas que se pudrían bajo las cuadernas y cloqueaban como mil bocas codiciosas, había manchas salpicando la piel del degenerado muchacho, granos que florecían rojos y purulentos en el fláccido campo del rostro tempranamente arruinado, los ojos eran turbios, acechaban, miraban pérfidos y duros, y su cabello estaba pegado del agua apestosa. Me repugnaba. Estaba desnudo, y me repugnaba. Me odié. Mi chiquillo se escurrió por la puerta. Me odié. La náusea estaba a solas conmigo en la celda. Me odié y me apreté contra su cuerpo escarnecido, pasé mi brazo por su nuca mojada, apreté mi boca contra su boca vil y venal. Fue placer y pasado lo que sentí, fue recuerdo y dolor, y me odié por la grieta del muro Adolf Judejahn vio entrar al último carcelero. Le reconoció. Reconoció a su padre. Se sobresaltó, quiso lanzarse sobre él, y luego se quedó como paralizado, petrificado, y sin embargo un preciso observador

Judejahn había entrado por el castillo, había visto armas y armaduras y aparatos de guerra, y el pequeño Gottlieb había sentido el escalofrío de la Historia, pero Judejahn había recorrido las salas realmente aburrido, no había nada nuevo que ver en los viejos tiempos, conocía todo eso, no estaba sorprendido, se sentía confirmado en su trabajo y bajó, realmente seguro de sí mismo y aburrido como alguien que después de larga ausencia visita su vieja

casa, a las mazmorras. Entró relajado a la última mazmorra, el pozo en la roca, la tumba del cuerpo vivo. Guerras y carceleros, prisión y muerte, siempre las había habido, Pedro había muerto en la cruz del martirio, y sus administradores habían ordenado la muerte por martirio de sus enemigos, así seguiría siendo, y estaba bien que así fuera. Era humano. ¿Quién hablaba de inhumanidad? Judejahn escuchó un rato, y como a su alrededor todo seguía en silencio, como no se oía un paso, siguió sus deseos e hizo sus necesidades en el agujero del más mísero de los presos.

Adolf vio como Cam la desnudez de su padre Noé, pero como Sem y Jafet se cubrió el rostro con las manos el rostro con las manos se cubrió Eva, su madre, no quería ver ese trozo de cielo azul, no quería ver el alegre sol romano. Estaba, la mujer vestida de negro, el fantasma del Norte y el país de la niebla trasladado a Roma, la vengativa que incubaba terrible revancha, la verdadera guardiana del mito del siglo XX, la que guardaba luto por el Führer, la eterna creyente en el Tercer Reich y en su resurrección, estaba junto a la ventana, y delante de ella estaba el patio del hotel preferido de los alemanes y en el patio una montaña de botellas vacías. En su prisa por llegar a tiempo al picnic de Cassino, los Pfaffrath no habían informado a Eva sobre el encuentro con Judejahn. Ningún saludo había llegado hasta ella. Estaba sola. En el patio, los pinches y las mozas de cocina cantaban canciones de negros que Eva no entendía y cuyo ritmo la atormentaba. En el pasillo ante la puerta de Eva, una camarera del servicio de habitaciones dijo al camarero de planta:

—La vieja nunca sale, ¿por qué habrá venido a Roma?

El camarero tampoco sabía por qué la vieja había venido a Roma. Gritó una obscenidad a la muchacha. La muchacha chilló y miró extasiada la blanca espalda del camarero vestido de blanco. Luego llamó a la puerta de Eva, entró y empezó a barrer el suelo, de mal talante. Eva estaba delante de la escoba, del recogedor; no sabía dónde ir. La muchacha abrió la ventana, y las canciones negras sonaron más fuertes; las canciones negras sonaron más salvajes, las canciones negras penetraron en la habitación, penetraron hasta la esquina en la que Eva estaba Adolf lloró

Subí desde el río por la desvencijada escalera, estaba contento, venía de las aguas, venía del viejo, amistoso, lento y turbio Tíber; a la orilla, el tiempo se había detenido. El cochero dormía con la boca abierta, el insecto zumbaba delante de la puerta del Infierno, el caballo miraba, amargo y reflexivo, al suelo, el guía turístico leía el *Avanti* y seguía escupiendo entre sus relucientes zapatos. Sólo el gran coche negro con los números arábigos se había ido. Ya no tenía que ver al chófer militar, no tenía que estar al alcance de sus ojos fríos y vigilantes. El diablo debía de haber terminado sus asuntos en el

castillo del Papa; los ángeles seguían sin poder volar en el puente de Sant Angelo, pero ya no me parecían pesados y pensativos, me parecían ligeros y flotantes. El agua turbia del viejo río amigo de los dioses, en el que me había bañado, el húmedo y envolvente abrazo del mítico elemento, me habían refrescado y puesto eufórico.

Salió por la puerta del castillo y el sol pareció deslumbrarle, porque no me vio. Estaba pálido, y por un momento creí reconocer mi propia palidez en su rostro. Adolf no era mi imagen en el espejo, pero quizá sí lo fuera, un espejo ciego en el que uno se encuentra ajeno y similar. Cuando me vio, vino con vehemencia hacia mí. Su paso iracundo parecía querer desgarrar sus ropas talares. Tela y polvo se arremolinaban tras él, y sus zapatos, toscos zapatos de campesino, resultaban extraños y míseros sobre el empedrado romano. Gritó:

—Le he visto.

Se podía creer que el cura había visto al demonio. Señaló hacia la puerta:

—Aquí estaba —exclamó.

Le entendí; había visto a Judejahn, su espantoso padre. ¿Le había hablado también? Pregunté. Su rostro se inflamó. Se avergonzó. Así que no le había hablado, se había escondido, y pensé: tiene miedo de su padre, se esconde, un psicoanalista diría que del rostro de Dios padre, el viejo dios judío de la venganza; no es libre. Adolf me resultaba indiferente, me resultaba pesado, seguía siendo para mí un miembro del clan, del que yo no quería saber nada, pero su confusión me conmovió, su esfuerzo, su búsqueda de un camino; pero su camino no llevaba a la libertad, me habría gustado ayudar a Adolf, me habría gustado guiarle a la libertad. Pero, ¿quería él ser libre? Dirigí nuestros pasos hacia el puente. Estaba agobiado, y embestí contra su agobio y grité:

—¡Qué hermosa es Roma! —señalé el río y sus orillas como si me pertenecieran. Exclamé—: Mira el Tíber, ¿no es hermoso, viejo y benéfico? Me he bañado en el Tíber, toca mi pelo, ¡está mojado de la buena agua del Tíber! —mi cabello colgaba en mechones. Él no lo había visto hasta este momento—. Mira esos ángeles —grité— e imagínate que alzan el vuelo, que baten sus negras alas de mármol, que vuelan hasta el Capitolio y bailan con los viejos dioses. ¿No lo oyes? ¡Pan toca el saxofón, y Orfeo canta al banjo pequeñas canciones de la selva!

La verdad es que de pronto encontraba hermosos a los toscos ángeles, de verdad los veía volar, los veía bailar el boogie-woogie; los saludé, también los ángeles eran amigos, me alegré, era libre. El cielo resplandecía, una alta y azul cúpula. Yo era el que poblaba el cielo de ángeles y dioses; el cielo estaba amablemente poblado por ángeles y dioses porque yo quería, porque me hacía gracia, porque me lo

imaginaba; hice que la banda de música celestial tocara jazz en la colina del Capitolio, soñé la música, soñé los bailes; el cielo, los aviadores lo contaban, era negro en lo alto, y sólo un velo fino y rechazante de la gélida nada que rodea nuestra necia tierra... me alegraron mis sueños, porque era libre, era libre de soñar, podía soñar, me lo había permitido. Me hubiera gustado tirar a Adolf al Tíber, quería bautizarle en la alegría, pero como no me contestó nada, como caminaba en silencio a mi lado, aporreando las piedras del puente con sus toscos zapatos de diácono, y sólo a veces me miraba, con extraña fijeza, interrogante, penetrante, exigente, y como quería hacer algo por él, le invité a un helado.

No bebía más que leche, leche infantil pasteurizada, cuidadosamente calentada, llevada con absoluta precisión hasta el calor de la ubre. Le atendía una puericultora, que colocaba los cojines en la silla de ruedas de su cuarto, probaba desconfiada el sabor de la leche y, en su uniforme de enfermera a rayas azules y blancas, olía ella misma a leche, a lactancia, a pañales esterilizados y talco, mientras él llevaba cuidadosamente, con manos apergaminadas, el vaso hasta el rostro apergaminado, mientras irrigaba cuidadosamente los labios estrechos como un corte de cuchillo con la suave nata. El sol brillaba, pero la habitación estaba oscurecida, y fuertes estufas eléctricas difundían un calor casi insoportable, que junto con el insípido olor de la leche hubiera aturdido a cualquier visitante. Él se hacía llamar Austerlitz, y quizá se llamara realmente Austerlitz, pero era difícil imaginar que tuviera un nombre verdadero; nadie sabía qué fundiciones poseía o qué mayoría accionarial o a qué fábrica representaba, quizá poseía todas las fundiciones de armas, todas las mayorías, o las representaba al menos a todas; dónde estaban sus almacenes fue siempre su secreto, cómo llevaba a cabo las entregas era asunto suyo, pero los fusiles llegaban, y los cañones iban a parar puntualmente al puerto. Austerlitz era correcto y digno de confianza, y sus relaciones con todos los gobiernos y con todos los revolucionarios de todo el mundo eran, como su crédito, legendarias. Como Judejahn, también Austerlitz llevaba unas gafas azules, de forma que ambos podían enviarse necios y misteriosos destellos azules de lémur. Parecían sombríos homúnculos. La puericultura había traído a Judejahn un carrito con fuertes bebidas alcohólicas, hielo y cocteleras, y escuchaba satisfecho, tan sólo atormentado por el calor y el vapor de la leche, que le hacían beber más y más, lo que los grandes dejaban caer para los pequeños. Algún que otro instrumento de muerte bien conservado se podía conseguir a precios sorprendentes, y parecía como si hubiera mecenas innominados, silenciosos benefactores de la Humanidad o discretos amigos de la Muerte, que corrían con los gastos de abastecer de armas a pequeños pueblos

valerosos, países de escaso patrimonio, para que el riesgo de guerra no se extinguiera ni en las circunstancias más marginales. Se mantenía el ascua de la guerra. Quizá la chispa saltara un día y volviera a inflamar el mundo. Las inversiones merecían la pena, la guerra era un deudor seguro. Judejahn elegía con cuidado y conocimiento lo que podía necesitarse en el desierto. Se reconocían sus plenos poderes. Sin embargo, atizado por el whisky con el que combatía el calor, el calor y los vapores lácteos que le quitaban el aire y le daban ganas de vomitar, se indignaba de no poder comprar más que para sus semitas y moros, para sus tipos entrenados del fuerte del desierto, y anhelaba la patria, el bosque alemán, mayores circunstancias y tareas más grandes, que le permitirían hacerle a Austerlitz pedidos aún más grandes. Austerlitz, un pequeño rastro lechoso sobre la piel apergaminada por encima de la raya del labio superior, estaba, naturalmente, bien informado de los movimientos en el importante mercado alemán. ¿Quería Judejahn ver las cotizaciones? Judejahn era un viejo cliente. Pero Austerlitz sabía esperar. Las posibilidades maduran, y como consideraba a Judejahn un hombre de segunda fila, que en estos momentos no estaba en alza, del que aún no se sabía cuándo y dónde volvería a estarlo, no le dijo todo lo que sabía. Pero mencionó a un tal general Von Teufelshammer como uno de los leales, que volvía a estar manos a la obra, y mencionó al pequeño doctor, que ya había trabajado de soplón para el gran doctor y ahora, con mirada idealista, quería representar el papel del doctor en la política nacional. Judejahn los conocía, los veía ante él, al general con su cara de primero de la clase, las gafas redondas, las orejas separadas y la boquita abierta como para ladrar, lo veía bailar delante del Führer, completamente inclinado, completamente alumno modelo y dispuesto a sostener el frente hasta la muerte del más anciano de los miembros de la defensa civil, y también conocía al otro, el pequeño doctor, que había estado dispuesto a sostener el frente hasta la muerte del más joven de los miembros de las Juventudes Hitlerianas, lo conocía de su despacho, venía a verle a veces con mensajes del gran doctor, un Estillo de boca de rata, la boca de una rata sonriente, a Judejahn no le había gustado, no porque le recordase a una rata, sino porque había estudiado y pasaba por ser un ambicioso intelectual... y mira por dónde, se habían aliado o hacían como que, y era discutible si lo hacían en el mismo sentido que él y preparaban el Reich para él, quizá llevaba demasiado tiempo muerto, tenía que ir allí, tenía que aparecer en Alemania para seguir dentro del juego alemán, tenía que verles las manos a esos escolares y alumnos modelo, y eso quería decir que iba a dejar que Pfaffrath lo arreglara, la anulación de la sentencia, la absolución formal o tácita, Judejahn ya no tenía por qué temer a los jurados, eran comprensivos con él y pensaban en su futuro, pero a

Judejahn le reconcomía tener que depender temporalmente de Pfaffrath, tener que tratarlo amigablemente. Dio un puñetazo entre los vasos. Sonó como si las retortas en las que se engendraban los homúnculos fueran a estrellarse. La puericultora acudió sobresaltada, pero Austerlitz le hizo señas tranquilizadoras. Enseñó a Judejahn, sacándolo de un saquito de gamuza, el modelo de una nueva pistola con silenciador, y Judejahn —ya el pequeño Gottlieb se paraba con ojos codiciosos delante de los escaparates de las armerías— se enamoró enseguida de ese manejable y práctico dador de la muerte, y ya no pudo separarse de él. Austerlitz, conocedor de la Ley, aseguró a Judejahn que iba en contra de las leyes italianas vender, comprar y portar armas de fuego, pero entregó a Judejahn la pistola como muestra para unas quizá mayores necesidades de ella en el desierto.

—¿Y dónde —preguntó Austerlitz en voz baja, sonriendo infantil y sorbiendo el insípido cuenquito de leche—, dónde no hay un desierto, una jungla?

No preguntó dónde no había muerte.

La heladería había puesto mesas y sillas en el patio de la casa; allí se estaba bien, se disfrutaba de la sombra, se estaba apartado del ruido de la calle, y Siegfried y Adolf se sentaron, reunidos como para una instructiva conversación, en una logia decorada al estilo de la antigua Roma; los rodeaban muñones de columnas, ramas de hiedra, máscaras arañadas de familiares lares, una pequeña fuente chapoteaba una alegre canción, una palmera daba gusto a la vista, y las cabezas de yeso de dioses, poetas y filósofos, las melladas cabezas de sátiros, hombres de Estado, Césares, las amables de amorcillos y ninfas, miraban con narices abolladas, orejas cortadas, ojos ciegos, cómo lamían su helado siciliano congelado como el granito. Adolf, el agobiado diácono, que al principio había seguido a Siegfried a regañadientes, apagó en el helado el incendio de la vergüenza sufrida, le supo repentinamente bien, y tragó con sana codicia ese fruto de invierno artificial, que picaba en la lengua y se fundía aromáticamente, mientras Siegfried estaba ahora pensativo, tan sólo daba lametazos y mordisqueaba y dejaba que el helado se fundiera en su cuenco en una salsa rojiza y lechosa. Adolf, refrescado por el placer del paladar y sintiéndolo todo más natural, más fácil e inofensivo en medio de esa hojarasca, se volvió a Siegfried y preguntó por qué no iban a ver a sus padres. Adolf propuso ir a verlos, presentarse ante ellos y decirles que así eran las cosas, distintas sin duda de lo que ellos hubieran querido, pero que podían justificar la vida que llevaban. Siegfried exclamó:

—¡Sin duda te has vuelto loco! ¡Yo no quiero justificar mi vida! ¿Cómo se me va a ocurrir justificarme ante mis padres? ¡Ni se me

ocurre semejante cosa!

Adolf dijo que siempre había que justificarse por la vida, ante Dios y ante los hombres, y por qué no también ante los padres.

—¿Consideras a tu padre un dios o un hombre? —preguntó Siegfried.

Fue perverso, y Adolf se excitó:

—Eso no son más que frases —exclamó—, estás atrapado en tus frases como todos los demás, a los que te crees superior porque das a tus frases un sentido negativo, cínico, en lucha contra todo, que me parece absurdo o me demuestra lo desesperado que estás.

Siegfried: —¿Te enseñan en el seminario a presentar la desesperación de los otros como preparación psicológica a una posible conversión?

Adolf: —No estoy hablando del seminario, estoy hablando de ti.

Siegfried: —A mí déjame en paz. Vivo como quiero. No necesito a nadie.

Adolf: —Bien, quieres vivir para ti mismo. Crees haber encontrado tu camino. Eso te basta. Pero entonces, ¿por qué eres tan intransigente? Con el mismo derecho nuestros padres podrían decir que han vivido su vida, han seguido su camino, que les gustaba así.

Siegfried: —Eso es lo que dirán.

Adolf: —Pero tú no apruebas su vida, ¿no?

Siegfried: —No, porque han torturado a los otros mediante sus ideas y con sus ideas, porque me impusieron una educación militar, porque empezaron una guerra, porque trajeron el dolor, porque causaron infinita destrucción, porque hicieron de nuestra patria el país de la intolerancia, de la necedad, de la megalomanía, del presidio, del cadalso y de la horca. Porque mataron a gente o se quedaron cómodamente en sus casas aunque sabían que se estaba matando a gente.

Adolf: —¿Y crees que eso no puede volver a ocurrir?

Siegfried: —¡Vaya si lo creo! Sueño dormido y despierto, y veo desfilar a los pardos y a la necedad nacional. Y por eso quiero vivir mi vida, mientras el Dios nacionalista esté desarmado y no pueda impedírmelo. Es mi única oportunidad.

Adolf: —¿Y por qué no intentas combatir una evolución que te parece tan funesta?

Siegfried: —¿Cómo voy a combatirla?

Adolf: —¡Intenta cambiar a los hombres!

Siegfried: —No se les puede cambiar.

Adolf: —¡Tienes que intentarlo!

Siegfried: —¡Inténtalo tú! Tu Iglesia lleva dos mil años intentándolo.

Adolf calló. ¿No sabía qué decir? ¿Admitía que no había

esperanza? Pero entonces dijo:

—¿Y tu música? ¿No quieres cambiar el mundo con tu música?

Siegfried dijo:

—No. Eres un fantasioso.

Pero Adolf se mantuvo terco y preguntó, testarudo:

—¿Por qué haces música, por qué compones?

Siegfried: —No lo sé.

¿no lo sabía? Él tenía razón: escribía música por miedo, por desesperación, por malas historias, por sueños espantosos, adivinaba, planteaba preguntas sin saber la respuesta, sin tener una respuesta, no podía dar una respuesta; no había respuesta. La música era una construcción misteriosa a la que ya no había acceso alguno, o sólo por una estrecha puerta que dejaba pasar a muy pocos. Quien estaba en la construcción ya no podía hacerse entender por los que estaban fuera, y sin embargo también para ellos era importante esa misteriosa e invisible construcción erigida conforme a una fórmula mágica. La música no estaba ahí para cambiar a los hombres, pero guardaba correspondencia con el también misterioso poder del tiempo, y así quizá con el tiempo podía contribuir a grandes cambios, pero qué es en el tiempo un siglo, qué un milenio, medimos el tiempo desde el punto de vista de nuestra fugaz vida, pero no sabemos lo que es el tiempo. Quizá sea amable, más bondadoso de lo que creemos, quizá sea una Gorgona cuyo terrible rostro seguimos sin haber reconocido del todo. Pero aparte del tiempo y de la música Adolf me conmovió, porque, ¿acaso no era también mi idea que nosotros, los hijos, que deseábamos otras formas de vida, debíamos luchar por ellas, a pesar de la falta de expectativas? Quería tender la mano a Adolf.

Pero

Siegfried dijo:

—Sucumbiremos frente a Dietrich. Mi hermano Dietrich siempre vencerá sobre nosotros. Y tú también sucumbirás como cura. Sucumbirás y te aliarás con Dietrich como representante del orden, del Estado y de la mano dura hasta la perdición… o perecerás. ¡Además, no te creo! No creo que creas en tu dogma, y no creo que creas en los hombres. Tú has corrido a buscar a Dios, te has pasado a él, porque necesitabas un Señor, y te convertirás en uno de esos curas decepcionados y amargados que no creen. Por fuera serás un cura impecable, pero sufrirás.

Adolf dijo:

—No lo sé.

Yo era feo, feo como Calibán. No había ningún espejo, ningún espejo mágico; me habría mostrado el rostro de Calibán «completamente rodeado de víboras». Veía la sotana gastada y raída de Adolf. Veía, aunque no las viera, sus toscas botas campesinas bajo

la mesa. ¿Por qué le atormentaba? ¿Por qué le desanimaba? ¿Porque yo mismo estoy desanimado, o porque mi desánimo me asegura la existencia marginal, la flauta de Pan junto al pantano? ¿Estoy buscando realmente una patria, o me limito a invocar la Humanidad como una niebla en la que puedo desaparecer? Amo Roma porque soy un extranjero en Roma, y quizá querría ser siempre un extranjero, un espectador en movimiento. Pero otros necesitan tener su casa, y si hubiera una patria sin griteríos, sin banderas, sin desfiles, sin enfatizar el poder del Estado, un buen ordenamiento en una vecindad libre y amable, una inteligente administración, un país sin coacciones, sin arrogancia hacia los próximos y los ajenos, ¿no sería también mi patria? No la encontraré. No creo en ella.

Regalé a Adolf mi entrada para el concierto. Le dije que él podía ir vestido de cura, pero yo no podía ir, no tenía un frac. Dije:

—Seguramente querrás ir.

Él dijo:

—Sí. —Dijo—: Iré.

Laura, la de sonrisa encantadora, se dirigió a su caja, y como no sabía hacer cuentas se había confundido también con la hora. El bar aún estaba cerrado; su propietario aún no había llegado, aún no había metido la llave en la cerradura del negocio, y tampoco los guapos camareros estaban aún allí, aún no se habían puesto sus fracs lila, todos estaban con sus familias, ayudaban a sus mujeres en la casa, jugaban con los niños, y cansados y disgustados se aprestaban lentamente a ir al trabajo, con los homosexuales de los que vivían.' Laura estaba delante de la puerta, miró a su alrededor, sonrió a la Via Veneto y sonrió al gran coche negro que pasaba sin ruido, como si resbalara con invisibles patines sobre invisible hielo, sonrió al conductor, que saltó fuera del coche, entallado, cepillado, reluciente como un rayo, que abrió la puerta, juntó los relucientes tacones, y Laura regaló su sonrisa a Judejahn, al que reconoció como el hombre no homosexual de las gafas azules que había hecho una vez el honor al local, por ignorancia de su peculiaridad y a una hora tranquila. Judejahn había querido ver a Laura, y cuando la vio insospechadamente en la calle, delante de la puerta cerrada, comprendió lo que había ocurrido, que se había equivocado con la hora, y dijo en inglés que aún no era la hora, que la puerta aún estaba cerrada, hizo como si lo lamentase, habló del whisky que le había atraído, y Laura sonrió, envió rayos a través del azul de sus gafas, calentó su corazón, satisfizo sus sentidos, y la sonrisa envolvió también al gran coche; como para todas las mujeres, también para ella la potencia del motor, el recio deslizarse de pantera del vehículo, eran un símbolo sexual, que halaga fácilmente al propietario del coche y al

que hay que someterse femenina, no porque el propietario, como cabe sospechar, sea un tipo rico, un buen pretendiente, sino por instinto de esclava, porque es poderoso, Señor de los caballos de potencia que impulsan poderosos el coche de su vida, y éste disponía además de un chófer que se quedaba petrificado ante Su Majestad. ¿Qué hacer? Judejahn iba a proponer ir a la pastelería de la casa de al lado, tenía hambre, y el repugnante cuenquito de leche de Austerlitz le había abierto apetito de pasteles de nata, e imaginó los grandes ojos de Laura, su sonrisa de ensueño y de voluptuosidad flotando sobre compotas y tortitas, en una atmósfera de azúcar que él pensaba sazonar con coñac, pero al invitar a Laura se atascó en su inglés trabucado y balbuciente, el pequeño Gottlieb no había hecho sus deberes, y cómo veía que su sonrisa era para Bettina la invitó a dar un paseo, y ella dejó que el chófer le sostuviera la puerta, subió y, así son las mujeres, la sonrisa entró en una jaula.

Se deslizaron con lentitud, invisibles patines sobre invisible hielo, debajo emitía brillos tornasolados el infra— mundo, rugían los duendes, disputaban los malvados enanos, rechinaban los dientes los esbirros del Infierno, expectantes, atizando fuegos invisibles, bañándose en llamas, frotándose el miembro lujuriosos, y el coche atravesaba la Porta Pinciana, entraba en el parque de la Villa Borghese, y la sonrisa prisionera se derrochaba en el acolchado habitáculo, la llevaban confortablemente por verdes avenidas, se reclinaba, y su acompañante de las gafas azules podía ser su rey Faruk, su magnate del petróleo, tenía las manos grandes, no era homosexual, y él veía su talle, veía su cuello, aquello que había que agarrar, odiaba esa vida, odiaba a esa clase de mujeres, como botín de guerra le valían, en el prostíbulo incluso, se pagaba, se desnudaba uno o ni siquiera se desnudaba, se dejaba fluir la lujuria, se encerraba uno en vapor de mujer salpicado de agua de olor, pero uno se mantenía consciente de la carnalidad del proceso, y después venía el agua jabonosa o el cabo sanitario con la inyección profiláctica, mientras esta de aquí era una cortesana libre, apuntando con su sonrisa hacia la igualdad de la mujer y los derechos humanos, qué demonios derechos humanos, ya sabía lo que era eso, echó mano a sus pantalones, eso podía conducir a la sumisión, al miserable ablandamiento, así se revelaban los planes de guerra, se destruían imperios, el pequeño Gottlieb sabía, Judejahn sintió en sus pantalones una tierna y áspera, suave y firme hinchazón, se deslizó como un ratón en su mano, y era el saquito de gamuza con la pistola con silenciador de Austerlitz. Pasaron por delante de un río, llegaron a un templo a sus orillas. ¿Vivía aquí la diosa del amor? ¿Era este parque su casa? El cielo se cubría, los árboles adoptaban el color azul del valle de la muerte, un azul que a Judejahn ya le había asustado en el vuelo a Roma, cuán fiel

había sido el bosque alemán, silencioso como el coche en el que iban, las botas de marcha caminaban por el suelo de musgo y agujas de árbol de Navidad, y el camarada caminaba delante en el negro camuflaje del ejército, traición traición traición graznaban los cuervos, llevaban la pistola aferrada, el camarada cayó al suelo del bosque, traición traición traición gritaban los cuervos en las copas de las nudosas encinas, y en el prado florecía una florecilla, qué morena es mi chiquilla, nostalgia nostalgia nostalgia, la que estaba sentada junto a él no era morena, negra como el ébano, güelfa, quizá una judía, seguro que era una judía, una sanguijuela, una corruptora de la sangre, se reía, ahora también con la boca, roja como la sangre, se reía de él, roja como la sangre, blanca como la nieve, su rostro era blanco como la nieve que había en casa, en el bosque alemán, los cadáveres eran blancos como la nieve, este parque era azul, este azul del parque güelfo, el azul del matorral italiano, el azul exuberante de muerte de los árboles romanos de melancolía que arrastraba se le hizo insoportable. Iba camino de la Cueva del Diablo. Abruptamente, ordenó al chófer que se sentaba erguido como un soldado, que apenas se movía, regresar a la Via Veneto, regresar al punto de partida, regresar al origen, quizá a Eva. La puerta del bar estaba ahora abierta, los guapos camareros se movían ya en sus hermosos fracs lila en torno a la huérfana caja, Judejahn quería echar a Laura del coche, el chófer abrió la portezuela, se mantuvo modélicamente firmes, pero Laura dudó aún, sonrió, fino el talle, fino el cuellecito, sonreía, morena como el ébano, roja como la sangre, blanca como la nieve, sonreía con su encantadora sonrisa, esta vez expectante, y él se citó con ella para esa noche. Laura caminó sonriente hacia la caja, calmando conforme caminaba la ira del propietario. La pobre niña no sabía contar, y el extraño carácter de su nuevo amigo le prometía mucho.

Vestidos de negro, siluetas en un teatro de sombras —el sol entraba estridente por la ventana—, estaban pálidos el uno frente a la otra, él en su negra vestimenta clerical y ella en su negro vestido de luto, y él estaba pálido porque le había aterrado entrar en su cuarto, y ella estaba pálida porque su visión le espantaba. La atormentaba verle, verle en el odiado uniformé de un poder que, según sus convicciones, en vergonzosa alianza con el inframundo judío, los plutócratas de ultramar y las bestias bolcheviques, había contribuido a perturbar el sueño sublime del imperio, la felicidad aria para el mundo y la soberanía germánica, quizá a aniquilarlo para siempre. Ahora, estaba acostumbrada a que la traición le saliera al paso sin bajar avergonzada la cabeza. Mujeres alemanas se mostraban sin vergüenza del brazo de negros, y traidores a la patria eran ministros. Ahora, estaba acostumbrada a eso. Estaba acostumbrada a la debilidad, el egoísmo hasta en las palabras de personas de mentalidad alemana que se

conformaban con todo, que sin duda se quejaban secretamente, pero sacaban beneficio del cambio de las cosas. ¿Pero su hijo? ¿Su hijo en el campo de los traidores, su hijo con ropas de mujer, un cura romano hostil al Reich, él en alianza con esa chusma internacional, apátrida como los judíos? No era sólo una herida que dolía amargamente, una quemadura en el corazón, esto era una acusación y un reproche dirigidos contra ella. ¿De dónde venía la mala semilla? El libro de su estirpe había sido llevado cuidadosamente, no cabía dudar de su ascendencia aria. Y sin embargo, eso no había salvado a Adolf de la caída. Ella le había entregado al centro educativo nacional-político, y no le había protegido de la caída. El colegio había saltado por los aires y él había caído, en la hora de la verdad se había convertido en traidor a la obra de sus padres. A los traidores se les ejecutaba. Se les colgaba de los árboles o de las farolas. Se les colgaba un cartel en el pecho. ¿No tenía que expulsar

a Adolf? Ya no había comunidad alguna entre ella y él, y sin embargo él era su hijo, carne de su carne, y ahora le era ajeno en esa ropa de hipócrita, se había encadenado a la cruz, a la doctrina antigermánica venida del país de los judíos, la cruz colgaba sobre sus ropas, colgaba de la cadena que le ataba, venía en figura de enemigo, no era el retoño que ella deseaba, el continuador de la herencia de sus antepasados y ahora su vengador, pero era su hijo, ella le había sacado tempranamente de su casa para hacerlo madurar como hombre y se había convertido en una mujer, sintió debilidad, no echó al traidor por la puerta. Preguntó, rechazante:

—¿Qué quieres?

Y él, al que el corazón batía en el pecho y al que la excitación ahogaba las palabras, balbuceó «visitarte», como si fuera fácil coger una silla, sentarse, charlar un poco, y cada uno permitiera al otro su forma de ser y de actuar, pero ella no estaba dispuesta a ofrecerle esa silla, a concederle una hora maternal, se volvió a su ventana, volvió a mirar fijamente al patio, a la montaña de botellas vacías que ahora centelleaban al sol, que le enviaban beodos saludos, y volvió a oír las canciones de negros del personal de la cocina, ajenas e irritantes.

—Padre está en Roma —dijo Adolf.

—Entonces no dejes que te vea —dijo ella—, no le gustaban los curas.

—Le he visto —dijo él, y añadió torpemente—: En la mazmorra.

Esa fue una palabra que la sacó de su petrificación. Era redención, era elevación, era absolución, esa palabra anunciaba heroísmo y ejemplo heroico. Judejahn estaba en la cárcel, le habían detenido, la vieja y vergonzosa sentencia estaba en vigor, sería ejecutada. Judejahn iba hacia el Walhalla, y su matrimonio volvía a ser válido.

—¿Dónde está? —exclamó.

Y cuando él dijo que no lo sabía le agarró, tironeando su odiada vestimenta:

—Habla, habla.

Y él le contó el encuentro en las mazmorras, pero ocultó la micción de Judejahn en el agujero del preso más ínfimo, y ella, que al principio no entendía de qué hablaba, de qué cárcel, de qué castillo, un castillo papal, el Papa había apresado a Judejahn, en qué cuevas estaba Judejahn, entró y salió, un hombre libre, un señor elegante, un visitante al que nadie molesta, y cuando entendió, entendió más o menos lo que había pasado en la mazmorra, se sintió burlada, ella, que guardaba en su cuarto luto por los héroes, y se echó a reír, la Erinnia nórdica, e insultó a los dos gallinas, el hijo y el esposo, visitantes de mazmorras que jugaban al escondite en las mazmorras, no se visitaban las mazmorras, se condenaba a las mazmorras, se mataba en las mazmorras o se moría en las mazmorras, pero no era tiempo de visitar las cárceles museo de la ciudad, una ciudad que Judejahn habría podido destruir.

—También habría podido colgar a tu Papa, y saltar por los aires su castillo —le gritó, a él, que temblaba de pie ante ella.

Habría podido colgar al Papa, pero fue demasiado tonto para hacerlo o demasiado cobarde, quizá también él estaba haciendo ya traición y el Führer no sabía nada, el Führer era engañado por todos, se ocultaba al Führer que había que colgar al Papa.

Era una furia. ¿Debía él arrodillarse y rezar? ¿Rezar por ella, para que se le perdonaran sus terribles palabras? Él dijo: «pero cálmate, madre», y sintió lo necia que era esa frase ante sus reproches y su desmesura. Durante un rato pensó que estaba poseída por el demonio, pero Adolf no tenía suficiente fe como para creer en la verdadera existencia de un demonio, no existe, se dijo, y su madre no estaba poseída por el demonio, pero sí por una idea diabólica.

¿Cómo podía él conjurar esa idea, cómo podía desterrar esa posesión? No lo sabía. Estaba desvalido. Pensó: Siegfried tenía razón, no hay entendimiento posible. Quería irse, tenía que irse, pero ella le daba pena. Sentía que sufría. Sentía que ardía en sus ideas y llevaba el infierno dentro de sí. No necesitaba ningún demonio. Ella era su propio demonio, ella atormentaba el alma y el cuerpo. Quiso rezar por ella, sin tener en ese momento la fe necesaria.

Judejahn vino. Llenaba la habitación. Llenaba la habitación con su rechoncha figura de toro. El pequeño cuarto se volvió aún más diminuto. Se contrajo. Era como si las paredes se acercasen, como si el techo se hundiera hacia el suelo. Judejahn fue hacia Eva. La abrazó. Dijo:

—¿Vas de luto?

Ella dijo:

—Voy de luto.

Y pensó: «Ha venido, ha venido, pero no ha venido del Walhalla». Él dijo: «Lo sé», y la llevó a la cama. Ella se dejó caer en la cama, y él se sentó a su lado. Miró la habitación, la pequeña habitación que daba al patio, oyó la canción de negros que venía de la cocina, vio la maleta de fibra vulcanizada, sólida y barata, y pensó en los baúles de cuero que habían poseído. Dijo:

—Los judíos tienen la culpa.

Y ella respondió:

—Los judíos.

Vio a su hijo, de pie al fuerte sol con su ropa de cura, negro, polvoriento, mísero, llevaba la cadena de la cruz enroscada en torno a las manos, alzaba la cruz hacia ellos, estaba pálido, y parecía rezar. Judejahn dijo:

—Fue traición.

Y ella replicó:

—Traición.

—Judíos—dijo él—, judíos internacionales.

Y ella repitió:

—Judíos, judíos internacionales.

Y Adolf los vio sentados como Laoconte y sus hijos en la playa griega, envueltos por la serpiente; las gigantescas serpientes de su locura, de lengua venenosa que destilaba odio, devoraban por entero a sus padres. Rezó. Pronunció las palabras del Padre Nuestro. Y ella preguntó a Judejahn:

—¿Seguirás luchando?

Y él dijo:

—Ya les daré yo. Yo les daré a todos.

Ella le miró, y sus ojos azules llenos de lágrimas veían más de lo que podían ver; sus ojos venían de la niebla y atravesaban ahora la niebla de la existencia. No creyó a Judejahn una sola palabra. No venía del Walhalla. Perp Eva veía la Muerte detrás de él. La Muerte no la asustaba. La Muerte lo arreglaría todo. Enviaría a los héroes al Walhalla. Judejahn miró su rostro de niebla, y pensó: «Ha envejecido mucho, lo intuía». Y luego pensó: «ella es mi camarada; es el único camarada que me queda». Sintió su mano calentarse en la suya. Dijo:

—Iré a Alemania. Hablaré con Pfaffrath. Yo les daré lo suyo a los traidores. ¡Sigo siendo el viejo Judejahn!

Aún era el viejo, aún era el gran Judejahn. Era realmente grande en la pequeña habitación. Era tan grande como la sombra del pequeño Gottlieb. Y Judejahn ordenó. Le ordenó partir de inmediato. Debía ir a casa. Sacó dinero de su gran cartera, dinero para el coche cama. Le dio el dinero. Le enviaría dinero para comprar una casa. Luego volvió a coger grandes y sucios billetes italianos, hinchadas cifras de

posguerra, y los apretó en las manos entrelazadas de Adolf. Eso le hizo gracia a Judejahn. Dijo:

—Cómprate algo de comer. O emborráchate. O vete con una chica, si es que aún eres un hombre.

Adolf sentía pesar el dinero en sus manos, pero no se atrevía a rechazarlo. Sostuvo los billetes junto con la cadena y la cruz. Judejahn reunió las pocas cosas de su mujer y las metió en la fea y pobre maleta de plástico. Ella no se movió. Le dejó hacer. Se alegraba de que él diera las órdenes, se alegraba de que él actuara, pero sus ojos no le creían, veían la Muerte detrás de él, veían que llevaba ya mucho tiempo camino del Walhalla, camino de la ronda de los héroes. Era indiferente lo que hiciera y dispusiera aquí; ella se sometió, indiferente, y salió de su brazo de la habitación, se alejó de las canciones negras del patio, se alejó del hijo, de ese ser extraño que sólo podía serie hostil. Judíos traición curas. Judejahn había pagado al hijo, con sucios billetes de hinchadas cifras; no miró a Adolf cuando sacó a su madre de la habitación.

Y en el vestíbulo de la casa preferida de los alemanes encontraron a los Pfaffrath, los morenos excursionistas, que volvían de los campos de batalla animados, fortalecidos, elevados y ruidosos. Friedrich Wilhelm Pfaffrath estaba asombrado e inquieto por encontrarse a Judejahn en el hotel y ver a Eva de su brazo.

—Voy a llevar a mi mujer a la estación —dijo Judejahn—. Su habitación no me gustaba. Hablaremos luego.

Y Judejahn se alegró de ver el rostro perplejo y confuso de su cuñado. Ese rostro animaba a Judejahn a gastar bromas, y exclamó:

—¿Vais a ir al concierto? ¡Siegfried toca el violín hoy!

Pero, como para vengarse de la broma, Adolf, una sombra negra, le seguía por el vestíbulo. Era una enjuta aparición de seriedad y luto. ¿Qué hubieran podido decirle? Confusos, apartaron la mirada. Perturbaba su jomada. Su negra figura era como el mal augurio en el festín de Baltasar. Pero tras una breve reflexión Dietrich corrió en pos de su primo, le alcanzó y dijo:

—Buenos días, Adolf. Quizá llegues a cardenal. Habrá que estar a buenas contigo.

No tenía frac, pero podía haberme comprado uno, o hubiera tenido que tomarlo en préstamo, seguro que en Roma había gente que vivía de prestar fracs, pero no quería comprarme un frac, y tampoco tomarlo prestado; no veía por qué había que llevar frac para oír música.

Me puse una camisa blanca. La Fontana de Trevi susurraba. No me lavé: quería poner en la blanca camisa algo de olor a Tíber. La Fontana de Treví susurraba. Me puse un traje oscuro. No era un traje romano. No tenía el corte suave de los sastres italianos. La Fontana de

Trevi susurraba. Mí traje era un traje alemán. Yo era un compositor alemán. Era un compositor alemán en Roma. La fuente de la ópera susurraba. El agua caía a la pileta. El dinero caía a la pileta. Los dioses y los seres fabulosos no lo agradecían. Los extranjeros tachaban la fuente de su catálogo de cosas por ver; habían visitado la fuente, habían fotografiado el agua y los dioses, habían cosechado la fuente, estaba guardado en conserva en la memoria, era un recuerdo de viaje. Para mí era un sueño. Los chicos se metían a pescar el dinero que los extranjeros habían tirado al agua. Los chicos eran guapos; llevaban los pantalones cortos arremangados sobre sus delgadas piernas. Me hubiera gustado sentarme al borde de la fuente con mi camisa blanca, mi traje negro y algo de olor a Tíber. Me hubiera gustado mirar a los chicos; me hubiera gustado observar lo bellos y codiciosos que eran.

Había mucho tráfico delante de la sala de conciertos. El silbato del policía municipal trinaba. Sus guantes eran como elegantes pájaros blancos. Venían princesas con encajes, matronas con velo, peinados con diamantes, condes de anuncio y condes del Ministerio de Exteriores, famosos casamenteros, embajadores envejecidos en el arte de llevar malas noticias, madrastras de Blancanieves, hermanastras de Cenicienta, se presentaban como si fueran reinas de la belleza y los fotógrafos las iluminaban con flashes, contoneantes maestros de la moda sacaban a la luz sus nuevos sueños comerciales sobre ambiciosos maniquís, conocidos rostros de la gran pantalla bostezaban a muchachitas acomodadas, y todos hacían a la Música el honor, ellos eran la sociedad, no era posible diferenciarlos, llevaban un rostro uniforme. Los críticos se ocultaban bajo máscaras de carácter, y los editores resplandecían de benevolencia como la Luna llena. Los ejecutivos paseaban su sensible y enfermo corazón. Un camión con banderas rojas pasó de largo. Octavillas volaron como un enjambre de grises gorriones envidiosos sobre los blancos guantes del guardia de tráfico. La fortaleza de la jungla había caído. ¿A quién le afectaba? La Bolsa reaccionaba con firmeza. El Aga Khan no había aparecido. Esperaba en su villa junto al mar la ola de Hokusai. Pero habían venido una docena de consejeros de administración, se les conocía y saludaba, las señoras querían ser diosas. Yo no tenía sombrero, de lo contrario me lo hubiera puesto; eran los que me alimentaban, mis promotores los que aquí se reunían, incluso la Industria estaba representada; asesorada por famosos filósofos del pesimismo, había creado un premio musical, y después del premio de la Industria vendría el premio de los sindicatos, a la Fundación Ford le seguiría la Fundación Marx, y el mecenazgo se haría cada vez más anónimo, Mozart había sido ayuda de cámara de ilustres señores, ¿de quién lo era yo, que quería ser libre, y dónde estaban los grandes hombres de San Agustín, que una vez terminado su trabajo se entregaban a la

Música para restaurar sus almas? Yo no veía almas. Quizá las ropas eran demasiado caras.

Quizá estaba amargado porque no me había comprado un frac. ¿A quién iba a alegrar mi música? ¿Es que debía siquiera alegrar? Debía inquietar. Aquí no inquietaría a nadie.

A la entrada del anfiteatro no había fotógrafos. Chicos, chicas, curiosamente también gente muy mayor entraba por esa puerta. Al artista le gusta creer que la juventud está en alianza con él, y cree que el futuro es suyo cuando el anfiteatro aplaude. ¿Aplaudirían? ¿He hablado para ellos, para esas chicas pobres y altaneras? Ellas no me veían. ¿Y esos pobres chicos? Seguramente eran estudiantes, futuros magos del átomo, siempre en peligro de ser seducidos y desgarrados pulverizados entre el Este y el Oeste, pero quizá no eran más que futuros auditores o dentistas... Sin duda yo anhelaba los oyentes importantes de San Agustín. Vinieron unos cuantos clérigos, un par de jóvenes obreros. ¿Les inquietaría? Me hubiera gustado sentir a esa gente joven, a los jóvenes científicos, los estudiantes, los trabajadores, los clérigos, las chicas, como mis compañeros, pero la palabra camarada me había sido impuesta en mi primera juventud y me asqueaba. Pensaba también, al verlos, estudiantes y trabajadores, «proletarios e intelectuales, uníos», pero no creía en ello, no creía en un nuevo mundo resultante de esa unión, Hitler, Judejahn, mi familia y el servicio en el ejército me habían quitado la fe en toda unión. Así que saludé a los pocos viejos que habían subido al gallinero entre los jóvenes; estaban solos, y quizá mi concierto estaba pensado para los solitarios.

En el camerino de directores, Kürenberg me esperaba. Estaba realmente conformado por la antigüedad clásica. Su frac parecía puesto en un busto de mármol y, por encima del blanco de la pechera, el cuello y la pajarita, su cabeza miraba augústea. Era sabio. No se ponía tontamente delante de la casa a observar a su público. Era superior. ¿Qué le importaban la megalomanía y la vanidad? La sociedad tenía para él una función, tenía que mantener el castillo de cuento de la Música, sostener como una cariátide el templo mágico de los sonidos, y carecía de importancia desde qué supuestos lo hiciera. Use Kürenberg llevaba un sencillo vestido negro. También su vestido parecía cosido sobre el mármol. Era como una estrecha piel negra sobre un bien conservado busto de mármol. Kürenberg quería mandarme al palco. Vio que me había presentado sin frac, y tuvo que molestarle. Estaba por encima de las convenciones, y le parecía que al despreciar el frac y no someterme a los usos daba a la vestimenta y las convenciones una importancia que no tenían. Tenía razón. Yo estaba furioso conmigo mismo. Hay que respetar las reglas del juego y evitar el escándalo y las dificultades. Sonó un timbre en los camerinos y la

orquesta se dirigió al escenario, cien famosos músicos afinaban sus instrumentos, y aquí y allá percibía unos cuantos sonidos de mi sinfonía; los sonidos eran como el grito de un pájaro extraviado en un bosque desconocido. Debía acompañar al palco a Use Kürenberg, y le dije que había regalado mi entrada a un cura. No le dije que el cura era mi primo, y sólo en ese momento me di cuenta de que ahora, en Roma, Adolf Judejahn iba a sentarse en un palco junto a Use Aufháuser, de nuestra ciudad. A su padre lo habían matado después de quemar su tienda. El padre de Adolf había contribuido mucho a ello; había contribuido al incendio de la tienda, y había contribuido a que el viejo Aufháuser muriera. Mi padre podía imaginarse que no había contribuido al crimen y el incendio. El sólo había mirado. Era mi padre el que entonces estaba en un palco. Había jaleado a los actores desde su palco. Pero no me horrorizaba que Adolf Judejahn e Use Kürenberg fueran a sentarse ahora en el mismo sofá. ¿Por qué no iban a sentarse juntos? Ahora que la tragedia había ocurrido, tenía que seguirle la sátira.

Judejahn había enviado a Eva a Alemania, le había dado un asiento de primera clase, el cuarto del hotel había sido una jaula, el departamento del tren era una jaula rodante aún más estrecha en la que estaba presa, la Erinnia nórdica, vestida de negro, de pálidos cabellos, llena de sublime luto y segura ahora del retorno del cónyuge al Walhalla. Pero en la gran estación romana, en el andén de la estación Termini, que se llama así por las cercanas termas de Diocleciano, la niebla se aclaró durante un rato a la luz de neón de la construcción tecnológica, el rostro de la niebla se aclaró, el segundo rostro de visionario, el ojo de hombre lobo que ya veía muerto a Judejahn, y ella le miró desde el departamento del tren que iba a partir hacia los Alpes, hacia el Norte hacia casa, le miró y le reconoció, tal como se ofrecía a la realidad aquí a la reluciente luz de neón, un hombre recio de pelo gris con unas gafas azuladas, y exclamó:

—¡Quítate de una vez esas espantosas gafas, sube, sube al tren y ven conmigo!

El objetó, lastimero, que su pasaporte no era válido en Alemania, su nombre falso quedaría al descubierto, y ella dijo, enérgica:

—No necesitas un nombre falso, no necesitas gafas, no necesitas ningún pasaporte. Los guardias de fronteras dirán: «¿Mi general ha vuelto? Nos alegramos de que mi general haya vuelto», se te cuadrarán y te dejarán ir a donde quieras, y estarán orgullosos de haber hablado contigo, y en casa te recibirán tirando cohetes, y serás intocable.

Eva veía su regreso a casa. Veía que ese era para él el único regreso posible, y él la entendía, sabía que tenía razón, ése era el

retorno, ésa era Alemania. «Mi general ha vuelto, nos alegramos, mi general», así era, los guardias de fronteras lo gritarían, pero Judejahn titubeó, algo le mantenía en esta Roma, en esta ciudad de curas impotentes, era Laura, era miedo, no, miedo no era, Judejahn no conocía el miedo, pero naturalmente tampoco era Laura la que le retenía, era algo distinto, quizá el desierto, los cuarteles al borde del desierto, allí mandaba, y aunque en Alemania lo recibieran tirando cohetes, aunque los disparos resonaran, incluso la munición de gran calibre se agotaba con rapidez, y luego venía la vida cotidiana, qué sería él entonces, un Judejahn sin poder, un viejo Gottlieb en el banco de los desfavorecidos, de los hombres del ayer, y Judejahn temía al tiempo, temía su edad, ya no veía la victoria... Así que dijo a Eva que Pfaffrath lo arreglaría, Pfaffrath prepararía el regreso a casa, y en torno a Eva se cerró la claridad, volvió la niebla y el rostro de la niebla, ahora sabía que Judejahn ya no creía, no creía en los guardias de fronteras, no creía en los cohetes, no creía en Alemania, y el segundo rostro se apoderó de Eva, la mirada visionaria, y sobre un penco cojo una Muerte mísera empujaba al héroe hacia el Walhalla, mientras su tren la llevaba hacia el Norte, hacia los Alpes.

Tras la dolorosa y equívoca despedida, Judejahn fue al hotel de su cuñado, el preferido de los alemanes, para que Pfaffrath le arreglara el regreso a casa, pero allí se enteró de que los señores se habían ido al concierto, y en verdad impulsados por Dietrich, que, inquieto por la foto del periódico, quería averiguar la situación de su hermano, y movidos por la propia curiosidad, por un sentimiento mezcla de incomodidad, duda y orgullo, habían comprado a través del recepcionista del hotel entradas en las últimas filas y habían llegado a ellas sin problemas. Judejahn, que se hacía llevar a su palaciego hotel con las manos tan vacías, pensó por el camino que le quedaban horas hasta su cita con Laura y que podía tener gracia ver tocar el violín al hijo de su cuñado Pfaffrath. Ese acontecimiento ridículo y sospechoso podía ayudarle a pasar el rato de aburrimiento hasta su cita y además, una vez que lo hubiera visto, habría sido testigo de la degeneración de la familia, reforzaría su posición frente a su cuñado. Así que también Judejahn pidió al recepcionista un billete para el concierto, y como la llamada venía del distinguido hotel se le reservó un sitio en primera fila. Pero como no llevaba frac quisieron impedirle ocupar su asiento. Judejahn, que no entendía el italiano del acomodador, pero comprendía que querían cerrarle el paso, echó a un lado, sintiéndose con derecho después de haber pagado una entrada sorprendentemente cara, al frágil controlador. ¿Qué quería ese tipo, esa miserable alma de lacayo? Judejahn le tiró un billete, entró en la sala y se acomodó en su sitio. Sólo entonces se dio cuenta de que se encontraba entre gente vestida de sociedad, y por un momento creyó haberse sentado entre

los músicos, entre los cómicos destinados a entretenerle y cuyo uniforme de trabajo era el frac. Pero como la orquesta afinaba sus instrumentos en el escenario la idea de haberse sentado por error entre los artistas era insostenible, y Judejahn se asombró de la distinción del acto. Al pequeño Gottlieb le imponía; se sintió intimidado. Pero Judejahn no se dejó intimidar, se acomodó aún más en el sillón y miró desafiante a su alrededor. Como en la hora del Corso, en la Via Veneto, tuvo la sensación de sentarse entre astutos judíos y traficantes apátridas. Pensó: chusma infatuada. Reconoció la nueva sociedad, la nueva sociedad del traidor pueblo italiano, el estrato llegado al poder después de la vergonzosa deslealtad a Mussolini. ¡Y ante esas gentes que tenían que estar en la cárcel, en el campo de concentración y en la cámara de gas, iba a tocar el violín Siegfried Pfaffrath! Judejahn buscó a su sobrino en el escenario, pero no lo encontró. Quizá Siegfried llegara después, los primeros violines siempre llegaban tarde; eran una banda femenina y presuntuosa, lo que hacía falta aquí era disciplina. Judejahn se dio cuenta enseguida. En el fondo, sólo le gustaba la música militar. ¿Por qué no tocaban una buena marcha, en vez de aburrir al público con sus afinaciones? Siguió mirando a su alrededor, y entonces descubrió, en el único palco de la sala, a su hijo Adolf, y junto a Adolf había una mujer que impresionó a Judejahn. ¿Le había dado Adolf el dinero a esa mujer para que se pusiera en sus manos orantes? ¿Era su amante? ¿O era ella la que lo mantenía? No hubiera imaginado al clérigo en ese papel de amante. Le confundió.

También a Dietrich le confundió ver a Adolf en el palco. ¿Cómo había llegado a ese lugar? ¿Le había asignado la Iglesia ese sitio? ¿Quería enseñar a Adolf por su apellido? ¿Cómo gran tránsfuga, como converso importante? ¿Guardaba algo especial para él? Al final, Adolf se había vuelto listo y realmente iba a convertirse en obispo..., un hombre poderoso, mientras no se demostrase lo contrario. ¿Qué actitud habría que adoptar hacia él? ¿Y quién era la mujer que le acompañaba en el palco? Dietrich no podía verla con claridad desde su asiento. Tampoco sus padres podían verla con claridad. ¿Iba con Adolf? ¿Y dónde estaba Siegfried? ¿Hubiera podido informarles? Preguntas confusas.

Preguntas confusas. Al ir a sentarse, Use Kürenberg había saludado amablemente con una inclinación de cabeza al sacerdote que había en su palco, y después le inquietó su rostro, era un rostro de pesadilla, no sabía por qué, pero era un rostro salido de sueños terribles. Pensó: parece un flagelante. Lo veía flagelarse. Pensó: ¿flagelará también a otros, flagelará a los herejes? Pero sin duda eso no podía ser, el cura tampoco flagelaría a los judíos. Y luego pensó: quizá sea un místico. Y después: es un clérigo católico, pero parece el

rebelde Lutero.

Pero cuando empezó la música supo que realmente era un místico, un sacerdote alemán y un místico alemán, porque también en la sinfonía de Siegfried había, a pesar de toda su modernidad, una pulsión mística, un sentimiento místico del mundo, controlado por Kürenberg de forma latina, pero Ilse Kürenberg estaba averiguando ahora por qué la composición original le era antipática, a pesar de toda la claridad de la interpretación. Había demasiada muerte en esos sonidos, y una muerte carente del alegre círculo de la Muerte de los sarcófagos antiguos. A veces la música se esforzaba en lograr esa alegría de los sentidos de los viejos monumentos funerarios, pero luego Siegfried había escrito notas equivocadas, había abusado de los sonidos, eran estridentes y desmedidos a pesar de la fría dirección de Kürenberg, la música se volvía convulsiva, gritaba, era miedo mortal, era una danza de la Muerte nórdica, una procesión de apestados, y finalmente los pasajes se fundían en un muro de niebla. Ni siquiera estaba fallida desde el punto de vista compositivo, era talentosa en su género, Use Kürenberg tenía un fino oído, la música la estimulaba, pero ahí había una niebla inquietante, una entrega perversa a la Muerte que la repelía, que le resultaba espantosa y la excitaba en contra de su voluntad... ¡Qué aburrida era esa música! Si es que era música, o era que seguían afinando los instrumentos bajo la dirección del maestro de capilla. ¿Y era ya la pieza adecuada? Siegfried no aparecía. ¿Había renunciado? Judejahn se sintió decepcionado. Había venido por broma. El hambre se indignaba en su estómago, la sed le secaba la lengua, pero el pequeño Gottlieb no se atrevía a levantarse e irse. Estaba paralizado. Los sonidos de la orquesta le paralizaban. Judejahn no podía pensar con esos sonidos, no podía reflexionar en quién era la mujer que estaba junto a Adolf, no podía aclarar si quería acostarse con Laura o mejor con esa mujer del palco.

Se quedaron espantados. Estaban decepcionados. Esa música era distinta a toda la música que conocían. Se alejaba de cualquier idea que los Pfaffrath tuvieran de la música. Se alejaba incluso de la idea que los Pfaffrath se habían hecho de la música de su hijo. Pero, ¿es que se habían imaginado algo? Y si se habían imaginado algo, ¿qué esperaban? ¿La mascarilla mortuoria de Beethoven a la que a menudo quitaban el polvo sobre el armonio de doce tubos del rincón del salón, o el importante Wagner, con su birrete, visiblemente tocado por el genio? El matrimonio Pfaffrath echaba de menos el noble sonido, el tono alto y elevado o la armonía accesible, buscaban el benévolo flujo de la melodía, aguzaban en vano el oído para percibir el canto de las esferas, en su opinión comprensible para ellos, de una región superior en la que sin duda no tenían derecho de habitación ni tampoco querían habitar, pero en la que pensaban como en un cielo optimista,

una cúpula rosa sobre el gris globo terráqueo, abajo en la Tierra había que vivir de forma sobriamente razonable y, si había de ser, dura y que tuviera en cuenta todo lo humano e inhumano de la maldad, pero la superestructura rosa tenía que flotar tanto más sublime sobre lo humano y lo demasiado humano, los Pfaffrath creían en el templo confitero del Arte, hecho de dulce masa alegóricamente ideal, era, así pensaban y se decían hipócritas incluso a sí mismos, una necesidad, a la que gustaban de llamar «entusiasmo por todo lo bello», y la Música era un llamamiento al sentimiento instruido de la belleza y al sestear satisfecho, pero los sonidos de Siegfried les hacían sentir escalofríos, sentían malestar, era como si un aliento helado soplara hacia ellos, y además sonaba como una burla a sus costumbres germanoburguesas, creían reconocer ritmos de jazz, una selva virgen de su invención, un corral de negros lleno de desnudez y lujuria, y esa jungla de estrépito degenerado era a su vez sustituida por pasajes simplemente aburridos, por partes en verdad monótonas a base de inarmónicas series de notas. ¿Disgustaba esa disarmonía? ¿La aceptaban? Temerosos como ratones, miraban a su alrededor y temían el escándalo y el alboroto, el escarnio de su nombre, que, estaban convencidos, era tan prestigioso en casa. Pero aún había en sus cercanías alguien de buenas costumbres, la gente ponía la habitual cara de concierto de reflexivo disfrute de la música, y algunos simulaban incluso ensimismamiento. Dietrich creía descubrir un cálculo en la música de su hermano, un truco de trilero o una ecuación matemática cuyo secreto no conseguía alcanzar; esa música no había llegado hasta el compositor como sin duda habían llegado hasta Beethoven y Wagner sus hermosos y grandes sonidos, esa música estaba hecha, era un refinado embuste, era reflexión en las disonancias, y eso inquietaba a Dietrich... Quizá Siegfried no era ningún tonto, quizá era peligroso y estaba al principio de una gran carrera. Dietrich susurró a sus padres:

—¡Es un moderno!

Lo decía con ánimo burlón, pero también había que entender lo objetivo que era Dietrich, lo serio que era a la hora de juzgar, y lo instruido que estaba también en este terreno. Pero la observación movió a un perverso extranjero, vestido con un smoking curiosamente ajustado y una provocadora barba de chivo bajo la mandíbula, a un reprensivo «¡Chist!».

A Adolf no le gustó la música de su primo. Le entristecía, le atormentaba; pero trató de entenderla. Trató de comprender a Siegfried. ¿Qué quería decir Siegfried con esa sinfonía? ¿Qué expresaba? Adolf creía que cosas contradictorias, benéfico dolor, divertida desesperación, osado miedo, dulce amargura, huida y condena de la huida, bromas tristes, amor enfermo y una desolación llena de exuberantes tiestos de flores, el decorado campo de arena de

la ironía. ¿Era esa música hostil a Dios? Sin duda que no. Era también recuerdo de un tiempo anterior a toda culpa en los sonidos, de la belleza y la paz del paraíso, y luto por la llegada de la Muerte al mundo; había mucha exigencia de amabilidad en las notas, sin duda no un canto a la alegría, no un panegírico, pero sí nostalgia de la alegría y alabanza de la Creación. A veces, Adolf creía reconocerse en los sonidos. Era como si la infancia se reflejara en un espejo roto. También Ordensburg estaba en esa música, el campo de deportes, el bosque, las salidas y puestas de sol y los sueños en los dormitorios. Pero luego el cinismo, el descreimiento, una desesperación con la que se coqueteaba de forma narcisista y un impulso anárquico repelían a Adolf. La Iglesia no aprobaría esta música; no habría sido reconocida como modélica en el Concilio de Trento. ¿Podía Adolf, el diácono, aprobar la música de su primo? No la aprobaba. ¿Tenía que condenarla? No la condenaba. No era Dios el que hablaba desde esos sonidos, era un hombre en lucha, así que al fin y al cabo quizá Dios, en uno de sus incomprensibles lenguajes, que confunden a la Iglesia de Cristo.

Silbaban, los oía silbar, me había escurrido hasta la puerta del gallinero, insistía en estar en el más extremo segundo plano, un mendigo a la puerta de la iglesia, un mendigo ante mi música, silbaban, no me sorprendió, silbaban empleando toda clase de llaves y a la manera de los chicos de la calle, metiéndose los dedos en la boca, silbaban, mis estudiantes, mis trabajadores, mis jóvenes y amenazados investigadores atómicos, mis arrogantes muchachas pobres, lo esperaba, los jóvenes curas no silbaban, pero creo que también hubieran debido silbar. Había soñado con la creación pura, pero me había dejado arrastrar a intervenir en las luchas terrenas. No sé si es posible la creación pura, la concepción inmaculada desde la pura Nada, sueño con ella, y quizá sea arrogancia y locura y la desmesura de Ícaro, y mis alas estén rotas antes de emprender el vuelo. Ica— ro tiene que ser arrogante. Es la arrogancia de los físicos en los laboratorios, su inteligencia carente de imaginación reduce a ruinas el mundo natural, y Kürenberg quiere incitarme a cualquier voladura porque a su cerebro le entusiasman las hermosas fórmulas, porque abarca las leyes sublimes conforme a las que ocurre la destrucción. Yo no entiendo esas leyes y no puedo leer esas fórmulas. Probablemente soy tonto. ¿Cómo podría calcular algo, y a quién habría de presentar el cálculo? Sigo esperando alcanzar la suma sin calcular, por un camino incomprensible que sin duda a Kürenberg le repelería y que encontraría sucio y necio. Silbaban, pero abajo en la sala aplaudían ahora, me llamaban, y los agudos silbidos del gallinero parecían suscitar en el patio de butacas un aplauso aún más insistente. Ahora habría llegado el momento de mostrarme, vestido de frac. Hubiera

tenido que mostrarme. Kürenberg tendía la mano agradecida una y otra vez al primer violín, señalaba la orquesta, señalaba el telón tras del cual yo no aparecía, y hacía todo lo posible por apartar de sí el aplauso, por apaciguarlo sin impedirlo, y con grandes gestos lamentaba la incomprensible ausencia del compositor. Una de las pobres muchachas arrogantes que había a mi lado dijo:

—Me gustaría escupirle en la cara.

Creía que podía escupirme en la cara, a mí, al compositor. La entendí; hablaba en inglés. ¿Y qué querían hacer conmigo los de abajo, los caballeros de frac, las señoras de caros vestidos, los críticos, los editores, los ejecutivos, qué pretendían hacer conmigo, querían coronarme de laurel o también querían escupirme?

El que más aplaudía, sumido en una extraña problemática, era Judejahn. Sus pesadas manos trabajaban como martillos de vapor. Hubiera preferido bramar, insultar y poner firmes o hacer detener a todos los que estaban en la sala y en el escenario. Hubiera puesto a Siegfried contra el pedestal de la estatua de Palestrina; le hubiera gustado obligarlos a él y al director a hacer treinta flexiones. Pero el pequeño Gottlieb no se atrevía, solo en medio de esa sociedad vestida de frac, Judejahn no se atrevía a bramar, a insultar, a ordenar ponerse firmes y hacer treinta flexiones, y cuando el gallinero empezó a silbar encontró que se trataba de una conducta impropia contra los señores del patio de butacas, contra los ricos, contra los que se sentaban a la luz, a los que él despreciaba y envidiaba desde antiguo y cuya indignante visión del arte y concepción de la vida apoyaba ahora con el martilleo de las palmas de sus manos.

Así lo vio Adolf; así vio a su padre desde su palco, lo vio excitado y aplaudiendo, mientras él mismo no sabía si expresar un asentimiento que no sentía del todo, ni siquiera si vestido de clérigo podía manifestar su aplauso a una música tan extrema y discutible. La señora que estaba sentada junto a él mantenía las manos tranquilas en el regazo; quizá considerase una provocación que el sacerdote sentado a su lado se pasara al bando de los que aplaudían. Pero Adolf se habría unido a los que agradecían ruidosamente si Siegfried se hubiera mostrado en el escenario, porque había que dar las gracias a Siegfried por haber puesto de manifiesto la inquietud de Dios, y decía mucho a favor de Siegfried que ahora no se pusiera bajo los focos y cosechara el aplauso. Pero ¿cómo era que Judejahn había venido al concierto, cómo era que estuviera de acuerdo con esa música? ¿Había entendido Judejahn el lenguaje de esos sonidos? ¿Le habían conmovido, le habían alegrado? ¿Se entendían de pronto Siegfried y Judejahn en el mundo de la música? Adolf nada sospechaba de la existencia del pequeño Gottlieb en su padre, así que no podía descifrar la actitud de Judejahn, y sólo podía malinterpretarla.

No podían explicarse los aplausos, oían los silbidos del gallinero, que no hacían más que acicatear el aplauso en el patio de butacas, percibían gritos en lenguas extranjeras que pronunciaban el apellido Pfaffrath con extraña riqueza de consonantes, tenía que ser una sociedad degenerada, horriblemente echada a perder y que caminaba ciegamente hacia su propia decadencia la que festejaba la música de su hijo, pero esa inminente decadencia del estrato superior romano no inquietaba a los Pfaffrath, al contrario, reforzaba su sentimiento de superioridad, porque en la creencia de ser buenos alemanes, genéticamente sanos y no accesibles a los sonidos negroides, creían ver en la caída de lo que de podrido había en Europa una ventaja para su propia nación, que pronto volvería a ser hegemónica, y así, neciamente consolados con la venda de la necedad nacional ante los ojos, viendo provisionalmente conjurados la tortura de esa música y el temor a un escándalo en torno al respetado nombre de la familia, también los Pfaffrath movieron las manos para festejar a su hijo y hermano. Dietrich no entendía por qué Siegfried, al que llamaban, no se dejaba ver. Y, como todo lo que no entendía, le inquietaba. ¿Qué se escondía detrás de ese esconderse? ¿Era cobardía o era ya arrogancia? Dietrich quería averiguarlo, y propuso ir a visitar a Siegfried a los camerinos de artistas.

Yo había descendido lentamente la escalera del gallinero. Sabía que Kürenberg estaría enfadado conmigo. Estaría enfadado conmigo porque había vuelto a despreciar la convención, que mantenía en pie la industria artística, y no me había inclinado ante el público. Incluso sin llevar frac, hubiera debido salir al escenario. Pero yo no quería mostrarme. Me repugnaba el aplauso. No me importaba nada el ambiente del patio. Me sentía unido al Olimpo del gallinero que silbaba; pero tampoco los que allí se sentaban eran dioses.

Kürenberg se sentaba, agotado, en un rojo sillón de terciopelo. Los flashes de los fotógrafos palpitaban a su alrededor. No me hizo ningún reproche. Me felicitó. Y yo le di las gracias y le felicité, y dije que el éxito era suyo, y lo era también, y él rechazó mi agradecimiento, y había algo que no estaba bien en la forma en que nos lanzábamos mutuamente halagos, y sin embargo era su victoria, había brillado con mi música, pero a él le bastaba con la conciencia de haber experimentado con nuevas combinaciones de una escala de tonos limitada, había escenificado una entre miles de millones de posibilidades y había mostrado la música como una fuerza que no cesa de desarrollarse y vivir entre nosotros, y ahora se trataba de arriesgar nuevos intentos para avanzar hacia nuevas secuencias sonoras. Tenía razón. ¿Por qué no pensaba en nuevas composiciones? ¿Estaba quemado? No lo sé. Estaba triste. Me hubiera gustado irme a mí fuente, a mi Fontana di Trevi; me hubiera gustado sentarme al borde

de la fuente y mirar a los tontos turistas que corrían y a los bellos muchachos codiciosos.

Use Kürenberg vino, y también ella me felicitó. Pero la mano que me tendió era fría. Yo volvía a ver en Use Kürenberg la musa sobria y escéptica de la música de nuestros días, y no había ganado el voto de la musa. Quería darle las gracias por no haber ganado su voto, pero no sabía qué palabras decirle para que entendiera lo que quería decir. Mientras aún buscaba las palabras para expresar mi sensación, vi tal rechazo en su rostro que me asustó. Pero luego me di cuenta de que no era a mí a quien miraba con ese espanto, sino que miraba detrás de mí, y cuando me di la vuelta para entender su horror vi a mis padres venir hacia mí, vi a mi hermano Dietrich venir hacia mí, y tras ellos estaba y me paralizaba la imagen de terror de mi juventud, el tío Judejahn, regresado de entre los muertos, que me sonreía como si quisiera decir que había resucitado y yo tenía que conformarme con él, que el viejo poder había vuelto, y en la puerta esperaba el rostro trastornado de Adolf. Era un congreso familiar Pfaffrath-Judejahn el que aquí se congregaba, y para mí fue como si viera a las Gorgonas. Me avergoncé. Me avergoncé de mi familia, y me avergoncé también de avergonzarme de mi familia, y me sentí como un perro al que los perreros han rodeado con sus redes. Mi libertad estaba amenazada. Mi padre y mi madre me felicitaban, y ellos amenazaban mi libertad. Hablaban conmigo, pero yo no entendía lo que decían; sólo sabía que mi libertad estaba amenazada. Mi hermano Dietrich decía que lo había conseguido, y enseñaba una boca contraída. También él amenazaba mi libertad. Y luego vi que mi padre se dirigía a Kürenberg y le saludaba como a un viejo conocido. Recordó a Kürenberg el teatro de nuestra ciudad; habló de la orquesta, de los conciertos de abono y de los buenos tiempos de mil novecientos treinta y uno.

Use Kürenberg no les conocía, y sin embargo conocía a esa gente, y era como si se rompiera un muro detrás del cual había emparedado a fantasmas. No había querido volver a verlos nunca; no quería acordarse de los fantasmas, y ahora los fantasmas estaban ahí, habían roto el muro, duendes de fuego de una casa en llamas, los lémures asesinos de un anciano padre. Intuyó que ésta era la familia de Siegfried, gente de su ciudad que ella había olvidado, nazis de su localidad natal, en la que no quería pensar. E intuyó también quién era Judejahn, el hombre al fondo, el hombre de la solución final, que la contemplaba con miradas que desnudaban. Pensó: «no quiero soñar así». Y pensó: «ésta es la sinfonía que me era antipática, ése es el cura de la puerta, un místico germánico, quizá un santo, pero ay de mí si no es un santo, o ay de mí sí reniega». Y pensó: «ese que habla con Kürenberg es el padre de Siegfried, el alcalde mayor de nuestra ciudad, él era Gobernador Civil de la provincia cuando le pedimos

clemencia, y él dijo que era Gobernador Civil, pero no era competente». Pensó: «quizá compraba sus camisas en la tienda de mi padre, compró el primer juguete para sus hijos en la tienda de mi padre, y cuando la tienda de mi padre ardió y las camisas y los juguetes cayeron a la calle, él lo dio por bueno, y cuando mataron a mi padre él levantó acta y lo dio por bueno». Y Friedrich Wilhelm Pfaffrath, en el que Use Kürenberg pensaba como en un auxiliar y promotor del incendio y el crimen, se alegraba de poder hablar de su comunidad con Kürenberg, que le daba respuestas corteses y concisas, y hacía al director la oferta de una laudable invitación a actuar en el viejo teatro, sin duda todavía destruido, pero pronto restaurado, y él se sentía ofendido y pensaba: así son, moviendo el rabo o arrogantes, cuando la que había nacido Aufháuser, sin prestar atención a Pfaffrath, pidió a Kürenberg que se fuera con ella. El director se volvió hacia Siegfried, al que quería invitar a tomar algo más tarde, pero Siegfried había desaparecido de la habitación.

Chapoteaban sobre papel; el papel yacía en la Piazza del Popolo, yacía ante las iglesias de Santa Maria dei Miracoli, Santa Maria del Popolo, Santa Maria di Montesanto, las tres Marías vigilaban la plaza, el papel yacía en torno al obelisco egipcio que Augusto había consagrado al sol y Sixto V a los ejércitos celestiales, los ejércitos celestiales vigilaban la plaza, el papel yacía delante de la puerta por la que Goethe había llegado a Roma, también Goethe era un santo de esa plaza, el papel yacía a la luz de la lámpara del arco como el invierno a la luz de la Luna. En la Piazza del Popolo había tenido lugar una manifestación, y las octavillas que prometían a la gente una nueva primavera, a la que había de seguir un verano jamás conocido, la tan invocada Edad de Oro, las octavillas habían caído al suelo como las hojas de otoño de los árboles, y los audaces eslóganes de la venidera felicidad se habían transformado en basura, en una sucia capa de tierra que recordaba a la nieve sucia, una grisácea vestidura invernal.

El papel susurraba bajo el ondear de su ropa talar, y le dije que caminábamos sobre un campo de promesas.

Le dije que esas escatologías me parecían como un haz de heno que se sostiene desde un palo ante un asno para que siga tirando del carro.

—Pero la Humanidad necesita orientarse hacia algo lejano y superior —dijo Adolf—, piensa en la fuerza que el atractivo del cielo dio a los hombres en la Edad Media.

—Sí —dije yo—, el asno tiró del carro.

Pensaba que tiraba del vehículo en dirección al cielo y pronto llegaría el paraíso, sin cargas, con pastos eternamente verdes y los animales de rapiña como amigables compañeros de juegos. Pero poco

a poco el asno se dio cuenta de que el cielo no se aproximaba, se cansó, y el heno de la religión dejó de incitarle a seguir avanzando. Y para que el carro no se detuviera se desvió el hambre del asno hacia un paraíso terrenal, hacia un parque social en el que todos los asnos tendrían los mismos derechos, en el que la fusta quedaría abolida, la carga sería menor, la alimentación mejor, pero también el camino hacia ese jardín del Edén es largo, la meta no se aproxima, y el asno vuelve a ponerse terco. Por suerte siempre se le han puesto anteojeras para que no aprecie que nunca avanza, sino que camina en círculos, que no mueve un carro, sino un carrusel, y quizá somos una diversión en la carpa de la fiesta de los dioses, y después de su fiesta los dioses se han olvidado de desmontar el carrusel, y el asno sigue girando, pero los dioses ya no se acuerdan de nosotros.

—Entonces vives en un mundo absurdo.

—Sí. Pero ¿es que todo tiene que tener un sentido?

—Si pensara igual que tú, me mataría.

Yo exclamé:

—¿Para qué? Ya estaré muerto lo bastante pronto, y puedes estar seguro de que no tengo en mucho el movimiento de la vida, pero me aterra el no ser de la Muerte. ¿Por qué iba a matarme? Si, como tú, considerase el suicidio un pecado, ¡entonces habría un después! La verdadera tentación de huir de este mundo está en la fe en un más allá. Si no creo en el Cielo y no creo en el Infierno, tengo que intentar encontrar aquí un poco de felicidad, un poco de alegría, tengo que buscar aquí la belleza y el placer. No hay otro lugar para mí, no hay otro tiempo. Aquí y ahora es mi única posibilidad. Y en ese caso la tentación de matarme no es más que una trampa que me han tendido. Pero, ¿quién me la ha tendido? Si la trampa está ahí, también está cerca el que la ha puesto. Ahí empieza la duda. La duda del incrédulo en su incredulidad es al menos tan terrible como la duda del creyente. Y todos dudamos. No digas que tú no dudas. Mientes. En la jaula de las tres dimensiones al alcance de nuestros sentidos sólo puede haber dudas. Quién no siente que ahí hay una pared, yo llamo a ese Algo o esa Nada pared, es una expresión insuficiente para algo que nos separa de una región que no nos es accesible, que puede estar muy cerca, junto a nosotros, quizá incluso dentro de nosotros, y si encontrásemos una puerta hacia esa región, una grieta en la pared, veríamos nuestra vida y nos veríamos de otra manera. Quizá sería espantoso. Quizá no pudiéramos soportarlo. Dice la leyenda que uno se convierte en piedra cuando ve la verdad. Yo quisiera ver esa imagen sin velos aunque me convirtiera en columna. Pero quizá tampoco ésa fuera la verdad, y detrás de la imagen que me petrificara vinieran otras imágenes, otros velos aún más incomprensibles, aún más inaccesibles, quizá aún más terribles, y yo me habría convertido en piedra y no habría visto nada.

Hay algo invisible para nosotros junto al mundo y la vida. ¿Pero qué?

—Tú no buscas a Dios en su casa, lo buscas en los callejones sin salida —dijo Adolf.

—Si existe, Dios también vive en los callejones sin salida —dije yo.

Caminábamos junto a la vieja muralla de la ciudad, a través del Viale del Muro Torot. En el Pincio soplaba el viento, y desde los jardines de la Villa Medici venía un dulce aroma. El poder había creado esos jardines, el poder las villas, el poder los palacios, el poder había construido la ciudad, el poder levantado los muros, el poder había traído los tesoros, el poder estimulado el Arte, la ciudad era hermosa, yo era feliz de caminar a lo largo de sus viejos muros, pero el poder siempre era espantoso para los que convivían con él, era abuso de poder, era violencia, era opresión, era guerra, era incendio y matanza, Roma había sido construida sobre asesinados, incluso las iglesias estaban sobre tierra manchada de sangre, ningún templo, ninguna basílica, ninguna catedral era imaginable sin sangre derramada. Pero Roma es espléndida, los templos son espléndidos; admiramos la herencia del poder, la amamos cuando los poderosos han muerto.

Eso no se hace. Había desaparecido. No se había despedido de ellos. Se había ido sin decir una palabra, y sin embargo ellos habían venido y le habían felicitado, aunque su música hablaba de mala condición y les había enajenado; aun así le habían felicitado, felicitado por haber encontrado en Roma un público, sin duda uno que no se podía tomar en serio, de paja al viento, de apátridas locos por la moda sin raíces en cultura alguna, pero aun así le habían felicitado y habían querido incluso perdonarle, perdonarle que después de su prisión en Inglaterra se hubiera sustraído a ellos, que se hubiera marchado del clan y a todas luces viviera con sus enemigos. Había sido injusto por su parte irse, y Adolf se había ido con él, los hijos renegados habían vuelto a escapar, y Kürenberg había saludado escuetamente y se había marchado con su judía, la hija de Aufháuser, y luego también se habían alejado los periodistas, los fotógrafos con sus flashes, el bullir de gentes extrañamente vestidas y de extraña y dudosa conducta, toda esa chusmorra, como decía Friedrich Wilhelm

Pfaffrath en su argot yiddish antisemita, y de pronto estaban solos en el camerino de artistas de la sala de conciertos romana, Pfaffrath con su mujer y su aplicado hijo Dietrich y su cuñado Judejahn, estaban solos entre sillones de terciopelo rojo y paredes de las que colgaban guirnaldas doradas, palidecidos lazos de la extinguida gloria de Italia y cuadros de músicos muertos con barbas coquetonamente rizadas, también adornaba las paredes una mujer pintada al fresco,

una exuberante figura en colores calizos, la armonía dominando el tronar de los vientos. Estaban extrañamente separados en esa estancia, que ahora resultaba fantasmagórica o los convertía en fantasmas. ¿Les había abandonado la vida porque la juventud se alejaba de ellos y sólo la boca contraída de Dietrich se mantenía allí, un miembro de asociación estudiantil aún en activo, pero ya un funcionario del Estado en proyecto, que no quería servir al Estado, sino dominarlo?

Judejahn había mirado con obscena fijeza a Use Kürenberg, la mujer del palco, la mujer que había estado sentada junto a Adolf y había excitado su curiosidad. Se había imaginado la comunidad sexual en que vivía con su hijo, lascivo bajo la sotana. Ahora que se había ido preguntó a Pfaffrath si la conocía, y cuando oyó que era la hija del viejo Aufháuser, el judío de los almacenes al que habían liquidado, lamentó que se le hubiera escapado; se había escapado a sus manos, sus botas, su pistola, habían cerrado las fronteras demasiado tarde, habían sido siempre demasiado generosos, habían dejado extenderse los bacilos por Europa y la Europa alemana había muerto de ellos, una judía se había sentado junto a Adolf, una judía alemana dormía con su hijo, que era un cura romano, excitaba a Judejahn, le excitaba como al lector de sucesos le indigna y excita el proceso por incesto; Judejahn no lamentaba haber matado, había matado demasiado poco, ésa era su culpa, pero el revuelo que se había armado aún le daba que hacer, le halagaba e irritaba como halaga e irrita una mala fama, y unía a Judejahn de tal modo a sus víctimas que la idea de la fallida solución final de la cuestión judía, la idea de los fusilamientos masivos ordenados por él, el recuerdo de las fotografías de mujeres desnudas ante las fosas, despertaban en él perversas ideas, era pecado mezclarse con judías, era el *Pecado contra la sangre* de Artur Dinter devorado por el pequeño Gottlieb, pero la idea del pecado estimulaba los testículos, excitaba las células seminales, y sin embargo esa vinculación seguía siendo ilegítima, a no ser que fuera un sueño en una niebla roja que se le ponía ante los ojos, no era una clara reflexión, era un pensamiento de vigilia; terminada la ofrenda seminal, tras el liberador, sordamente redentor impulso del odio y el placer, se rompía la concha de la concepción circuncisa, el recipiente impuro de incomprensible seducción y magia cabalística que había recogido con astucia el valioso gen del ario.

Judejahn pensó en Laura. También ella podía ser una judía, no lo sabía con exactitud, estaba citado con ella para esa noche, pero hubiera preferido encontrarse con Ilse Kürenberg-Aufháuser, se imaginó el encuentro en una calle solitaria, en un campo de ruinas ante una oscura fosa, con luna llena, y el sudor cubrió su frente. Los Pfaffrath. se habían sentado en los sillones de terciopelo rojo. El viaje al campo de batalla de Cassino, una experiencia edificante, el

concierto de Siegfried, un acontecimiento agobiante y confuso, los habían agotado. Se estaba bien en los anticuados sillones, también Judejahn se acomodó en ellos, y ante la armonía con sus vientos, ante los muertos músicos italianos, los palidecidos laureles de gloria y guirnaldas doradas, estuvieron como en el salón de sus padres, como en el cuarto navideño de la casa parroquial, como en la confortable habitación de la que habían salido para aspirar al poder, ejercer el poder y representar el poder en trincheras, campamentos y bosques, puestos de mando y barrancos, gigantescos escritorios y pomposas mesas. Y Judejahn habló de cómo imaginaba el retorno, el regreso a Alemania, y le escucharon con atención, pero con esfuerzo y luchando con el sueño. Judejahn quería aparecer en Alemania después de la devolución de la soberanía, y Pfaffrath asintió, entonces ya no habría peligro, ninguna autoridad alemana ejecutaría una sentencia de Núremberg y ningún tribunal alemán condenaría a Judejahn, y Judejahn habló de un nuevo tiempo de lucha y un nuevo movimiento y de la recolección del rebaño de los leales, y Pfaffrath, el correcto, recordó que Judejahn podía exigir una pensión por los servicios prestados al Estado y por su rango de general, un derecho que habría que reclamar, un posible proceso que habría que ganar, se trataba de la buena fe y de la reivindicación documentada a la patria; a la forma de Estado que se quería combatir no se le podía regalar nada.

Así excitado por tan hermosas expectativas, Judejahn los invitó a una copa. Los Pfaffrath estaban cansados. Hubieran preferido dar una cabezada en los anticuados sillones, las sillas de esa buena habitación, y Friedrich Wilhelm Pfaffrath se sentía como si su padre, el pastor, estuviera sentado con ellos y hablara, como tantas veces, de Gravelotte y de Bismarck y del viejo Káiser y de la fundación del imperio en Versalles, ese importante y pérfido lugar. Pero, ¿podían contradecir a Judejahn, que volvía a jugar al gran hombre? Le siguieron, y él se plantó con las piernas abiertas ante la sala de conciertos y silbó. Lanzó una estridente señal, un compás del himno del desierto en mitad de la noche, su coche negro se acercó y el chófer, con rigidez castrense e incansable como si hubiera tomado una droga diabólica, saltó del volante y abrió la portezuela. Pero los Pfaffrath tenían su propio coche, el coche del alcalde, aquí aparcado, y se decidió que siguieran a Judejahn. Así que Judejahn recorrió, como en los viejos días de esplendor, la Roma nocturna, sin duda no sonaban las sirenas, sin duda no le precedía rugiendo ningún coche de vigilancia y protección, faltaba la escolta, pero ya volvía a tener séquito. Había dado vida a un fantasma, el fantasma de la grandeza nacional, el fantasma de la superioridad racial, el fantasma de la venganza del oprobio, y volvía a embrujarlos. ¿Adónde iban? ¿Adónde? Hacia la noche. Hacia la tentación y, como todos los viajes,

hacia un fin. Se decidió a ordenar dirigirse a Via Veneto. ¿Por qué no iba a deleitar a sus parientes en el bar de los camareros de frac lila? El brillo de la luz y el de los muchos espejos iba a impresionarles, el pequeño Gottlieb lo sabía, y Judejahn podría, sin que ellos tuvieran por qué darse cuenta, disfrutar ya del esbelto talle de Laura, fácil de abarcar por sus manos, del tierno cuellecito fácil de agarrar de la sonriente belleza de la caja.

Después de un largo recorrido por la dudad, por la noche, los jardines y las murallas, después de extraviadas conversaciones de sendero, melancolía de las estrellas e inútiles aproximaciones a lo invisible, Siegfried había llevado a Adolf al bar. No le gustaban esos locales, le divertían los sarasas, su afectación femenina, su falso trinar de pájaro sobre los altos taburetes, su vanidad de pavo, sus mentiras, sus celos, sus líos infinitamente enmarañados, Siegfried era pederasta, no era ninguna loca, la inclinación de los hombres adultos le resultaba desagradable, amaba la áspera y amarga belleza de los chiquillos, y su admiración era para los rasguñados chicos de la calle, algo sucios de sus salvajes juegos. Eran inalcanzables e invulnerables, y por eso no le defraudaban, eran un gozo para la vista y un amor para la fantasía, una entrega espiritualmente ascética a la belleza, una excitante sensación llena de placer y de tristeza; pero abrazos como los del barco piscina eran acontecimientos de ciega necedad, viajes al Infierno carentes de alegría, un loco intento de tocar lo intangible, la locura de encontrar a Dios entre la suciedad, que premiaba a Siegfried con una fugaz euforia, que rápidamente desaparecía. A veces hacía amistad con chicas parecidas a sus chicos, en eso le ayudaba el gusto de los tiempos, había muchas dulces chiquillas que vagaban por el mundo con largos pantalones de seda o lino, sin pechos y con enmarañados cabellos de niño, pero en sus largos y estrechos pantalones llevaban el órgano de la maternidad, trabajaba constantemente la alquimia biológica, y Siegfried no quería reproducirse. La idea de causar una vida que podía estar expuesta a imprevisibles encuentros, azares, acciones y reacciones y seguir actuando en el futuro por la acción, el pensamiento o una ulterior reproducción por su parte, la idea de ser padre de un niño, ese desafío al mundo, en verdad le horrorizaba y le echaba a perder el trato con chicas, incluso cuando empleaban medios de prevención, que en sí mismos ya eran penosamente repugnantes y señalaban con penosa náusea hacia aquello que había que prevenir. La concepción física le parecía a Siegfried un crimen, cosa que no era para todo el mundo. La ligereza y la imprevisión disculpaban, pero para él habría sido un crimen. La semilla manchaba la belleza, y el nacimiento era demasiado parecido a la muerte; quizá era una muerte, como también

el placer carnal, la fusión en la humedad orgánica con sudor y gemidos, estaba en las cercanías de la muerte y el agotamiento se tocaba con el agotamiento, era finalmente una misma cosa, la cálida mucosa primigenia del comienzo. Adolf se sobresaltó un poco ante la elegancia del local, cuyo verdadero rostro le estaba oculto, le asustaron los candelabros, los relucientes espejos, los fracs lila de los guapos camareros, naturalmente no podía sentarse en el bar con sus ropas talares, y pensaba además que difícilmente era adecuado para él pararse aquí en la calle, en una de las coloridas sillas de la terraza, así que se sentaron a una mesa en las cercanías de la caja, y Adolf Judejahn vio sonreír a Laura.

A mí no me gustaban, pero volvía a divertirme verlas, como papagayos en su barra, mis falsos hermanos, veía su histérica alegría, su innata maldad, su auténtica tristeza, veía su pelo tostado, sus coquetos vestidos, sus tintineantes pulseras, y el poeta americano que disfruta de una beca en Roma y se pasa todo el año puliendo un soneto que luego publicará en la revista de una pequeña universidad llegó con sus zapatos puntiagudos, un pantalón de tubo y unos rizos enredándose en la frente como en un peinado del Directorio y habló conmigo del concierto, al que había asistido, expresó opiniones inteligentes y desacertadas, pero estaba sinceramente conmovido por mi música, y me di cuenta de cómo miraba a Adolf y cómo le inspiraba curiosidad que yo estuviera aquí con un sacerdote, pero no invité al poeta a sentarse con nosotros, mantuve la conversación con él de pie, y finalmente quedamos para tomar una copa, y vi cómo la guapísima cajera sonreía a Adolf hasta que él se quedaba mirándolas a ella y a su sonrisa como a una aparición. También a mí me gustaba, su sonrisa era por así decirlo incorpórea, era un rayo salido de un fondo misterioso, era encantadora, la llamaban Laura, yo la conocía fugazmente, había hablado con ella, pero no era el hombre adecuado para ella, Laura me incluía entre los maricones, y como pasaba todas las noches entre ellos eran para ella como hermanos y no la excitaban. Yo no había querido exponer a Adolf a seducción alguna, le había llevado a un local de hombres y no había pensado en Laura, pero ahora reflexionaba si debía ponerle en contacto con la cajera, era joven, yo no había pensado en su celibato, ni siquiera creo que sufriera por él, y si mantenía sus votos y vivía castamente me parecía muy bien, y prefería pensar que mantenía sus votos a que nos los mantenía, pero también me parecía carente de significado que los rompiera y se liara con una chica, y Laura era muy hermosa, tenía que ser bonito acostarse con Laura, se lo concedí a Adolf, Dios no tendría nada que objetar, la Iglesia no tenía por qué saberlo y si lo supiera se lo disculparía, pero quizá Adolf tuviera escrúpulos, así que preferí dejarlo, sobre todo porque era discutible si Laura estaría de acuerdo y

si tenía tiempo de irse con él, pero él la miraba tan cautivado que pensé si habría que ayudarle, no habíamos celebrado mi estreno y me hubiera gustado hacer algo amistoso.

Ella vio entrar al cura en el local, y como era católica devota le hirió que ahora también los curas fueran maricones, sin duda Laura suponía que había clérigos homosexuales, pero le irritaba que este viniera ahora a su bar, lo que era algo demasiado manifiesto y sin duda no estaba bien, aunque en el local no pasara nada vergonzoso, pero entonces vio sentarse a Adolf, vio cómo se quedaba mirándola y, tenía vista para eso, vio que no era maricón, y vio también que era inocente, que había venido sin ser maricón y siendo inocente a este bar y se sentaba sin ser maricón y siendo inocente ante ella y la miraba fijamente, y había algo en su rostro que le recordaba a otro rostro, el rostro de un hombre que tampoco era homosexual, pero * no sabía qué hombre, y el otro rostro tampoco era inocente, ella sonrió, sonrió con su sonrisa más hermosa, y pensó: sí, sí, lo haría, es un pecado pero no es un gran pecado, podría hacerlo y confesar el pecado. Y Laura se vio a sí misma como un regalo, y le alegró tener algo que regalar, también se le podía regalar algo a un cura, un regalo muy hermoso, y Laura sabía que ese regalo daría alegría.

Adolf me había hablado del dinero que le había dado su padre. Me lo había contado en el parque y había querido tirarlo al camino porque esperaba que un pobre lo encontrara, y yo le había impedido tirar ese dinero, y le había dicho que esos billetes sólo los encontraría un rico, un codicioso o un usurero. Y Adolf me había dicho entonces que Judejahn le había dado el dinero para que se comprara una chica. Y ahora le dije:

—No podrías tener por ese dinero a la chica de la caja. Sólo podrías comprarte una chica barata, ninguna de la Via Veneto.

Dijo que yo era malvado, y yo dije que no era malvado, y él se ruborizó, y luego me preguntó si conocía el amor tan sólo como lujuria, y yo dije: «No». Le dije: «No conozco la lujuria». Y él no me entendió, y luego me dijo que en el seminario había aprendido palabras griegas para los distintos significados del amor... Yo conocía sus palabras griegas, también yo me imaginaba buscando a Fedro. Podía probar, podía probar esa bebida agridulce, fui hasta Laura y saqué un bono para el bar, y a la vez le pregunté si podíamos acompañarla a casa, y ella sonrió como si se le hubiera aparecido un ángel.

No sabía contar. Se equivocaba con las cuentas, las horas y las obligaciones, en los duros, escasos y a menudo crueles asuntos de la vida. Judejahn había llevado a los Pfaffrath hasta las sillas de la terraza; así podía mirar sin ser visto al local, a su cita. Laura lo vio, el hombre de las gafas azules, y volvió a parecerle un desconocido

prometedor, un conocimiento muy prometedor, pero hoy quería regalarse al joven cura, esta noche quería hacer algo bueno, quería entregarse al joven cura, tan inocente y tan triste, y por la mañana le contaría a su confesor que se había regalado al joven cura desconocido, y cuando Judejahn la miró interrogante movió la cabeza en señal de negación. Él se dirigió a la caja y la miró torcidamente. ¿Qué era esto? ¿Se le estaba ocurriendo a esta puta burlarse de Judejahn? Por desgracia le faltaban las palabras, le faltaban en todos los idiomas, y Laura sonreía, le parecía halagador que el de las gafas azules estuviera furioso, y además le gustaba acostarse de día con hombres y no de noche, cuando estaba cansada de las cuentas y realmente quería dormir, así que le dijo que podía reunirse con ella por la mañana si quería, y escribió la cita en una nota de la caja, a las diez delante de la oficina del CIT, en la estación, allí estaría, y él no entendió qué significaba ese capricho, quizá uno de esos sucios ricos judíos había superado su oferta, le hubiera gustado gritarle, pero el pequeño Gottlieb no se atrevía a gritar en este local, y Judejahn se guardó la nota con la cita de Laura y pidió un bono para el bar, un bono para un coñac Napoleón, fuera bebían vino, pero él quería tomarse rápidamente en la barra un Napoleón grande.

Se abrió paso entre los taburetes, me empujó, yo estaba sentado en la barra y hablaba con el poeta americano, volvíamos a hablar acerca del concierto, que seguía haciendo su efecto en él y seguía estimulándole, y me habló de Homero y de Virgilio y de que en el soneto en el que trabajaba iba a citar a Virgilio y a Homero y que después de oír mi sinfonía Homero y Virgilio se le aparecían como figuras de su propia soledad, de la que siempre quería huir, lo que le conducía a altos taburetes de bar y a la charla, y yo me volví y vi a Judejahn abrirse paso entre los taburetes. Me quedé sorprendido, y él también pareció sorprendido, nos miramos, y yo hubiera tenido que volverme, pero me pareció gracioso ver a Judejahn en ese bar homosexual, en la esfera de mi condenación, me estimuló irritarle, y dije:

—¿Te has hecho maricón, tío Judejahn?

Su rostro se desfiguró, miró a su alrededor, y sólo ahora pareció quedarle claro que éste era un local para homosexuales, y me siseó:

—¡Siempre sospeché que eras uno de esos cerdos!

¿Lo sospechaba? ¿Sospechaba también por qué lo era? ¿Pensaba en Ordensburg, en los chicos en camisa de fuerza y guerrera de soldado que eran hermosos cuando se quitaban el uniforme, que desnudos volvían a convertirse de pequeños funcionarios en niños, en niños llenos de nostalgia del amor y la ternura y con el joven cuerpo lleno de ansiedad? Judejahn no me ofendía. ¿Por qué lo hice? ¿Por qué lo hice? ¿Le odiaba? Ni siquiera le odiaba. Era el pasado, no

quería que me lo recordaran. El Judejahn de mi juventud había sido terrible. El hombre del partido inspiraba temor. El general despertaba temor. Ahora, le consideraba un espantapájaros. ¿Por qué no le dejé? ¡Era libre! Pero él me había convertido en soldado, y yo conocía expresiones de soldado y me atraía mucho decirle que era un cerdo redomado, pero ahora sentía maldad, la familia me volvía malo, sentía maldad a la manera de los Pfaffrath, me odiaba, y fui perverso de forma invertida, me odiaba, y le dije:

—¡Adolf también está aquí!

Y él siguió mi mirada, y vimos a Adolf solo a su mesa, llamativo en su ropa clerical, solo entre todos los maricones que zumbaban y cacareaban a su alrededor, y vimos cómo miraba a Laura, y le dije a Judejahn:

—Está invirtiendo su dinero, el que le diste para una chica.

Y entonces vi que Judejahn tenía el rostro de un apopléjico, una hinchazón amoratada, y pensé: ¿te dará el ataque? Y pensé: pero, por favor, aquí no. Y pensé: sería gracioso que le diera un ataque a Judejahn en el bar lila. ¿Fue un triunfo? No fue un triunfo. Me sentía insípido. Me era indiferente si a Judejahn le daba el ataque o no le daba el ataque. Su mano, que alargaba un bono al camarero, temblaba. Pensé: es un viejo loco. Y sentí: es un fantasma. Casi sentí algo parecido a compasión por Judejahn. Fue extraño. Quizá me puse sentimental.

Engulló el coñac, una corriente de fuego afluyó a sus vísceras, se expandió por el vientre en pequeños riachuelos, había en él furia furia furia y dolor, sólo el pequeño Gottlieb, con su respeto a los ambientes ricos, aunque fueran palacios de mierda de lujuria degenerada, se oponía a un estallido de furia. Que Siegfried se dirigiera a él con esa frescura ya era bastante malo. Judejahn aún se había sentido capaz de romperle los morros antirracialmente intelectuales a ese blandengue. Pero un nuevo enemigo se había alzado contra él, un enemigo que se había infiltrado, un enemigo cuya aproximación no había oído en los tiempos de plenitud de su poder y que aún no era reconocible en los cuarteles del desierto, porque también allí había plenitud de poder aunque en un territorio menor, había dado órdenes, había mandado, no tenía competencia, pero ahora el enemigo estaba de pronto ahí, se mostraba, levantaba el brazo… ¡la edad! Judejahn no se indignó porque su hijo se sentara entre homosexuales. Tampoco se le ocurrió divertirse porque su hijo, el diácono, se sentara entre los maricones. Sólo vio que su hijo, ese hipócrita, le quitaba la puta, y a Judejahn no le amargó el placer de la cama que se le escapaba, estaba sorprendido, sorprendido y perplejo porque le postergaran en beneficio de ese blandengue en sotana de mujer al que tanto había despreciado, al que ni siquiera había odiado de veras y del que sólo se avergonzaba como

de una deformidad, de una cómica joroba que le vuelve a uno ridículo, y prefiriesen al muchacho. Judejahn miraba de hito en hito la mesa extrañamente solitaria a la que Adolf se sentaba solo, y la hermosa sonrisa de Laura. Para Judejahn era como si viera una fea y peligrosa Fata Morgana, un fantasma del desierto, inaprensible, inatacable, cruel, grotesco y mortal. Pero ahí estaba realmente el archienemigo, no era ningún fantasma y sin embargo era un fantasma, el archiestafador que, para engañar a su necio padre, se había disfrazado de cura. La juventud se alzaba contra Judejahn, la necia juventud le había traicionado. Una juventud había caído, Judejahn la había devorado en la guerra, ésa estaba bien, no le había engañado, ya no podía engañarle y traicionarle, yacía en la tumba. Pero la nueva juventud le había traicionado y le traicionaba una y otra vez, y ahora le robaba, le arrebataba las expectativas de victoria, le robaba la hembra, que en todos los tiempos correspondía al conquistador, al dominador, y cuya posesión era un símbolo voluptuoso de la victoria, una cálida sensación de poder y de sometimiento. ¿Era Judejahn ya el viejo ciervo al que el joven corzo disputaba la corza, y que tenía que esconderse y perecer en la espesura? Aún no habíamos llegado a eso. Era engaño, todo era astucia de cura. A Judejahn le faltaba mucho para ser el viejo ciervo al que se le cae la cornamenta y que se esconde. Era el mejor hombre. Sus actos hablaban por él; pero ¿cómo podía comunicar sus acciones a Laura, sus victorias, sus campañas de aniquilación? El mundo entero había conocido el poder de Judejahn; nadie parecía querer recordarlo. ¿Es que ahora no importaba más que la palabra fácil, las lenguas en venta de los cobardes, mientras los actos de los valientes ya estaban olvidados, eran ya la nada en el agujero del pasado, donde corrían incluso ríos de sangre y el horror descomponía putrefacto? ¿Qué podía hacer Judejahn? Podía mandar despejar el local. Absurdo, no podía mandar despejar el local. Ni siquiera podía ir a la caja y sacar otro bono de coñac. Se sentía mareado y temía el ridículo, la escena ridícula de un encuentro con su hijo cura. Judejahn se mantenía cerca del pasamanos de latón de la barra, como si tuviera que aferrarse para no caer dentro del local, para no morir o caer ciegamente en una situación ah cuán desesperada...

Vi cómo su mano se aferraba convulsa al pasamanos de latón, vi cómo deseaba una segunda copa y cómo no se atrevía a soltar el pasamanos, y le dije al camarero que le diera a Judejahn un coñac, y el barman sirvió el coñac, porque me tomaba por un maricón y confiaba en que sacaría el bono después. Judejahn cogió la copa. ¿Supo que provenía de mí? La apuró con un balanceo del culo, como si fuera a hacer flexiones en la barra. Por un momento su mirada tuvo algo de vidrioso, pero luego sus párpados se volvieron a estrecharse para conformar sus pérfidos ojos de cerdo. Los pérfidos ojos de cerdo

me miraron. Miraron a través del local. Vieron a Adolf, descansaron en Laura, y en realidad me asombró que estuviera tan excitado. ¿Por qué era tan horrible para él ver aquí a Adolf? ¿Era un padre que quisiera proteger a su hijo? Yo no lo creía. Judejahn no quería proteger a nadie. Y dado que odiaba la sotana de su hijo, tendría que haberle parecido gracioso ver esa odiada prenda en tan excéntrico entorno. Ahora se apartaba de la barra, caminaba a través del local. Pasó junto a Adolf y junto a la caja, y presté atención para poder intervenir si le gritaba a Adolf. Judejahn pasó junto a Adolf sin prestarle atención, y Adolf no pareció verle, como tampoco me echaba a mí de menos, estaba sentado a la sonrisa de Laura como a un gran sol, el espléndido sol de un inocente paraíso.

Estaban sentados fuera, delante del bar, y la noche corría por delante de ellos, la Roma elegante, la Roma rica, la Roma de los grandes propietarios y la Roma de los arrogantes extranjeros, la Via Veneto desfilaba delante de las hileras de sillas de los cafés, de los bares, de los hoteles y de los caros salones de baile, y las luces resplandecían por doquier, y los castaños florecían y susurraban, y las estrellas titilaban sobre este gran centro del mundo. Primero lo habían admirado todo, incluso a los camareros de frac lila, pero luego ese tono de mala reputación corrió por entre las sillas, esas voces de pito, esas pulseras tintineantes, el olor del pelo ondulado y las manos cuidadas de mujer que se posaban en torno a caderas ajenas y complacientes. Friedrich Wilhelm Pfaffrath estaba indignado. No se atrevía a decir lo que sospechaba, y en ningún caso, pensó, Judejahn hubiera debido traer aquí a su esposa Anna. También Dietrich estaba escandalizado, pero la indignación y el escándalo por la mala fama y la decadencia de las costumbres también hacían bien por otra parte, fortalecían la columna vertebral, hacían levantar orgulloso la cabeza, la decencia se asentaba entre el sibaritismo güelfo, y los godos vencerían. A Dietrich le atormentaban la curiosidad y el deseo. La curiosidad preguntaba qué podía haber movido a Judejahn a visitar este local. Maricón no era. Pero quizá tenía aquí contactos secretos, soplones infiltrados, porque los espías y los traficantes de noticias venían a menudo de círculos degenerados; uno se servía de ellos, y cuando se había llegado al poder se mataba a esos despreciados auxiliares que habían sido útiles. El deseo era para las chicas que pasaban. Sobre altos tacones, pasaban dando saltitos embutidas en estrechas faldas que marcaban los muslos, cuidadas y enjaezadas como caballos de circo, caros animales de monta, prometedoras expertas, se imaginaba Dietrich, pero sabía calcular, y calculaba que saldría caro, costaría más de lo que en todo caso quería invertir, así que odiaba a las muchachas, las encontraba desvergonzadamente provocadoras y su paseo por la calle nocturna escandaloso, y pensaba con ansia y

amargura en la revista que había en su maleta, en la hoja de los desnudos que conducía a la relajación y al sueño. Por fin, Judejahn regresó del interior de esa extraña pajarera. Tenía que estar enfadado, respiraba con dificultad, las venas de la frente y de la mano sobresalían, y la mano temblaba cuando cogió la copa con el resto del vino. Y entonces les insultó, les insultó porque Alemania aún no había despertado, porque la juventud aún no desfilaba, porque la juventud era descarada ante sus superiores y degeneraba en la indisciplina. ¿Cómo podían defenderse? Nunca habían podido defenderse contra Judejahn. Friedrich Wilhelm Pfaffrath estaba vergonzosamente indefenso contra cualquier voceras con tal de que enfatizara lo suficiente el aspecto nacional, porque lo nacional era un ídolo, un Moloch, al que se sacrificaba el entendimiento y la vida y finalmente incluso la propiedad. Los castaños romanos susurraban en la noche tibia. ¿Volverían las banderas a susurrar? Friedrich Wilhelm Pfaffrath lo deseaba mucho, las banderas eran símbolos sublimes, eran la manifestación visible de la nación, pero ahora, quizá se hacía viejo, cuando oyó los insultos de Judejahn a él y a la nación se apoderó de él un ligero y extraño espanto ante las banderas de Judejahn que debían volver a susurrar, y le pareció como si los suaves castaños romanos se rieran por lo bajo como viejas damas. Pensó en su madre, la esposa del pastor, a la que el nacionalsocialismo no entusiasmaba. Quizá ahora estuviera mirándole desde el cielo estrellado. Creía firmemente en ese mirar desde allá arriba. Pfaffrath rechazó, experto, tal posibilidad. Aun así..., si su madre le estaba mirando, si le encontraba y le veía, ¿sentiría compasión? Judejahn acusaba a Pfaffrath de cobardía y deslealtad. En ese momento hechicero de la noche, cansado, agotado, lleno de impresiones elevadas y extrañas, Pfaffrath aceptó el reproche. Había sido cobarde, había sido desleal, pero era una cobardía distinta, una deslealtad distinta de aquella a la que hacía referencia su furioso cuñado. A Pfaffrath le parecía como si en sus años jóvenes se hubiera apartado del camino, como si hubiera habido otra senda para él y para Alemania distinta que la carretera militar por la que Pfaffrath había ido; otra posibilidad alemana en la que él nunca había creído estaba ahora ante él, como un paisaje de juventud transfigurado por la trampa del recuerdo, a esa otra posibilidad es a la que había sido desleal, y la otra Alemania se había perdido para siempre. Los castaños hablaban de su cobardía, de su deslealtad, de su fracaso, más aún en casa los viejos tilos, pero para los hombres la voz culpable de la noche desaparece con el temblor nocturno de los árboles, y después de un sueño reparador Pfaffrath volvería a sentirse inmaculado, un hombre y un alcalde alemán sincero, libre de toda culpa, libre de culpa para con los antepasados, libre de culpa para con los niños y libre de culpa para con su propia alma. Pero ahora, en la

metamorfosis de la hora nocturna, se preguntaba aún si con su sinfonía Siegfried no habría buscado la patria mejor, y si con sus sonidos malsonantes al oído de Pfaffrath no habría mantenido quizá un diálogo con su joven alma.

Yo le molestaba en su ensimismamiento, le molestaba en su entrega a la sonrisa de Laura. Adolf volvía a conmoverme. Le puse la mano en el brazo, en su ropa negra, pero lo retiró y dijo:

—No entiendes lo que es esto.

Yo le dije:

—Sí, has descubierto un dolor.

El preguntó:

—¿Sabes realmente lo que es?

—Sí.

Le había pedido un vermut, y él lo tenía, y preguntó:

—¿Tenemos que irnos ahora?

Yo dije:

—Se llama Laura. Nos vamos a ir con ella.

Me miró, algo palpitó en torno a su boca, y dijo:

—No me comprendes.

—Sí, te comprendo.

Y pensé: cree que puede conformarse con mirar, y tiene razón, mirar es la dicha, y si se mantiene firme y no se va con ella a la cama habrá ganado algo. Pensé: habrá ganado algo, pero creerá que lo ha perdido todo. Pensé: ¿qué habría sido de él si con los nazis no se hubieran desplomado también sus Ordensburg? Pensé: ¿estaría siquiera viendo a Laura? Pensé: ha entrado en un difícil camino. No sabía si seguiría recorriéndolo. Adelante, ¿y hacia dónde? Hay muchas sendas de la pasión, una confusa red viaria.

Él los observaba desde la emboscada de su coche. Salieron del bar. Bajaron por la Via Veneto, caminaron bajo sus luces, que se apagaban poco a poco, caminaron bajo los árboles susurrantes, la chica iba entre ellos. El coche de Judejahn les seguía, una sombra negra que se deslizaba con lentitud, los alcanzó en una ocasión y volvió a quedarse atrás. Pasaron de largo ante el gran hotel de Judejahn, y pasada la embajada americana doblaron a la izquierda, hacia la Via Venti Setiembre. Judejahn abandonó la persecución. Había querido tener la certeza. Tenía la certeza..., su hijo le había aventajado con una puta. Su hijo se acostaba con una puta romano-judía. Su indignación era ridícula. Eso no se le escapaba del todo. Pensó: bueno. Estaba bien que Adolf se acostara con una chica; quizá se convirtiera en un hombre. Pero había sido golpeado, ¡él, el gran Judejahn había sido golpeado, había sido rechazado, su orden no había tenido efectos, el mundo estaba en rebelión! Era eso lo que

revolvía en él una marea de absurdos insultos. Que su hijo se acostara siendo cura con una chica no le afectaba. Le faltaba sentido para eso. Consideraba a todos los curas hipócritas y chivos lujuriosos. Se vengaría. Se vengaría de todos los curas, se vengaría de todas las putas. Se hizo llevar al hotel. Entró en su lujosa habitación. El pequeño Gottlieb podía estar satisfecho con la habitación. El gato Benito recibió a Judejahn con chillidos. Tenía hambre. Judejahn estaba furioso porque al animal no le habían dado nada de comer. Acarició al gato, rascó su piel sarnosa, dijo:

—¡Pobre Benito!

Llamó al camarero, insultó al camarero, pidió carne picada cruda para el gato y champán para él. Tenía que ser champán. En el comedor de oficiales, el pequeño Gottlieb siempre bebía champán. El pequeño Gottlieb había bebido champán como vencedor. Había bebido champán en París, en Roma, en Varsovia. En Moscú no había bebido champán.

Recorrieron la noche en silencio. Ninguno tocaba a otro. Los altos edificios estaban mudos. Eran amistosos. El asfalto yacía benévolo bajo sus pasos. Oyeron tocar las campanas de San Bernardo; también Santa Maria della Vittoria y Santa Susana anunciaban la hora con argentino toque. Pero ellos no contaban el tiempo. En la Piazza della Esedra cruzaron el semicírculo de arcadas. Los escaparates de los negocios tenían rejas. Los comerciantes eran desconfiados, temían a la noche y los ladrones. Los escaparates estaban iluminados. Mostraban tesoros. Laura no los codiciaba; no codiciaba nada de todos los tesoros que yacían marcados con elevados precios detrás de las rejas cerradas. Su sonrisa era un resplandor benéfico en la noche, llenaba la noche y llenaba Roma. Laura sonreía a la ciudad y al mundo, urbi et orbi, y Roma y la noche y el mundo estaban transfigurados. Atravesaron la plaza, y Laura hundió los dedos en el agua de la fuente, los hundió en la pequeña Fontana delle Naiadi y salpicó como con agua bendita, católica devota, la cabeza de su mudo diácono con el agua de las náyades. Luego se situaron a la sombra de un viejo muro donde debían habitar aves nocturnas. Estaban delante de Santa Maria degli Angelí, junto a las termas de Diocleciano. Siegfried prestó oídos al grito del búho. Era como si aquí tuviera que llamar la lechuza. Pensó que desde un punto de vista compositivo lo adecuado era el kiwitt-kiwitt del pájaro de la Muerte, pero sólo escuchó el grito de las locomotoras de la estación cercana, lleno de nostalgia y lleno de miedo ante tanta lejanía. Qué lejos estaban el uno del otro, viviendo la noche a trío. Siegfried miraba a Adolf y Laura. Pero ¿los veía? ¿Acaso no se limitaba a proyectarse sobre las figuras de sus acompañantes? Eran pensamientos suyos, y se alegraba de pensarlos. Eran pensamientos amables. ¿Y ellos, se veían? En la esquina de la vieja

muralla de las termas estaba oscuro, pero ante Santa Maria degli Angelí resplandecía una luz eterna, y trataron de distinguir sus almas en esa luz.

Les dejé, ¿qué iba a hacer con ellos? Los había reunido, ¿qué pintaba ahora con ellos? Vagué camino de la estación. Penetré en el círculo de la luz de neón. Que Adolf rezara ante Santa Maria degli Angelí. *Ut mentes nostras ad coelestia desideria erigas*; que eleves nuestros corazones a los deseos celestiales. ¿Había llevado a Adolf a la tentación? Yo no había llevado a Adolf a la tentación. No existía ninguna tentación. En las termas, en el Museo Nazionale Romano, estaban encerradas las imágenes de los viejos dioses. Estaban bien vigiladas. ¿Había dado alegría? Yo no podía dar alegría. Sólo había espejismo, fuegos fatuos del momento. Me dirigí a los andenes. Había un tren listo. Las vagones de tercera clase estaban repletos. En primera clase se sentaba un hombre enjuto. ¿Sería yo el hombre de primera clase? Quizá era un mal hombre. ¿Sería yo? Yo no quería viajar en la repleta tercera clase. Florencia-Brennero-Múnich. ¿Me atraía la ruta? No me atraía. Me dirigí al *Albergo di giorno*, que está situado bajo la estación, en una especie de gruta rocosa con luces de neón. Las ninfas de la gruta hacían la manicura a los señores. Amo los salones de peluquería romanos. Amo a los romanos. En todo momento piensan en su belleza. Aquí a los hombres se les peina, se les afeita, se les ondula el pelo, se les hace la manicura, se les da masaje, se les aplican ungüentos, se les riega con agua de olor; estaban sentados con seriedad bajo los peinadores y los relucientes secadores de campana. El secador surcaba sus cabellos. Yo no tenía nada que hacer. Pedí una compresa. Pedí una compresa porque me aburría. Me cubrieron el rostro con un paño caliente y humeante, y me acudieron sueños ardientes. Yo era Petronio, el poeta, y hablaba en el baño público con sabios y con niños, yacíamos sobre los peldaños de mármol de la sauna y hablábamos de la inmortalidad del alma, en el suelo había un mosaico, artístico y abigarrado. Zeus el águila Zeus el cisne Zeus el toro Zeus la lluvia de oro… pero el mosaico lo había hecho un esclavo. Pusieron en mi cara un paño sumergido en agua helada, yo era Petronio, el poeta, disfrutaba de la conversación de hombres sabios y de la belleza de los niños, y sabía que no existe la inmortalidad y la belleza se marchita, y sabía que Nerón cavilaba, y sabía dónde había que aplicar el cuchillo a la vena… El último peldaño de mármol estaba frío. Abandoné la gruta, no era hermoso, me dirigí a cualquier sala de espera y bebí un *grappa* porque Hemingway había recomendado el *grappa*, y volvió a saberme como un mal aguardiente alemán de la época de la reforma monetaria. Me compré un periódico en el gran puesto de periódicos. La fortaleza de la jungla había caído. Se iban de Ginebra. Mi pequeña comunista con su pañuelo rojo caminaba

arrogante por Roma. Ella no se iba. ¿Por qué iba a irse? Estaba en casa. El titular del periódico decía: ¿Y ahora qué?

Kürenberg había hablado mucho por teléfono, había hablado con los críticos y con las autoridades artísticas, había hablado con los ejecutivos y con los organizadores de congresos y con los instauradores y repartidores de premios, había política en juego y mucha diplomacia, y todos los funcionarios se mostraban misteriosos e importantes, pero Kürenberg se había impuesto, Siegfried se llevaría el premio musical, no todo el premio, pero sí la mitad; por motivos diplomáticos, el premio había de ser repartido.

Kürenberg dijo a Use que Siegfried recibiría el premio, y a Use Kürenberg, que dejaba correr el agua en la bañera, le resultó indiferente que se lo dieran o no, no le irritó, pero tampoco le alegró. Pensó: yo estoy contagiada, estoy contagiada dé la maldad, contagiada de la simplicidad del pensamiento en grupo, contagiada de la hostilidad de grupo, del brutal absurdo de la responsabilidad racial, como ellos la llamaban, ¿estoy contra Siegfried y contra su música porque pertenece a esa familia? Él no es feliz con ellos. Lo sé, se ha separado de ellos. Pero ¿por qué veo a los otros cuando le veo? Pensó: no quiero venganza, nunca la he querido, la venganza es algo sucio, pero no quiero que me hagan recordar, no puedo soportar que me hagan recordar, y Siegfried, él no puede evitarlo, me hace recordar; me hace recordar, y veo los crímenes. La bañera estaba completamente llena, pero ahora el agua estaba demasiado caliente. Use Kürenberg apagó la luz del baño. Abrió la ventana. Estaba desnuda. Le gustaba ir desnuda por su casa. Le gustaba ponerse desnuda junto a la ventana abierta. El viento la tocaba. El viento se tendía como un molde en torno a su cuerpo firme y bien conservado. Su firme cuerpo se asentaba con firmeza en el suelo. Se había mantenido en pie. Había resistido la tormenta. El viento no se la iba a llevar. Pero algo en ella anhelaba que se la llevara.

El champán se había acabado, la embriaguez no había venido, las victorias estaban enterradas. Dentro de Judejahn había un sordo rugir, era una especie de zumbar en los oídos que recorría todo su cuerpo; decididamente tenía la tensión demasiado alta, se acercó a la ventana y miró Roma. En una ocasión casi había gobernado Roma. Había incluso gobernado al hombre que gobernaba aquí. Mussolini tenía miedo a Judejahn. Ahora Roma le había regalado a Judejahn un gato sarnoso. Una puta se le había escapado a Judejahn. No podía hacerla fusilar. Una puta se había ido con su hijo, que era un cura romano. Judejahn tampoco podía ya hacer fusilar a un cura. Era impotente. ¿Lucharía por volver al poder? El camino era largo. Por segunda vez, el camino era demasiado largo. Ahora se lo confesaba. El camino era demasiado largo. Judejahn ya no veía la meta. La meta se volvía

borrosa. Una niebla roja se tendía sobre la meta. Una puta se le había escapado a Judejahn, pero una judía desnuda se abría paso ante sus ojos; la judía salía de las fosas, pero aún triunfaba y se burlaba de Judejahn; se alzaba desnuda sobre Roma. La veía en las nubes.

Después de haber estado largo tiempo juntos en la esquina de aquella muralla antigua, de que el reloj de Santa Maria degli Angeli diera a menudo la hora, las locomotoras chillaran, incluso la lechuza hubiera gritado sin que oyeran nada, la música de Siegfried volvió a resonar inesperadamente dentro de Adolf, y tocó el rostro de Laura; trató de atrapar la sonrisa, un tono alto, la humanidad, un dulce placer, y entonces se sobresaltó y corrió hacia la noche, que ahora ya carecía de sonrisas y había de durar mucho.

Los ángeles no habían venido. Los ángeles del puente de Los Ángeles no habían seguido la invitación de los viejos dioses. No bailaban con los viejos dioses en la colina Capitolina. Me hubiera gustado ver a Stravinsky sentarse aquí a su piano negro, entre restos de columnas destrozadas. En el negro piano de cola, el maestro habría tenido que tocar sus *Passacaglia* en el círculo de las alas de mármol un tanto sucias de los ángeles del puente y bajo el gran y puro aliento alado de los dioses, que eran aire y luz; pero los ángeles no habían venido, los dioses se habían escondido, las nubes amenazaban en el cielo, y Stravinsky dijo tan solo: «*Je salue le monde confraterne*!». El congreso de música era recibido en el Capitolio. Yo tenía la impresión de que resultábamos cómicos con nuestros trajes, y los dioses ocultos tras sus ruinas, los faunos en la espesura, las ninfas en las malas hierbas que brotaban por doquier estarían sin duda riéndose. No eran ellos los anticuados, sino nosotros. Éramos necios y viejos, e incluso los jóvenes entre nosotros eran necios y viejos. Kürenberg me guiñó un ojo. Seguramente quería decir: «No te lo tomes tan en serio, pero tómalo lo bastante en serio». Estaba a favor de dejar hacer a los ejecutivos para poder ir de vez en cuando a un restaurante caro con la musa de la música. El alcalde de Roma repartió los premios. Era un colega de mi padre, y me dio medio premio. Me dio medio premio para la sinfonía, y yo estaba sorprendido de que me diera ese medio premio, y pensé, esto lo ha conseguido Kürenberg, y estuve agradecido a Kürenberg, y pensé, mi padre estará un día entero orgulloso de mí, porque el alcalde me había concedido medio premio, pero mi padre jamás comprendería por qué me distinguía el alcalde. El dinero del premio me resultaba bienvenido. Viajaría a África. En África escribiría una nueva sinfonía. Quizá el año próximo se la tocara en Roma a los ángeles; tocaría a los blancos ángeles de Roma la negra sinfonía del continente negro en la vieja colina de los dioses. Lo sé, Europa es más negra. Pero quiero viajar a África, quiero ver el desierto. Mi padre no

entenderá que se viaje a África para ver el desierto y concebir música a partir del desierto. Mi padre no sospecha que soy el muy devoto compositor de los ángeles romanos. El concilio aprobó la música de Palestrina, el congreso ha reconocido mi música.

El despertador no le despertó, el maullido del gato le sobresaltó, la cabeza de Judejahn rugía, el fuerte del desierto estaba lejos, África estaba lejos, Alemania aún más lejos, despertó con un cráneo dolorido en Roma, con los miembros fláccidos, con furia por haberse despertado, con un sabor a perfume en la boca que venía del champán y estaba mezclado con las victorias perdidas, con acidez, con algo punzante, con degeneración celular, y detrás de la frente oscilaba la imagen de la habitación, y los pies y los muslos temblaban, pero el miembro viril estaba excitado, cargado, lleno de sangre, ardía de excitación insatisfecha. Se duchó, se frotó, pensó en el argot del comedor de oficiales, ahora una marcha con equipo, ahora cuerpo a tierra a través del campo, pero sudaba bajo la ducha, no conseguía secarse la piel, el sudor afluía una y otra vez, centelleaba en pequeñas perlas, Judejahn cogió aire, y al aire de Roma era demasiado blando. Conforme al viejo uso de los bebedores, era bueno seguir viviendo, se recomendaba tomar de inmediato por la mañana el mismo jugo que se había tomado por la noche y cuyo veneno se sentía en el cuerpo. Judejahn pidió media botella de champán, del champán de las victorias. La pidió con mucho hielo. Echó trozos de hielo en la copa. El hielo tintineó contra el cristal. La mano de Judejahn temblaba. Vació la copa de un trago. Ahora veía claro. Las nieblas desaparecían. Tenía una cita con Laura. Eso era importante. Que se hubiera acostado con Adolf. La necesitaba, a ella, que era una judía y no era una judía, la necesitaba para liberarse de penosas visiones. Pidió el negro coche de la legación, pero al cabo de un rato llegó una llamada del chófer castrense, que con voz firme, en la que no vibraba ningún sentimiento, anunció una reparación en el coche, que no estaría listo hasta la tarde. Judejhan había oído la voz de la Muerte. No la reconoció. Maldijo.

También en la vieja iglesia de Santa Maria degli Angelí, en la casa de Dios al pie del muro de las termas, se podía confesar en muchas lenguas, y Adolf Judejahn se arrodilló en el confesionario del sacerdote que hablaba alemán, y contó al sacerdote que entendía alemán lo que había ocurrido entre él y Laura esa noche a la puerta de esa iglesia, y como no había ocurrido nada que a la Iglesia pudiera indignarle seriamente en un diácono, Adolf fue intimado a no exponerse en lo sucesivo a las tentaciones, y recibió la absolución. A través de la reja del confesionario, vio el rostro de su confesor. El rostro del confesor estaba cansado. A Adolf le habría gustado decir: «Padre, soy desdichado». Pero el rostro del sacerdote estaba cansado y rechazante. Había oído tantas confesiones. Tantos viajeros venían a

confesar en Roma lo que no querían confiar en casa a sus confesores. Se avergonzaban ante los confesores a los que conocían. En Roma eran extraños y no se avergonzaban, y por eso el rostro del sacerdote estaba tan cansado. Y Adolf pensó: «¿llegaré a sentarme algún día con tanto cansancio en el confesionario, y será mi rostro tan rechazante?» Pensó: «¿dónde estará mi confesionario? ¿En un pueblo? ¿En una vieja iglesia de pueblo bajo los árboles? ¿O no estoy llamado, he sido rechazado, rechazado desde el principio? «Adolf había querido meter el dinero de Judejahn en un cepillo, pero ante la ranura del mismo pensó de otro modo. No actuó en forma propia de su cargo eclesiástico. No confiaba en la caridad de la Iglesia. La caridad de la Iglesia era amarga, amarga como toda caridad, y olía a sopa boba; el dinero se iba en sopa boba. Adolf quería proporcionar alegría con ese dinero. Apretó los sucios billetes de su padre en la mano arrugada de una anciana que pedía limosna a la puerta de la iglesia.

Judejahn esperaba. Esperaba en el vestíbulo de la estación, delante de la oficina del CIT, pero Laura no había venido. ¿Le postergaría también por la mañana? ¿Seguiría vilmente entrelazada a Adolf? La furia era insana. La respiración seguía dando quehacer a Judejahn. A ratos volvía la niebla, una niebla tóxica de gas rojo. Quizá en la próxima gran guerra una niebla así soplara en torno al mundo. Judejahn fue a un carrito que vendía provisiones de viaje y pidió un coñac. Estaba en pie delante del carrito como delante de un coche de abastecimientos en campaña. Apuró el coñac. La niebla roja se aclaró. Judejahn alzó la vista hacia el CIT, pero Laura seguía sin venir. Judejahn pasó ante el quiosco de prensa, vio la revista *Oggi*, y en la portada de *Oggi* se veía a Mussolini. Su viejo amigo parecía cansado, y Judejahn pensó: también yo parezco cansado hoy. Detrás de Mussolini había un hombre con una gorra de las SS. Estaba como un vigilante detrás de Mussolini. Estaba como un verdugo detrás de él. En la gorra podía distinguirse claramente la calavera. ¿Quién era ese hombre? Judejahn pensó: tiene que ser uno de mis oficiales. En la foto, el hombre de las SS bajaba la vista, y Judejahn no podía distinguir su rostro. Probablemente ese hombre estaba muerto. La mayoría de sus hombres estaban muertos. También Mussolini estaba muerto. Había tenido una muerte repugnante. También para Judejahn habían ideado una muerte repugnante. Pero Judejahn vivía, se les había escapado. Vivía y el tiempo era para él, y ahí estaba también Laura. Ahí estaba su sonrisa, y por un momento Judejahn pensó: déjala correr, pero luego volvió a pensar: es una judía, y otra vez le excitó. Y Laura vio al prometedor desconocido, y pensó: ¿qué me regalará? Ahora estaba mirando los escaparates. Una chica necesitaba joyas, una chica necesitaba ropa, incluso una chica que no sabe contar necesita unas medias finas, y estaba acostumbrada a conseguir de vez en cuando

algo; de vez en cuando hacía pequeñas pescas, con toda inocencia y preferentemente por la mañana, no tenía ningún amigo fijo, y después de los maricones de por la noche era hermoso estar por la mañana en la cama con un hombre de verdad, era necesario para la salud, y luego se confesaba con toda inocencia, y tampoco los viejos estaban mal, no eran hermosos pero no estaban mal, lo que podían hacer era suficiente para por la mañana, y además le hacían mejores regalos que los jóvenes, que querían algo para ellos mismos, y Adolf la había decepcionado, el joven cura desconocido la había decepcionado, le habría gustado tanto pasar la noche con él, pero el cura había huido, había temido al pecado, y Laura había llorado, y ahora buscaba un viejo; los viejos no temían al pecado y no huían. Entenderse con Judejahn fue difícil, pero logró hacerle entender que irían a un hotel cerca de la estación.

Kürenberg me había invitado al hermoso restaurante de la Piazza Navona. Quería celebrar mi premio conmigo. Disculpó a su mujer porque no desayunaría con nosotros, y entendí que Use Kürenberg no quería celebrarlo conmigo, y lo comprendí. El restaurante aún estaba vacío a esa hora, y Kürenberg pidió toda clase de mariscos, que yacían sobre nuestros platos como pequeños monstruos, y acompañando a los monstruos tomamos un Chablis seco. Era nuestra despedida. Kürenberg tenía que volar a Australia. Iba a dirigir El anillo en Australia durante la temporada. Estaba sentado ante mí, rompía los caparazones de los monstruosos animales marinos, sorbía sus sabrosos canales, y mañana estaría en el aire con su mujer tomando una cena aérea, y pasado mañana comería en Australia y probaría extraños animales del Océano Pacífico. El mundo es pequeño. Kürenberg era mi amigo, era mi único verdadero amigo, pero yo le respetaba demasiado para poder tener un trato realmente amistoso con él, así que estaba callado cuando estaba con él, y quizá me tuviera por ingrato. Le conté que quería viajar a África con el dinero de mi premio, y le hablé de mi sinfonía negra. Kürenberg aprobó mi plan. Me recomendó ir a Mogador. El nombre de Mogador sonaba bien. Sonaba lo bastante negro. Mogador era una vieja fortaleza árabe. Pero como los árabes ya no son poderosos, podría vivir bien y a gusto en su antigua fortaleza.

Ella había pensado si se quitaría las gafas azules en la cama, y ahora se las había quitado; eso le había divertido, pero luego se sobresaltó al ver sus ojos, estaban inyectados en sangre, y tembló ante su mirada pérfida y codiciosa, ante su frente baja de toro que la embestía, y él preguntó: «¿tienes miedo?» y ella no le entendió y sonrió, pero ya no era una sonrisa plena, y él la tiró sobre la cama. Ella no le creía capaz de esa pasión, los hombres con los que se acostaba a cambio de regalos, que una muchacha tanto necesita, no estaban normalmente tan excitados, eran cosas tranquilas las que

ocurrían en la cama, pero éste se lanzó como una bestia encima de ella, abrió sus piernas, tiró de su piel, y la tomó con brutalidad, la trató con brutalidad, siendo ella menuda y delicada, él era pesado, yacía pesadamente sobre su cuerpo, tan ligero y tan fácil de abarcar, y ella pensó en los homosexuales, pensó en los homosexuales del bar, en sus suaves movimientos, en sus perfumados rizos, en sus abigarradas camisas y sus tintineantes pulseras, y pensó: «quizá sea bueno ser maricón, quizá yo también debería ser maricón, este es repugnante, apesta a sudor, apesta como un chivo, como un sucio chivo común en el establo», de niña había estado una vez en el campo, había estado en el campo en Calabria, había tenido miedo y echado de menos Roma, su espléndida ciudad, y la casa de Calabria apestaba, y ella había tenido que ver cómo llevaban las cabras al chivo, y en la escalera de madera un chico se había desnudado delante de ella y ella había tenido que coger al chico, odiaba el campo, y a veces soñaba con el chivo y entonces quería coger al chico, pero el chico tenía cuernos y la embestía, y los cuernos se rompían, en el sueño los cuernos se rompían como dientes podridos, y ella gritó: «Me haces daño», pero Judejahn no la entendió, porque gritó en italiano, y además era indiferente si la entendía, porque dolía, pero dolía de una forma bella, sí, ella quería ahora esta entrega, el viejo la satisfacía, el prometedor desconocido se revelaba de forma insospechada, ahora se apretó contra él, incrementó su excitación, torrentes de sudor corrían desde el chivo sobre su cuerpo, fluían sobre su pecho, se recolectaban en la pequeña cuenca de su vientre, quemaban un poco, pero no quemaban para mal, y el hombre estaba enfadado, susurraba «eres una judía, eres una judía», y ella no le entendía, pero su subconsciente le entendió; cuando los soldados alemanes estaban en Roma esa palabra había tenido un sentido, y ella preguntó: «*Ebreo*?» y él susurró «hebreo», y puso las manos en torno a su garganta, y ella gritó: «*No e poi no, cattólico*» y la palabra *cattólico* pareció inflamarle también de furia y de ansiedad, y al final daba igual, furia o ansiedad, ella se evadió y él se agotó, jadeaba y se dejó caer agotado, rendido, como muerto a un lado. Ella pensó: es culpa suya, por qué presume de ese modo, los viejos no presumen de ese modo. Pero volvió a sonreír, y acarició el pelo sudoroso de su pecho, porque se había esforzado tanto; le estaba agradecida por haberse esforzado tanto; le estaba agradecida porque la había satisfecho y le había dado placer. Le acarició aún un rato. Sentía latir su corazón; era un corazón bravo, por agotarse de ese modo por el placer de una chica. Se levantó y fue al bidé a lavarse. Judejahn oyó chapotear el agua y se incorporó. La niebla roja volvía a rodearle. Vio a Laura desnuda de pie en medio de la niebla roja, y el negro cuenco del bidé era la negra fosa en la que caían los fusilados. Había que liquidar a esa judía. Habían traicionado al Führer. No

habían liquidado bastante gente. Se tambaleó hacia su ropa. Ella preguntó:

—¿No quieres lavarte?

Pero él no la oía. Tampoco la habría entendido. En el bolsillo de su pantalón estaba la pistola con silenciador de Austerlitz.

Enseguida la pistola lo decidiría todo. Enseguida se haría limpieza. La pistola restablecería el orden. Sólo necesitaba un poco más de aire, jadeaba y temblaba demasiado. Se tambaleó hasta la ventana, la abrió y se inclinó hacia la profunda calle, que estaba llena de una espesa niebla roja. La calle era estrecha, y en su fondo circulaban los automóviles, chirriaban, traqueteaban, hacían un ruido infernal y parecían monstruos reptantes bajo la niebla roja. Pero se abrió un claro entre las nubes, justo delante de sus ojos, un vado en la niebla, y allí, en la abierta ventana francesa que llegaba hasta el suelo del gran hotel de enfrente, estaba Use Kürenberg, la chica de Aufháuser, la hija del judío, la que se había escapado, la mujer del palco, la mujer que había visto desnuda en las nubes en la noche romana, Use Kürenberg estaba ahí vestida con un peinador blanco, un poco apartada de la ventana, pero él la veía desnuda, desnuda como en la noche, desnuda como las mujeres ante las fosas, y Judejahn vació el cargador de la pistola de Austerlitz, disparó la salva de la fosa, esta vez por propia mano, esta vez no sólo dio la orden, las órdenes ya no tenían vigencia, había que disparar en persona, y sólo con el último disparo cayó Use Kürenberg, y la orden del Führer quedó ejecutada. Laura gritó, pero sólo gritó una vez, y luego salió de su boca un torrente de palabras italianas, que chapoteó con el agua de lavarse en la niebla roja. Judejahn encontró la puerta, y Laura se arrojó llorando a la cama, lloró en las almohadas todavía calientes de sudor, no comprendía lo que había ocurrido, pero había ocurrido algo espantoso, el hombre había disparado, había disparado por la ventana... y no le había dado ningún regalo. Seguía desnuda, y se cubrió la cabeza con la almohada, porque su rostro ya no sonreía y porque quería ahogar el llanto. Así, en la cama revuelta, parecía el hermoso cuerpo sin cabeza de la decapitada Afrodita anadiómena.

Él no la había visto desnuda, así que ese cuerpo desnudo no recordaba a Adolf a Laura, tampoco pensaba en su cuerpo, pensaba en la sonrisa de Laura cuando, en el museo de las Termas de Diocleciano, se detuvo ante la decapitada Afrodita anadiómena, la decapitada Afrodita aún sostenía dos extremos de trenzas en sus manos alzadas, como si hubiera querido sujetar su cabeza por las trenzas, y Adolf pensó en cómo habría sido su rostro y en si hubiera sonreído como Laura. Le confundían. Los fríos cuerpos de mármol a su alrededor le confundían. Era el mundo de Siegfried el que se afirmaba aquí. Un mundo de cuerpos hermosos. Ahí estaba la Venus de Cirene.

Inmaculada. Todo el mundo tenía que ver que estaba inmaculada. Un cuerpo firme y bien conservado, pero frío frío frío. Y después los faunos y hermafroditas y todas las tonalidades de sus cuerpos. Ellos no se pudrían. Ellos no se convertían en tierra. Ellos no estaban amenazados por el Infierno. Ni siquiera la cabeza de la durmiente Euménide hablaba de horror. Hablaba de sueño. Hablaba de belleza y sueño; también el inframundo había sido amigable, el Infierno era distinto. Ellos no lo habían conocido. ¿Era justo amenazar con el terror para salvar las almas, y estaba perdida el alma cuando se reconocía la belleza? Adolf se sentó en el jardín, bajo los testimonios de piedra del viejo mundo. Estaba excluido de su sociedad, sus votos le excluían, su fe le excluía, para siempre. Lloró. Las viejas estatuas le miraban con ojos sin lágrimas.

Cruzó la plaza tambaleándose. A cada paso tenía la sensación de hundirse en lo insondable, de resbalar, resbalar para siempre, tenía que agarrarse al aire para sostenerse en el aire. Sabía lo que había ocurrido y no sabía lo que había ocurrido. Había disparado. Había contribuido a la solución final. Había cumplido una orden del Führer. Eso estaba bien. Y ahora tenía que esconderse. Aún no era la victoria final. Tenía que volver a esconderse, tenía que volver a viajar al desierto, sólo la niebla roja era un obstáculo. Era difícil encontrar un escondite en medio de esa niebla roja. Allí había murallas. Había ruinas. En Berlín se había escondido entre las ruinas. En Roma había que pagar entrada si uno quería esconderse entre las ruinas. Judejahn abonó la entrada del museo de las Termas. Recorrió corredores, subió una escalera. Figuras desnudas se alzaban en la niebla roja. Sin duda era un prostíbulo. O una cámara de gas. Eso explicaba también la niebla roja. Estaba en una gran cámara de gas con gentes desnudas que habían de ser liquidadas, pero entonces tenía que salir de aquí. Él no debía ser liquidado. Él no estaba desnudo. Él era el comandante. Esos perros infernales habían abierto el gas demasiado pronto. Era una insondable canallada. Tenía que intervenir. Había que mantener la disciplina. Había que mantener la disciplina por todos los medios. Levantar patíbulos. Judejahn entró en una habitación, ése era el puesto de mando. Las nieblas se aclaraban. Había viejos espejos allí. Los espejos estaban velados. Se miró en los espejos velados. ¿Qué era esto? No se reconocía. Allí había un rostro amoratado. Un rostro hinchado. Parecía la cara de un boxeador que ha recibido muchos golpes. Había perdido las gafas azules. Ya no necesitaba las gafas azules. Pero entonces llegó ante un espejo más claro y se reconoció, ahí estaba él, delante del mosaico de los atletas, era su rostro, era su cuello, eran sus hombros, era un reflejo de sus mejores tiempos el que veía, había estado en la arena, había peleado con la espada corta, había matado a muchos. Y ahí estaba también Benito. Vio el mosaico

del gato con el pájaro. También Benito había devorado a muchos. El mundo no estaba tan mal. Habían matado a muchos, devorado a muchos. Podían estar contentos. Judejahn caminó vacilante por el jardín. Mujeres desnudas, judías desnudas se escondían detrás de los arbustos. No les serviría de nada. Judejahn también liquidaba a través de los arbustos. Aquí tenía que... Y entonces se desplomó.

Adolf le había visto venir, le había visto venir con miedo y espanto, y entonces vio cómo se desplomaba, se desplomaba como derribado, y Adolf corrió hacia él, y el pesado cuerpo de su padre yacía inanimado. ¿Estaba muerto? Su rostro estaba amoratado. Vino un vigilante del museo y llamó a un segundo vigilante, y entre los tres llevaron a Judejahn al cobertizo en el que los escayolistas restauran las esculturas antiguas y lo tumbaron en el suelo, delante del relieve de un sarcófago. El relieve representaba un desfile triunfal, y arrogantes romanos llevaban a humillados guerreros germanos encadenados a sus caballos. Los escayolistas romanos rodeaban a Judejahn, con sus blancos guardapolvos. Un escayolista dijo:

—Está muerto.

Y otro escayolista dijo:

—No está muerto. Tampoco mi suegro murió enseguida.

El vigilante fue a llamar por teléfono al puesto de emergencia de la estación. Su padre aún no estaba muerto, y a Adolf se le ocurrió lo más importante..., existía el Infierno existía el Infierno existía el Infierno. No había un instante que perder, cruzó corriendo el jardín, cruzó la puerta, corrió a la iglesia de Santa Maria degli Angelí. El sacerdote que hablaba alemán aún estaba allí. Leía su breviario. Ningún penitente estaba confesándose. Adolf balbuceó que rogaba la extremaunción para su padre, y el sacerdote comprendió y corrió; cogió los santos óleos y se llevó a Adolf como acólito, y corrieron todo lo que era decente, y los controladores de la entrada los dejaron pasar, y los vigilantes se quitaron las gorras, y los escayolistas se echaron respetuosos a un lado. Judejahn yacía inanimado, pero no estaba muerto. Sudor y secreciones precedieron a su disolución. Se purgó, se limpió. El purgatorio. ¿Lo había alcanzado ya? Judejahn yacía en coma profundo. Nadie sabe lo que ocurrió en él; si cabalgó hacia el Walhalla, si se lo llevaron los demonios, o si su alma dio gritos de alegría porque la salvación estaba próxima. El sacerdote se arrodilló. Procedió a administrar los santos óleos y la absolución incondicional prevista para el caso de inconsciencia. El sacerdote tocó con los óleos consagrados por el obispo los ojos de Judejahn, sus orejas, su nariz, la boca y las palmas de las manos. El sacerdote rezó. Rezó:

—Con estos santos óleos y su bondadosa clemencia, que el Señor te perdone lo que hayas podido pecar con la vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto.

Judejahn no se movió. ¿Le conmovió lo que dijo el sacerdote? Judejahn ya no se movió más. Estuvo allí tumbado y ya no se movió más, y el sacerdote romano le encomendó a la clemencia de Dios, y su hijo rezó por el padre vestido de sacerdote romano... Dos mensajeros del enemigo.

Vinieron los sanitarios, y el médico le cerró los ojos. Los sanitarios iban vestidos de gris de campaña, y se llevaron a Judejahn como de un campo de batalla.

Los periódicos publicaron esa tarde la muerte de Judejahn, a la que las circunstancias habían convertido en noticia mundial, pero no conmovió a nadie.

notes

Notas a pie de página

[1] Se refiere a la fortaleza francesa de Dien Bien Phu, que se rindió al ejército indochino el 7 de mayo de 1954. (N. *del T.*)

[2] Hokusai Katsushika. Pintor japonés (1760-1849). La cita hace referencia a uno de los grabados de la serie *Treinta y seis vistas del Fuji* (*1831-1833*). *(N. del T.)*

[3] Vehma: Tribunal secreto originario del Medievo, que se reunía siempre de noche en un bosque al pie de un roble o un tilo. (*N. del T.*)

[4] Viñeta: Asociación estudiantil alemana, fundada en 1879. (N. *del T.*)